
HARLEQUIN
Jazmín top
Segundas Oportunidades
JACQUELINE DIAMOND
Nuestro primer amor

Contenido

Argumento

¿Qué probabilidades había de que el doctor Zack Sargent apareciera en la clínica de Safe Harbor? La enfermera Jan García, antigua prometida de Zack, trabajaba allí en el nuevo programa de donantes de óvulos… y él debía colaborar con ella. Una situación bastante incómoda.

Años atrás, un terrible equívoco los había separado. Ahora, Zack, viudo a cargo de su pequeña hijastra, descubría que Jan había conservado en secreto a la hija que habían tenido juntos, y que él creía que había sido entregada en adopción. Zack se había convertido en el padre serio y cariñoso que ambas niñas necesitaban, y Jan y él no podían ignorar las chispas de atracción que aún saltaban entre ellos. Pero para convertirse en una familia, debían aprender a confiar el uno en el otro.

Capítulo 1

–Si no puedo tener un gatito –dijo Kimmie–, ¿cómo voy a tener un papá?

Jan García, enfermera, estuvo a punto de escupir el café de la mañana contra el parabrisas del coche. De todas las preocupaciones que tenía aquella mañana, ¿cómo había podido arreglárselas su hija de siete años para sacar a colación la que más la inquietaba? Miró a la niña que estaba sentada junto a ella. Bajo los oscuros mechones que le caían sobre la frente, su hija fruncía ferozmente el ceño. Mala señal.

–Estás de broma, ¿verdad?

–Fiona tiene un papá. Vivía sola con él desde que se quedó sin mamá. Seguro que hoy la llevará al colegio.

–Y yo te llevaré a ti.

Aquella mañana le había planchado la blusa rosa y la falda de volantes y le había alisado la melena, una melena oscura, del mismo color que el suyo. Aun así, no podía esperar que una niña tan pequeña como ella valorara el amor que le profesaba su madre.

–Pero ahora Fiona tiene una mamá y un papá. ¿Por qué no puedo tener yo las dos cosas?

Cuando el semáforo cambió, Jan aceleró con cuidado. «Esto es lo que me pasa por intentar hacer las cosas bien», pensó. Preocupada por la adaptación de su hija al segundo curso de su nueva escuela, Jan se había esforzado en quedar con un antiguo amigo y compañero, el embriólogo Alec Denny, su esposa, Patty, y su hija de seis años. Aunque Fiona era un año más pequeña que Kimmie, Jan había pensado que conocer a una niña de su nueva escuela contribuiría a aliviar su ansiedad. Pero las buenas intenciones no habían funcionado como esperaba.

–Lamento que no puedas tener un gatito en el piso. Te prometo que más adelante buscaré una casa en la que acepten mascotas.

–Echo de menos a mis mascotas.

Todo un mundo de tristeza pareció teñir la voz de la niña.

–Solo estábamos acogiendo a esos gatitos hasta que encontraran

otro hogar –le recordó su hija, mirándola esperanzada con sus enormes ojos verdes–. Y eso podemos hacerlo también aquí.

–Nada de mascotas significa nada de mascotas –a su derecha, entre dos edificios de dos plantas, Jan distinguió el puerto que daba nombre a la ciudad–. Mira, ¿no te parece precioso?

–Mmm –enfurruñada, Kimmie miró hacia delante con el ceño fruncido.

«Ya se adaptará», se dijo Jan sin mucho convencimiento.

Cuando el doctor Owen Tartikoff, experto en fertilidad y antiguo jefe de Jan, le había ofrecido un puesto de trabajo como jefa del nuevo programa de donación de óvulos del Centro Médico de Safe Harbor, había aprovechado la oportunidad al vuelo. Una oportunidad que le permitiría trabajar en un equipo de élite del que formaban parte algunos viejos amigos.

Otro factor que había tenido que ver con el traslado al oeste había sido la posibilidad de estar cerca de su familia. Jan se había criado a media hora en coche de allí, en Santa Ana, donde vivían su madre, su hermano, su cuñada y sus dos sobrinos.

Pero había un importante contratiempo en el que preferiría no pensar en aquel momento. Tenía que reconocerlo. Si no hubiera estado como estaba en fase de negación, se habría puesto en contacto con el doctor Zack Sargent en cuanto había visto su nombre en el listado de empleados del hospital. ¿Pero qué podía decirle una mujer al hombre que la había abandonado para terminar casándose con otra mujer? ¿Algo así como «por cierto, no entregué a nuestro bebé en adopción como te dije que haría»?

Antes o después, tendría que contarle la verdad. Imaginaba su cara cuando lo hiciera. Dudaba de que Zack quisiera formar parte de sus vidas y, en el fondo, se alegraba de que así fuera. Kimmie no necesitaba un padre sin voluntad de serlo. No necesitaba verse relegada detrás de la mujer de Zack y de los hijos que podía haber tenido a lo largo de aquellos años. Pero fuera como fuera, temía el inevitable enfrentamiento.

Pasó por delante de los edificios del centro cívico, se incorporó a la fila de coches que entraban en el aparcamiento de la escuela y no tardó en encontrar un hueco.

–¿Lo tienes todo? –le preguntó a su hija mientras apagaba el motor–. ¿Lápices, rotuladores, pegamento? ¿El bocadillo?

–Y a Travieso –dijo Kimmie mientras se colgaba la mochila de los hombros.

Jan vaciló confusa hasta que descubrió al viejo osito de peluche en la mano de su hija. La escuela animaba a los alumnos de los primeros cursos a llevarse su peluche favorito el primer día de clase.

–Por supuesto. No podemos olvidarnos de Travieso.

Jan bajó del coche, se alisó la falda y se arregló la chaqueta. Padres y niños se dirigían hacia la escuela.

Vio a lo lejos a Fiona con un oso panda de peluche en una mano y agarrada a su madre con la otra. Alec caminaba a su lado, grabando con su videocámara el primer día de su hija en la escuela de primaria. Para alivio de Jan, Kimmie era demasiado bajita para verlos.

En momentos como aquel, lamentaba que su hija no tuviera un padre a su lado. Pero quizá algún día Jan conociera al hombre adecuado. Al fin y al cabo, solo tenía treinta años.

Resueltamente, concentró su atención en el plano. La clase de segundo de la señora Humphreys se encontraba al final del edificio que se alzaba a mano derecha. Sí, allí la tenía, justo delante de ella.

En la puerta esperaba una mujer elegantemente vestida. En aquel momento estaba saludando a un niño rubio y acariciando su dinosaurio verde.

–Eres Brady, ¿verdad? Estoy encantada de tenerte en mi clase este año.

–Yo también –respondió el niño transformando la voz–. Yo soy Estornudo.

–Esto de conocer a tantos peluches distintos es muy divertido –volviéndose hacia Jan, la profesora se presentó–: Hola, soy Paula Humphreys.

–Jan García –animó a Kimmie a ponerse delante–. Acabamos de llegar de Houston, así que este es un cambio grande para Kimmie.

–Y para Travieso también –añadió la niña, muy seria.

–Estoy segura de que los dos os sentiréis muy pronto como en casa –la profesora señaló un mural en el que aparecían diferentes animales de la fauna salvaje–. Como podéis ver, me encantan los animales.

–¡A mí también! –radiante de alegría, Kimmie entró a toda prisa.

Jan se apartó para hacer sitio a los que seguían llegando. Aunque su instinto de madre la urgía a quedarse, sabía que era mejor marcharse aprovechando que su hija estaba entretenida. Aquella mañana, además, tenía otros desafíos que enfrentar.

Se dirigía al aparcamiento cuando se encontró con la madre de Brady. Aminoró el paso para adaptarse al de la niña que llevaba de la mano.

–He oído antes tu nombre. Eres nueva en el hospital, ¿verdad? –le dijo la mujer–. Yo me llamo Kate Franco y esta es mi hija Tara. Mi marido, Tony, es el asesor jurídico del hospital.

–Encantada de conocerte. Deben de ser muchos los trabajadores del hospital que traen a sus hijos a esta escuela.

–Sí, unos cuantos. ¡Mira, ahí llega otro!

Cuando siguió con la mirada la dirección de su dedo, Jan casi se olvidó de respirar.

Cerca de la puerta de la clase de tercero había un hombre de cabello rubio oscuro y tan tupido como lo tenía siete años atrás. No tuvo tiempo de prepararse para enfrentarse a la mirada de aquellos ojos verdes, del mismo color que los de Kimmie. Estaban fijos en ella con una expresión de absoluto asombro.

–Es el doctor Zack, uno de los obstetras del centro –le informó Kate–. ¿Quieres que te lo presente?

–No, gracias –consiguió contestar–. Seguro que nos veremos en el trabajo.

¿Qué estaría haciendo Zack allí? Él y su esposa, de nombre Rima, según había oído, no llevaban casados el tiempo suficiente como para tener un hijo en tercer curso.

–¿Qué niño es el suyo?

Señalando a una niña de tez oscura que vestía tejanos y una camiseta azul, Kate respondió:

–Esa es su hijastra, Berry. Su madre murió cuando ella tenía cinco años y la está criando solo.

–¡Ah!

Durante años, Jan había imaginado a su antiguo novio como un hombre felizmente casado, pero acababa de descubrir que Zack era

viudo. Obviamente tenía un fuerte sentido paternal.

¿Cómo reaccionaría entonces cuando se enterara de que tenía una hija?

Cuando desvió de nuevo la mirada hacia él, vio que Zack se volvía en su dirección. Afortunadamente, la profesora que estaba en la puerta terminó de hablar con otro padre y tendió la mano a Zack para saludarlo. Aprovechando que estaba ocupado, Jan se disculpó con Kate y se alejó lo más rápido que se lo permitieron los tacones de sus zapatos.

¿Qué estaría haciendo Jan en la escuela? Por lo que Zack sabía, no se había casado y no tenía hijos. Seguía especulando sobre ello tiempo después de haberla visto, mientras se preparaba para una operación. La idea de renunciar a un hijo para entregarlo en adopción podía sonar fácil en abstracto, pero Zack había visto a pacientes sufriendo ansiedad y sintiéndose culpables años después de haber renunciado a un bebé. Él mismo había experimentado algunos de esos síntomas. El hecho de que Rima fuera madre soltera había alimentado la atracción inicial, había sido como una manera de expiar parcialmente sus errores. Que habían sido grandes.

La expresión de asombro de Jan cuando se habían encontrado sus miradas le había causado un gran impacto. Pese a encontrarse en un lugar público, había estado a punto de acercarse para hablar con ella.

Para disculparse, otra vez, y darle más explicaciones que durante la breve conversación que habían tenido por teléfono cuando había conseguido localizarla meses después de su ruptura. Zack había tardado en averiguar la verdad de las acusaciones que se habían lanzado contra Jan, acusaciones que habían provocado el final de su relación. Había tardado demasiado en descubrir lo equivocado que estaba. Para entonces, la furia que ella sentía hacia él se había convertido en un muro impenetrable. Y Zack ya estaba comprometido con otra mujer que le necesitaba desesperadamente.

Zack se obligó a volver a la realidad. Tendrían que establecer una nueva relación como compañeros de trabajo para poder ser capaces de tratar de asuntos médicos sin distracciones.

–¿Va todo bien, doctor? –la enfermera de quirófano Stacy Raditch estaba ya dispuesta para la operación.

–Primer día de escuela –dijo él–. Es duro ver crecer a tu pequeña.

–¡Berry es una ricura! –exclamó la joven enfermera–. ¿En qué curso está? –En tercero.

Alegrándose de poder cambiar de tema, Zack empezó una conversación intrascendente mientras entraban juntos en la sala de operaciones. Habló luego con la paciente, que iba a someterse a una operación de microcirugía para revertir la ligadura que la había dejado estéril.

Sirviéndose de una cámara microscópica, Zack reabrió las trompas de Falopio para permitir la fertilización.

–Como le dije, este procedimiento tiene un alto porcentaje de éxito –le aseguró a la paciente–. Puede que incluso pueda quedarse embarazada de forma natural.

–Eso sería maravilloso –con el cabello oculto bajo un gorro de quirófano, la mujer sonrió débilmente–. Nuestro seguro no cubre ese tipo de tratamientos, así que…

Zack le palmeó un hombro con gesto tranquilizador. La situación de aquella mujer no era inusual. Los milagros que conseguía la tecnología moderna tenían un precio. Ese era precisamente el motivo de que estuviera impulsando un programa de becas para padres estériles. Si él o alguno de los otros obstetras que habían aceptado colaborar con el programa conseguían ganar el llamado Desafío Esperanza, el premio con el que se promocionaba el hospital, recibirían una donación de cien mil dólares que les permitiría arrancar el proyecto.

El médico que consiguiera el índice más alto de embarazos en pacientes estériles podría elegir el destino del dinero del premio. Zack estaba en cuarto lugar por el momento.

Con gesto resuelto, apartó cualquier otra consideración de su mente. Se estaba enfrentando a una delicada operación quirúrgica que requería de gran precisión. En aquel momento, la paciente era lo único importante.

Jan pasó la mañana instalándose en su despacho y conociendo a parte del equipo de la clínica.

Previamente, se había puesto en contacto con Melissa Everhart,

que como coordinadora del programa de fertilización in vitro jugaba un papel fundamental en el futuro banco de donantes de óvulos. A Jan también le presentaron al doctor Cole Rattigan, jefe del programa de fertilización masculina, y a Karen Wiggins, la asesora financiera.

¡Qué ironía que ella se hubiera quedado embarazada por accidente!, reflexionó Jan mientras comía un sándwich en su escritorio. En cualquier caso, el hecho de ser madre le permitía conectar mejor con las mujeres y parejas con las que trabajaba.

¿Cómo se estaría desenvolviendo Kimmie en la escuela? ¿Estaría haciendo amigos? Al principio, nada más descubrir que estaba embarazada, la primera intención de Jan había sido la de renunciar al bebé. Sin embargo, en algún momento durante el embarazo, había dejado de sentirse como una persona individual para convertirse en dos.

Pero su hija estaba creciendo. Ya estaba en segundo curso.

Jan procuró concentrarse en preparar las notas para la reunión del día siguiente. Eran muchas las decisiones que había que tomar antes de la presentación oficial prevista para la siguiente primavera.

Hasta entonces, los médicos continuarían recurriendo a otros bancos de óvulos.

El trabajo de Jan consistía en organizar un programa de donantes a domicilio. Aparte de solicitar y de seleccionar mujeres como potenciales donantes, planeaba implementar un método de ciclos compartidos que aliviaba la carga económica de algunos pacientes a la vez que incrementaba la cantidad de óvulos disponibles. A veces, una mujer producía óvulos viables, pero que seguían necesitando de fertilización en laboratorio e implante final. Si la paciente escogía compartir su ciclo, donaba la mitad de los óvulos que le habían sido retirados a otra mujer que no podía producir ninguno.

Unos golpecitos en la puerta entornada del despacho interrumpieron la concentración de Jan.

–¿Sí?

Unos ojos de un verde profundo se encontraron con los suyos. Una boca sensual, una expresión interrogante, unos hombros poderosos a los que recordaba haberse agarrado cuando hacían el amor… ¿Pero por qué tenía que acordarse de todo eso en aquel

momento?

–Zack… –tenía la garganta demasiado seca para hablar.

–Hola –Zack ladeó la cabeza y la miró con expresión seductora–. Jan, tenemos que hablar. Voy a comer en la cafetería. ¿Te importaría acompañarme?

–Bueno. No me vendría mal un café.

«Y una intervención divina», añadió para sus adentros.

Y, con lo que esperaba que pudiera parecer una sonrisa, Jan se levantó.

Capítulo 2

Una vez que la bola había empezado a rodar, Zack lamentó no haberse preparado lo que iba a decir. Se había pasado a ver a Jan porque quería hablar en privado con ella antes de la reunión del día siguiente. Y también quería averiguar qué estaba haciendo en la escuela aquella mañana.

En la cafetería, Zack optó por un plato de fruta mientras Jan se servía un café. Él pagó los dos tiques y buscó una mesa en el comedor atestado de gente. Aunque vio algunas libres, los tres años que llevaba allí le habían enseñado a evitar alimentar chismes en el hospital.

–Salgamos al jardín –propuso.

–Claro –la expresión de Jan no traicionaba sentimiento alguno.

Una vez fuera, Zack respiró aliviado al ver el jardín vacío. Rodeadas de un seto florido y de unas cuantas palmeras enanas, el puñado de mesas ofrecía una mínima intimidad.

Dejó la bandeja en una de ellas.

–Supongo que sabrás que vamos a trabajar juntos.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Jan alarmada.

Aunque el nombramiento no era oficial, Zack había supuesto que el doctor Tartikoff se lo habría contado a Jan.

–Quiero colaborar en el lanzamiento del programa de donación de óvulos –le explicó Zack–. He estado aprendiendo nuevas técnicas del doctor T. y refrescando mi formación en embriología con la ayuda de Alec Denny. Necesitaréis un médico para que trabaje con vosotros.

Todavía de pie, Jan le fulminó con la mirada.

–¿Por qué me haces esto?

Zack comprendió entonces que había empezado mal.

–El proyecto me entusiasmó antes incluso de saber quién iba a ser su directora. Por favor, siéntate.

Jan se sentó en el borde de la silla, como si fuera a salir corriendo de un momento a otro. La melena cayó hacia delante

ocultándole el rostro. No había que ser adivino para interpretar el lenguaje de su cuerpo.

–Vine a Safe Harbor para formar parte de un proyecto puntero. Cuando me enteré de que habían contratado al doctor T., me ilusioné.

Ayudar a mujeres y a parejas a tener bebés se había convertido en una pasión para Zack, quizá porque había tenido que renunciar a un hijo años atrás.

Jan soltó un largo suspiro.

–¿Irás mañana a la reunión? El doctor T. no me ha enviado la lista completa de los convocados. Antes era más organizado.

–Supongo que sabes que se ha casado y ha tenido gemelos –le explicó Zack–. Las noches en blanco le están pasando factura.

–Espero que no trate mal a su esposa por ello. Creo que es enfermera.

Obviamente, Jan no había conocido a Bailey.

–Ella es tan dura como él. Pero a su manera, más dulce.

–Me alegro de oírlo.

Zack dedicó unos momentos a comer mientras sopesaba su siguiente movimiento. Habían roto el hielo, lo cual ya era bastante. Pese a la curiosidad que sentía, sería preferible permanecer en un terreno neutral por el momento.

–¿Has oído hablar del Desafío Esperanza?

–Owen lo pone por las nubes.

Zack advirtió que se había relajado lo suficiente como para referirse al doctor T. por su nombre de pila. Una buena señal.

–Supongo que ha recibido una buena publicidad en la prensa y en blogs. Entiendo que el objetivo es promocionar el hospital y el programa de fertilidad.

–Así es. Ayuda a que el público nos conozca –le explicó Zack–. No andamos cortos de pacientes.

–Y, ese concurso, ¿cómo funciona? ¿Cuentan las concepciones o el total de nacimientos?

–Las concepciones confirmadas –respondió Zack–. Cada embarazo cuenta como uno, al margen del número de bebés. No

queremos potenciar los embarazos múltiples.

Concebir trillizos o cuatrillizos podía sonar maravilloso cuando una pareja había luchado durante años por quedarse embarazada, pero los resultados finales podían ser devastadores si los bebés eran prematuros o nacían con algún defecto.

–Hay un premio de cien mil dólares para este concurso, ¿verdad? –Dijo Jan–. Un detalle muy generoso por parte de la corporación del hospital.

–El doctor que lo gane elegirá el proyecto. Yo estoy animando a los posibles ganadores a que apoyen un programa de becas para pacientes estériles.

–¡Es una gran idea! –a Jan se le iluminó el semblante–. ¿Cómo escogerías a las receptoras? ¿Estrictamente por criterios económicos?

–Preferiríamos tener en cuenta también la edad de la mujer y si ya ha tenido hijos.

–Tener un programa en marcha ayudaría al menos a algunos pacientes –Jan frunció el ceño–. ¿Pero no hay un proyecto de la competencia? ¿Algo que tiene que ver con un centro terapéutico?

–¿Conoces a nuestro administrador, el doctor Mark Rayburn? –al ver que asentía con la cabeza, Zack continuó–: Su esposa, la pediatra Samantha Forrest, creó hace unos años un programa de terapia psicológica para parejas. La idea era acercarse a las familias, madres adolescentes y perfiles que pudieran ser reacios a un ámbito más formal y a todo el papeleo que normalmente implica. La labor del centro ha sido beneficiosa, gracias al personal voluntario, pero no ha llegado a cuajar del todo y siempre parece estar a punto de cerrar. Lo último que he oído es que pueden llegar a perder el local que tienen en el centro municipal.

–Un proyecto bienintencionado –murmuró Jan–. Pero que no es probable que llegue a autofinanciarse, dado que no lo ha hecho ya. Tu idea me gusta más.

Zack experimentó un destello de la antigua conexión que habían compartido. Del placer de poder hablar libremente sobre todo tipo de cosas después de haber tenido unos padres tan fríos y tan críticos como los suyos. Las cosas habían sido distintas con Rima. Las preocupaciones por su salud y el cuidado de Berry habían dominado su relación.

Pero volvió a concentrase en Jan. Aunque podría seguir jugando sobre seguro, al final tendrían que enfrentarse al tema que realmente importaba. Decidió abordarlo.

–Por si estás buscando a alguien que pueda hacer de canguro después del colegio, ¿te ha comentado Kate Franco que su hermana Mary Beth Ellroy cuida niños? Recogen a mi hija Berry en la escuela y cuando estoy de guardia, se queda a dormir allí.

–No, no me ha dicho nada –Jan jugueteó nerviosa con su taza vacía.

–No pretendo inmiscuirme en tu vida –¡y un infierno! Eso era precisamente lo que estaba haciendo–. O sí, lo reconozco. Te he visto hoy en el colegio. ¿Tienes a algún hijo allí?

–Mi madre vive a quince minutos de aquí.

¿Qué tenía eso que ver con nada? ¡Ah, claro! Seguramente la ayudaba con su hijo.

–¿Ella cuida a…? ¿Es niño o niña?

–Niña –Jan se recostó en la silla y desvió la mirada.

Ocho años atrás, se había quedado embarazada de una niña. Su hija, pensó Zack. La incipiente sospecha que se había negado a reconocer hasta entonces comenzó a crecer en su interior.

–Tenía entendido que no te habías casado. Pensaba que a lo mejor habías adoptado.

–¿Adoptado?

Zack ya estaba comenzando a hartarse de andarse con tantos rodeos.

–¿Qué pasa, Jan?

Suspiro profundo. Silencio prolongado.

«No puede ser», pensó Zack. Durante todos estos años, Zack había imaginado a su hija adoptada por un matrimonio. Jan no le había mencionado ninguna familia en particular ni ningún centro de adopción cuando le había presentado los papeles de renuncia. Aun así, jamás se le había pasado por la cabeza que hubiera podido traicionar su confianza.

La verdad era que para cuando había descubierto que Jan había sido injustamente acusada de perjudicar a un paciente, ya estaba comprometido con Rima. Cuando Jan había rechazado sus disculpas

y había insistido en que su familia la estaba ayudando durante el embarazo, había entendido su postura y lo había dejado todo en sus manos.

–Bueno… –empezó a decir Jan.

Justo en ese momento se abrió la puerta del jardín y salieron dos enfermeras.

Zack se esforzó por disimilar su disgusto. Una de las enfermeras era Stacy, que los miró preocupada. Nunca había ocultado que le gustaba Zack. La otra enfermera, Erica Vaughn, ayudaba al doctor T. en el quirófano. Mientras la veía acercarse hacia ellos, Zack recordó abatido que Jan y ella eran viejas conocidas.

–¡Jan! Qué alegría verte –Erica se detuvo con la bandeja de la comida en la mano–. ¿Interrumpimos algo?

–Estábamos… –Jan se interrumpió al fijarse en el abultado vientre de la enfermera–. ¡Estás embarazada!

Tomando aquello como una invitación, Erica se reunió con ellos en la mesa. Stacy hizo lo mismo.

–Me casé. Esta población tiene algo que invita al romance. Estoy embarazada de siete meses.

Mientras Zack fingía interesarse por la conversación, sus pensamientos volvieron a sus dudas sobre la hija de Jan. ¿Habría conservado a su bebé y se habría negado a contactar con él durante todos aquellos años?

Zack se había enfadado consigo mismo por haber traicionado la confianza de Jan. Pero, al parecer, también ella había traicionado la suya, y al contrario que él, con pleno conocimiento de lo que había estado haciendo.

Sonó un móvil. Todo el mundo se llevó la mano al bolso o al bolsillo.

Era el de Jan el que sonaba. Escuchó atentamente, con expresión de preocupación en el rostro.

–¿Seguro que no es nada serio, señorita Humphreys? Porque supongo que si no estuviera preocupada, no me habría llamado.

Zack experimentó una punzada de alarma. Sabía que la profesora de segundo curso no se asustaba fácilmente.

–Sí, eso suena propio de ella…. Será mejor que vaya ahora

mismo. Mi madre se acercará a recogerla, pero quiero ir yo también. Gracias por avisarme.

Después de que colgara el teléfono, Erica le preguntó:

–¿Qué le ha sucedido a Kimmie?

Kimmie. Así que ese era el nombre de la hija de Jan. Que, a lo mejor, también era su hija.

Evidentemente, Erica debía de haber conocido a la niña cuando Jan trabajaba con el doctor T. en Boston. Zack sintió una fuerte opresión en el pecho al comprender que otros miembros de aquel hospital la habrían conocido desde que era un bebé, mientras él había permanecido absolutamente ajeno a su existencia.

Jan agarró el bolso y se levantó.

–Al parecer, en el patio del colegio, la niña ha intentado rescatar a una gatita callejera de algunos perros. Muy propio de mi pequeña. No soporta ver sufrir a un animal.

–¿Se encuentra bien? –preguntó Zack, con un tono más ansioso del que había pretendido.

Stacy frunció el ceño, claramente perpleja,

–Solo han sido unos arañazos. La enfermera del colegio se los está curando. Pero Kimmie se niega a separarse de la gatita e insiste en conservarla.

–¡Pobrecita!

–Le diré a la secretaria que tengo que marcharme. Menos mal que la reunión de la plantilla es mañana. Adiós.

Zack recogió su bandeja y la siguió, indiferente a las preguntas que se dibujaban en los rostros de las enfermeras. Si aquella era su hija… Maldijo para sus adentros. Tenía que confirmarlo cuanto antes si no quería volverse loco.

Jan se encaminó hacia su despacho. A pocos pasos de ella, Zack revisó la agenda de su móvil. Una operación había sido cancelada después de que el paciente sufriera un ataque de alergia, de manera que tenía libres las dos horas siguientes.

Cuando Jan salió del despacho, decidió abordarla.

–Te acompaño.

–¿Por qué? –preguntó ella–. No tienes ningún motivo para

acompañarme.

–¿Estás segura?

Jan empujó una puerta de salida lateral.

–Podemos dejar para otro día esa conversación.

–Jan…

Jan giró hacia él con preocupación en la mirada.

–Tú eres padre. Deberías comprenderlo. Es el primer día de Kimmie en la nueva escuela y está alterada. Además, es muy testaruda. Si se ha encariñado con esa gatita, montará un buen lío antes que soltarla.

–Me gustaría comprenderlo, sí. Pero tengo la desventaja de que no la conozco personalmente.

Zack no pretendía ser sarcástico. Pero en aquella situación de estrés, había usado el mismo tono que su padre empleaba con él durante su infancia. Jan se cruzó de brazos.

–Sabía que reaccionarías así.

–¿Perdón?

En lugar de responder, Jan le dio la espalda y apresuró el paso para dirigirse hacia el aparcamiento.

–Zack, este no es ni el momento ni el lugar para…

Un camión aparcado en doble fila estaba bloqueando la salida a varios coches. Uno de ellos resultó ser el de Jan.

–Podemos ir en mi coche –le ofreció Zack al ver su expresión desolada.

–¿No tienes pacientes? –protestó ella.

–Ahora mismo tengo más paciencia que pacientes. Pero, respondiendo a tu pregunta, hemos cancelado una operación. Vamos, Jan. Hablaremos en el coche.

Jan le fulminó con la mirada. Y, sin embargo, a Zack no le pasó desapercibida la manera en la que torció los labios, señal inequívoca de que se estaba rindiendo.

–Bueno…

La agarró del brazo y rodeó con ella un bache en el que él mismo había estado a punto de tropezar aquella mañana. Esperaba

alguna resistencia por su parte, pero Jan se limitó a confesar abatida:

–Temía que llegara este momento.

–¿Tu hija suele meterse en muchos líos? Debe de ser muy traviesa.

–Me refería al momento de hablar contigo.

Un camión de reparto pasó a su lado.

–¿Es porque…? –detestaba tener que gritar para hacerse oír por encima del ruido. Además, no tenía sentido anunciar a voces sus problemas personales–. Seguiremos hablando en el coche.

–Espero que Kimmie no esté asustada. Trasladarse de una casa a un apartamento pequeño, verse separada de sus amigas… todo esto ha sido muy duro para ella.

Zack sintió crecer en él una punzada de protección. Pero no sabía hacia quién la proyectaba, si hacia Jan o hacia la pequeña.

Cuando llegaron a la furgoneta, un modelo híbrido de color azul, usó el control remoto para abrirla y se sentó al volante mientras Jan saltaba al asiento del copiloto. A salvo ya del ruido, no pudo contenerse por más tiempo y formuló aquella pregunta tan dolorosa para él:

–¿Kimmie es mi hija?

Jan se aferró al apoyabrazos y le dio la respuesta que Zack temía y anhelaba a la vez.

–Sí.

Capítulo 3

Cuando vio que Zack se aferraba al volante con fuerza, Jan tomó conciencia del daño que le había infligido. Pero no podía enfrentarse con aquel problema en ese momento, preocupada como estaba por Kimmie.

–¡Me has prometido que me llevarías al colegio, así que sal de una vez!

Apretando la mandíbula de tal manera que Jan casi pudo oír el crujido de sus muelas, Zack dio marcha atrás y se dirigió a la salida del aparcamiento. Jan se preparó para más preguntas, pero él parecía concentrado en el denso tráfico con el que se encontraron a la salida del hospital.

–Adora los animales –siempre era mejor hablar que continuar sumida en silencio–. Esa es su pasión. En Houston, acogíamos gatitos de manera provisional hasta que alguien los adoptaba.

–Entiendo –los ojos de Zack habían adquirido la dura cualidad de la esmeralda.

–Para cuando decidí quedármela, tú ya estabas comprometido con otra mujer –dijo Jan tensa–. Estaba dolida, furiosa, e imaginé que decírtelo solamente serviría para complicarte la vida.

–Durante todo estos años…

–El pasado ya no tiene arreglo.

–Eso no es excusa –Zack pisó el freno ante el semáforo en rojo.

–¿Qué habrías hecho tú? –le espetó ella–. ¿Habrías dejado a tu novia para venir corriendo a hacer de papá a tiempo completo?

–Esa no es la cuestión –seguía sin mirarla.

–Apenas conseguí conservar la cordura y mi carrera profesional, y todo por culpa de… ¡Oh, eso ya no importa! No discutamos.

De todas formas, ya estaban llegando a la escuela. Parte de la tensión de Zack pareció evaporarse.

–Tienes razón en una cosa. Peleándonos ahora no vamos a conseguir arreglar el pasado.

–Me alegro de que estés de acuerdo en eso.

Jan intentó prepararse para lo que se avecinaba. Durante los próximos minutos tendría que tranquilizar a Kimmie, decidir lo que iba a hacer con la gatita y evitar que sus diferencias con Zack se ventilasen en público.

¿Qué sucedería cuando se recuperase de la sorpresa inicial?

El problema era que Kimmie seguía acosándola en su demanda de un padre. Y tanto si a Jan le gustaba como si no, Zack parecía más que dispuesto a asumir ese papel.

Resultaba difícil creer que hubiera seguido la misma ruta apenas unas horas atrás, totalmente ajeno a la sorpresa que le esperaba, reflexionó Zack. Berry estaba deseando ver a sus antiguas compañeras, y volver al colegio significaba recuperar un terreno familiar seguro. En aquel instante, sin embargo, la misma escuela se le antojaba a Zack un lugar desconocido, extraño. Porque estaba a punto de conocer a una hija a la que nunca había esperado conocer.

–¿Qué le has contado de su padre? –le preguntó a Jan cuando estaban llegando ya a la escuela.

–Que vivía lejos y que tenía otra familia. Últimamente ha estado haciendo preguntas. He tenido que cambiar de tema muchas veces.

–No puedes seguir ocultándole la verdad eternamente – encontró fácilmente un hueco. En media hora, los padres estarían acudiendo en masa a recoger a sus hijos.

–Me he visto obligada a vivir el presente, improvisando, pensando solo en poder llegar a fin de mes… Cuando tienes que criar a una hija tú sola, no puedes hacer planes a medio plazo.

–En otras palabras, pensaste que tener que enfrentarte a un asunto tan serio como el de la paternidad de Kimmie te superaría.

–Eso es.

Jan siempre había sido una mujer impulsiva, más aferrada al instinto que a la razón. Años atrás, a Zack no le había preocupado que fueran tan diferentes. Le había parecido un cambio refrescante comparado con el rígido perfeccionismo de sus padres.

Bajaron de la furgoneta los dos a la vez, entraron en la escuela y cruzaron el pasillo a toda velocidad. Desde su izquierda, llegó hasta ellos un murmullo de voces infantiles. A la derecha, Zack oyó a una

profesora leyendo en voz alta y animando el cuento poniendo diferentes voces. Él también disfrutaba haciendo eso. Y hasta se había resentido cuando Berry había empezado a leer cuentos ella sola, sin ayuda de su papá.

¿Cómo reaccionaría Berry cuando supiera la noticia? Nunca le había mencionado que había entregado a una hija suya en adopción.

Preocupados de que la niña temiera que Zack podía abandonarla, Rima y él habían llegado al acuerdo de no mencionárselo hasta que fuera mayor.

Aminoraron el paso cuando se acercaban a la clase de la señorita Humphreys.

Jan llamó a la puerta. El rostro amable de la maestra apareció en el cristal antes de que les invitara a pasar.

–Lamento interrumpir la clase –dijo Jan.

–Es una buena oportunidad para que los alumnos sean conscientes de los problemas de la superpoblación de gatos y perros –la profesora les hizo entrar–. ¿Doctor Sargent?

–La señora García no podía sacar su coche, así que yo me he ofrecido a traerla. Trabajamos juntos –explicó.

Una multitud de rostros infantiles les miraba con curiosidad. Zack no tuvo ningún problema en localizar a Kimmie. Se hallaba de pie al frente de la clase con la gatita agarrada al hombro. Tenía el pelo oscuro como el de Jan, una melena larga que se derramaba sobre una blusa rosa y arrugada. Tenía tiritas de colores en los brazos y también en las rodillas, visibles bajo la falda de volantes.

Un par de brillantes ojos verdes le recorrieron de pies a cabeza antes de clavarse en Jan. El rostro, de rasgos delicados y con la barbilla ligeramente apuntada, era idéntico al de su madre.

El corazón le dio un vuelco en el pecho. «Mi hija». Siete años atrás, decepcionado con la mujer que amaba, había renunciado a Kimmie con el convencimiento de que era lo mejor para todos. Y allí, delante de él, estaba la prueba de que se había equivocado.

–Se llama Manchita –anunció Kimmie orgullosa–. ¿Has visto lo pequeñita que es?

–Es preciosa, pero nuestro casero no quiere mascotas.

–¡Mamá!

La señora Humphreys intervino entonces, intentando apaciguarla.

–Si mi marido no tuviera alergia a los gatos, me la quedaría yo. Te diré lo que vamos a hacer. Llevo siempre una jaula para mascotas en el coche por si me encuentro con un animal abandonado. Te la puedo prestar.

–Me temo que eso no resolverá el problema principal –dijo Jan.

Rebuscando en un cajón, la profesora sacó una vieja tarjeta:

–Esta es la tarjeta de un pequeño refugio para animales que se encuentra a un kilómetro al norte del hospital. Lo dirige Ilsa Ivy. Dígale que la he enviado yo.

Pese a que a Zack no le entusiasmaba la idea de meter un gato en su coche, no podía menos que apiadarse de la criatura. Y, sobre todo, no quería quedar en mal lugar durante su primer encuentro con Kimmie.

–Podríamos dejarla allí antes de regresar al trabajo –le propuso a Jan.

La pequeña se indignó tanto como si hubiera sugerido cometer alguna clase de violencia contra la criatura.

–¡Me la voy a quedar!

–No te la vas a quedar –Jan estudió la tarjeta–. Los lunes cierran. Pero seguro que tendrán a alguien cuidando los animales.

–Creo que un voluntario se pasa por las mañanas –dijo la señora Humphreys–. Si pudiera quedársela esta noche… –¡Por favor! –suplicó Kimmie, temblando de ilusión.

–El casero vive encima de nosotros –respondió Jan, nada contenta–. Se mostró muy firme con esa cláusula del contrato. Si la vulneramos, tendremos que irnos.

Estaban en un punto muerto. Zack vio una solución, aunque no le gustaba. En su casa mantenía una estricta política en lo relativo a las mascotas. Pero acoger a un gatito durante una noche no violaba exactamente esa política. Sin darse tiempo para pensárselo, dijo:

–Supongo que no pasaría nada porque la metiera en mi casa esta noche.

Jan le miró agradecida.

–De camino, podemos comprar comida para gatos y una caja de

arena.

–¿Quién es? –inquirió Kimmie, mirando a Zack.

Evidentemente, no estaba dispuesta a entregarle su gatita a cualquiera.

–Es el doctor Zachary Sargent, un antiguo amigo mío –y volviéndose hacia él, Jan añadió–: Zack, esta es mi hija, Kimmie.

Zack pensó en agacharse para colocarse a su altura, pero temió que pareciera raro. En lugar de ello, le dijo:

–Llámame Zack. Tengo una hija en tercer curso que se llama Berry. Estoy seguro de que estará encantada de jugar con tu gatita esta tarde.

–Voy a buscar la jaula. Échenme un ojo a la clase, por favor –tras analizar durante unos segundos la situación, la profesora abandonó el aula.

Una vez a solas con los niños, Zack intentó pensar en algo que decir. Estaba a punto de preguntarles por sus libros favoritos cuando se adelantó Jan:

–¿Cuántos de vosotros tenéis mascotas?

Cerca de la mitad levantó la mano.

–¿Las tortugas cuentan? –preguntó una niñita.

–Claro.

–¿Y Natty? –preguntó otro niño, alzando su águila de peluche.

Kimmie arrugó la nariz.

–Los peluches no cuentan. No son de verdad.

–¿Quién lo dice?

Los niños se pusieron a debatir entre ellos. ¿Cómo podía un adulto intervenir en una disputa así?, se preguntó Zack. Berry nunca había sido muy protestona. Cuando Rima se la había descrito como una niña dócil, no había comprendido lo que había querido decirle. En ese momento, estaba empezando a entenderlo.

–Son parecidos a la gente –anunció un niño rubio mientras blandía un brontosaurio verde–. Los dinosaurios no existen, así que Estornudo no es real. Pero tiene sentimientos.

Zack recordó la manera en que Berry se aferraba a su león de peluche cada vez que se enfadaba.

–Proyectamos sentimientos en nuestros peluches –dijo entonces–. Así que, para nosotros, tienen características reales.

Los niños dejaron de hablar. Algunos fruncieron el ceño, mientras otros se le quedaron mirando perplejos. Aparentemente las palabras «proyectar» y «características» no figuraban en el vocabulario de segundo curso.

–Bien dicho, doctor Sargent –intervino Jan con gran tacto–. ¡Oh! Aquí llega la señora Humphreys –el alivio se reflejó en su rostro.

Y Zack compartió aquel sentimiento.

Jan contemplaba admirada la casa azul de dos plantas con su valla de madera, su enrejado de rosas y sus contraventanas blancas.

–¿Es una casa de alquiler? –preguntó mientras Zack aparcaba en el camino de la entrada.

–La compré hace tres años. Quería asegurarle a Berry un hogar estable –se volvió para mirar hacia atrás, donde la gatita maullaba lastimosamente en su transportín–. Lo ha pasado muy mal, la pobre.

–¿Qué le sucedió a su padre biológico? –preguntó Jan mientras bajaba del coche.

–Un accidente de moto –respondió Zack sin mayores explicaciones.

De camino hacia allí, se habían detenido en una tienda en la que Jan había entrado a comprar mientras él esperaba en la furgoneta.

–¿Me paso por la mañana para recoger a la gatita? –le preguntó Jan mientras sacaba la jaula con el animal dentro.

–Según la tarjeta, el albergue de animales no abre hasta las nueve. Me pasaré mañana a la hora de comer para llevarla yo mismo –dijo Zack con tono decidido mientras entraban en la casa.

Nada más entrar en el vestíbulo, Jan detectó un aroma a limón. El suelo de baldosa resplandecía de puro limpio. En el salón que se abría a su derecha, la moqueta apenas mostraba unas cuantas huellas en su superficie, limpiada con aspiradora.

Las cortinas de color beis hacían que destacara de manera especial el sofá rojo en el que descansaban unos cojines blancos y amarillos y los dos sillones de rayas estilo cebra. Entre las fotos

enmarcadas de la cómoda, una le llamó la atención. En ella aparecía una joven sonriente con el cabello color chocolate, muy rizado, recogido en un moño en lo alto de la cabeza.

–Tu esposa escogió los muebles, ¿verdad? –adivinó Jan–. Son muy alegres.

–Sí, para nuestro apartamento de Los Ángeles –Zack atravesó el vestíbulo y abrió la puerta de un baño situado justo en el hueco de la escalera–. Acepté este trabajo pocos meses después de su muerte. Necesitaba comenzar de cero y este me pareció un buen ambiente para Berry.

Por mucho que admirara su devoción por su hijastra, Jan no pudo evitar una punzada de envidia. Después de su ruptura, Zack se había enamorado muy rápidamente de otra mujer. Jan se había dicho entonces que lo había hecho por despecho, pero su traición le dolía. Además, se había casado con Rima sabiendo que Jan estaba embarazada. Había renunciado a ella y a su criatura por aquel nuevo amor.

«Deja de pensar así. Tienes cosas más importantes de las que ocuparte», se dijo.

Lo primero era lo primero. Mirando a su alrededor, Jan vio que el baño de la planta baja era muy pequeño, un lavabo sin ducha. Tendrían que pegar la caja de arena al váter y colocar el cuenco del agua lo más lejos posible.

–¿Tienes una toalla grande? –le preguntó a Zack–. Así Manchita no tendrá que dormir sobre las baldosas del suelo.

–Claro.

Detrás de ella, Zack se estiró para alcanzar una de las toallas del estante. Su proximidad la hizo ser agudamente consciente de la manera en la que su camisa realzaba la anchura de sus hombros. Aspiró el leve aroma de su loción.

Dentro de la jaula la gatita maulló lastimera.

–Tranquila, Manchita –murmuró ella–. En seguida te ponemos cómoda.

Zack desdobló una gruesa toalla amarilla con ribetes bordados.

–No le llames por su nombre, que te encariñarás con ella.

Confundida por su frialdad, Jan estuvo a punto de llevarse al animal a su casa. Pero recordó a su casero clavando el dedo en la

cláusula del contrato que prohibía las mascotas como si el destino del universo dependiera de ello.

–¿No tienes una toalla vieja? La gatita la estropeará.

–Buena idea –volvió a doblar la toalla, la devolvió al estante y desapareció en el pasillo.

Jan dejó la jaula en el suelo e intentó convencer a la gatita de que saliera. Sus diminutos ojos la miraban temerosos.

–¿Qué te ha pasado? –le preguntó con dulzura–. ¿Dónde está tu mamá?

Manchita adelantó una pata. Segundos después estaba olfateando la pierna de Jan.

–Qué preciosidad…

Zack tenía razón. Estaba a punto de enamorarse del animal. ¿Quién podría resistirse a una criatura tan tierna?, se preguntó mientras la levantaba del suelo. Zack, por ejemplo. O su casero.

Oyó unos fuertes pasos acercándose.

–¿Qué tal esta?

Zack pasó a su lado y extendió una vieja toalla rosa sobre el suelo. Mientras Jan sostenía a Manchita, abrió la bolsa de arena y la vertió cuidadosamente en la caja, para luego llenar los cuencos de agua y de comida.

–Con esto bastará, ¿verdad? ¿O le pongo también un poco de leche?

–Ya se la calentarás cuando vuelvas a casa.

La habitación carecía de ventana. Aun así, los gatos podían ver en la oscuridad y la puerta dejaba pasar suficiente aire por debajo. Aunque se sintió tentada de sugerirle que buscara un baño más grande, Jan supuso que eso sería tentar a la suerte. Eran más de las tres. Faltaba poco tiempo para que Zack volviera al trabajo y, como él mismo había advertido, lo más probable era que Berry fuera directamente a ver a la gatita en cuanto saliera del colegio.

Jan dejó a Manchita sobre la toalla.

–Hora de irse –anunció Zack detrás de ella.

–Adiós, pequeñita. Aquí estarás bien –esperando que fuera cierto, retrocedió y dejó que Zack cerrara la puerta.

Pero cuando la gatita comenzó a maullar quejumbrosa, contuvo la respiración.

–Los maullidos de los gatitos se parecen mucho a las voces de los bebés humanos –observó Zack–. He leído que esa es la razón por la que la gente siente tanto afecto por ellos.

«Y también porque tienen corazón», pensó Jan.

–Deberíamos irnos.

–Puedes lavarte las manos en la cocina –le ofreció Zack.

–Sí, gracias.

Siguiendo la dirección que le indicó, Jan pasó por delante de un despacho amueblado con un sólido escritorio de madera, un sillón giratorio, un ordenador y varias estanterías. En la parte trasera de la casa, cruzaron un cuarto de estar con un sofá, sillones tapizados y una enorme televisión. Al otro lado de una puerta corredera de cristal, distinguió un patio, un jardín vallado y una casita de juegos.

–Estoy segura de que a Berry le encanta.

–¿La casita? Solo la usa cuando viene su amiga Cindy – señaló el fregadero de la espaciosa cocina–. Puedes lavarte aquí.

Nevera, horno y cocina último modelo. «¡Ojalá Kimmie pudiera crecer en una casa así!», pensó.

Jan reprimió aquel pensamiento. La única manera que Kimmie tenía de llegar a vivir en una casa tan cómoda era yéndose a vivir con su padre. Y esa era una posibilidad que se negaba a considerar siquiera. Una vez terminó de lavarse y secarse las manos, se giró de golpe y casi chocó con Zack.

–Antes de irnos –dijo él–, deberíamos hablar.

Jan no le preguntó sobre qué. Tenía la garganta demasiado seca como para decir nada.

No podía seguir evitando aquel tema. Fuera cual fuera el siguiente paso, estaban a punto de darlo.

Capítulo 4

Ocho años atrás, la vida de Zack se había visto trastocada sin previo aviso. Y estaba volviendo a ocurrir. En un solo día, había descubierto que su hija no había sido entregada a unos desconocidos en adopción, sino que la estaba criando su madre… y que él podía tener y tendría una relación con Kimmie.

Así que se sentó frente a la mujer a la que en otro tiempo había amado, pensando en cómo podría compensar el tiempo perdido con su hija y lidiar con la tormenta de rabia, decepción y culpa que le invadía.

La imagen de Kimmie de pie al frente de la clase se le había quedado grabada. Le había recordado a Jan cuando el hospital de Los Ángeles la había acusado de perjudicar a una paciente por culpa de su ignorancia y negligencia. Jan le había administrado a un anciano una sobredosis de medicación que le había provocado un ataque que había estado a punto de costarle la vida. El hecho de que se hubiera recuperado había sido una bendición. Aun así, eso no había cambiado el hecho de que el paciente había sufrido un perjuicio innecesario y el hospital había tenido que tomar medidas.

Zack había intentado convencer a Jan de que admitiera su responsabilidad. Aun consciente de que aquella injuria podía significar el fin de su carrera profesional, la tenía por una persona íntegra capaz de admitir sus errores. Y aunque su falta de experiencia podía explicar el error, no disculpaba su obstinación.

Jan, furiosa, le había dicho que debía confiar en ella y que el problema había sido de la jefa de enfermeras. Había insistido en que el hospital había manipulado los archivos y conspirado contra su persona.

Zack había tachado de absurdas sus protestas y, tras una fuerte discusión, Jan le había devuelto el anillo de compromiso. Un mes después, cuando Jan le había comunicado que estaba embarazada y tenía intención de entregar al bebé en adopción, renunciar al derecho de paternidad le había parecido la solución más razonable tanto para ambos como para el bebé.

Después de aquello, los acontecimientos se habían movido rápidamente y en direcciones imprevisibles. En cuestión de meses, Zack se había comprometido con otra mujer que le necesitaba

mucho más, y con su hija. Y años después, tenía que lidiar con las consecuencias.

Juntó las manos sobre la mesa de la cocina. Lo mejor era empezar de una manera civilizada.

–¿Qué te gustaría tomar?

–¿Es esta la última comida de un condenado a muerte? –Jan inclinó ligeramente la silla, alejándose de él, como si se hubiera puesto a la defensiva.

Zack ignoró su sarcasmo.

–¿Zumo de naranja, leche, un refresco de jengibre?

–Zumo de naranja, por favor.

Zack llenó dos vasos y volvió con ella.

–Necesitamos establecer unas reglas.

–¿Cuáles?

–No culparnos en público. Eso solo podría degenerar en un enfrentamiento abierto.

–De acuerdo.

–Y mantener nuestros asuntos personales en privado. No hablar de ellos en el trabajo.

Jan reflexionó sobre ello. Al estar tan cerca de ella, Zack advirtió que sus mejillas habían perdido algo de su redondez y su rostro había ganado en madurez y fuerza.

–La gente descubrirá que tenemos una hija.

–Algunas personas saben que hace tiempo estuvimos comprometidos. Yo mismo se lo comenté.

–¿Quiénes?

Zack intentó recordar.

–La doctora Paige Brennan. Stacy Raditch. El anestesista. La enfermera del quirófano.

Jan apretó con fuerza el vaso. ¿Estaría intentando contener su enfado?

–Aun así, no tenemos que decir nada por el momento.

Zack se alegró de oírla. Por lo menos, en eso estaban de acuerdo.

Pero llegaba la parte más delicada.

–Y quiero que pasemos algún tiempo juntos, la niña y yo a solas.

Afortunadamente, Jan había dejado el vaso sobre la mesa, porque era tal la fuerza con la que lo estaba apretando que podría haberlo roto.

–Antes de que eso suceda, tengo que decírselo a Kimmie.

Zack pensó que debería ser él quien se lo dijera. Hasta que recordó la mirada desconfiada que Kimmie le había lanzado en el aula. Para ella, era un extraño. Entrar de pronto en su vida y declararse su padre podría convenir a sus fantasías, pero no había manera de saber cómo reaccionaría la niña. Además, necesitaba explicarle la situación a Berry.

–De acuerdo.

–¿Y cómo vamos a explicárselo sin culpabilizarnos?

–Podemos decirle que nosotros simplemente… –Zack se interrumpió. Simplemente… ¿qué?–. Yo no quiero que Kimmie piense que me despreocupé de lo que hubiera podido sucederle.

–Y yo no quiero que piense que le negué un padre durante todos estos años solo para castigarte.

«¿Incluso aunque fuera cierto?», se preguntó Zack. Evitar la culpa iba a ser difícil.

–Deberíamos ponernos de acuerdo en lo que le vamos a contar.

Lo discutieron durante unos minutos. Lo del compromiso roto era inevitable. ¿Pero cómo abordar el doloroso hecho de que Jan se había marchado de Los Ángeles sin decirle que se había quedado con Kimmie, y él se había casado con otra mujer y volcado su amor sobre otra niña?

–No veo cómo podemos suavizar lo ocurrido –dijo Zack.

Una enigmática sonrisa iluminó el rostro de Jan.

–¿Y si admitimos que ambos nos equivocamos?

–Es la verdad –concedió él–. Supongo que eso tiene la virtud de ser fácil de recordar.

–Y evita la sensación de engaño cuando las niñas terminen descubriendo cualquier cosa que intentemos esconderles. Porque lo descubrirán –añadió ella.

–Espero que puedan perdonarnos –dijo Zack–. Son demasiado jóvenes para comprender lo confundidos que estábamos.

–Eso es inevitable –suspiró Jan.

Jan apenas había cambiado, reflexionó Zack mientras el rayo de sol que entraba por la ventana le iluminaba los ojos castaños y la boca de labios carnosos.

–¿Cuándo lo haremos?

–Me gustaría llevarme a Kimmie a comer fuera el domingo.

–¿No deberíamos pasar algún tiempo con ella los dos… juntos?

–Percibiría la tensión. Si nos ve tensos e irritables, le enviaremos el mensaje equivocado.

Él tenía la intención de que la cita del domingo sirviera para marcar el tono de su relación con Kimmie, al menos para un futuro próximo.

Jan asintió con la cabeza, reacia.

–¿Este domingo, has dicho?

–Berry está en el coro de la iglesia, que suele cantar en un sanatorio después de misa. No la recogeré hasta las dos –hizo los cálculos–. Eso nos deja tiempo suficiente para comer.

–De acuerdo –aceptó Jan, aunque no parecía muy contenta– . Sacaré el tema esta noche.

–Yo también.

En cierta manera, aquello era como un divorcio, pensó Zack. Pese a sus diferencias, como padres que eran, Jan y él tendrían que trabajar juntos por el bien de las niñas. Sacó una tarjeta de la cartera y se la entregó.

–Aquí tienes mi teléfono. Así no tendremos que discutir de los detalles en el trabajo.

–¿Crees que podremos evitarlo?

–Podemos intentarlo.

Jan le entregó también una tarjeta que sacó del bolso.

–Encantada de conocerlo, señor Sargent.

–Lo mismo digo, enfermera García.

Habían firmado una tregua. Zack esperaba que durara.

–¿El hombre que se llevó a Manchita? –Kimmie miró incrédula a su madre por encima del plato en el que quedaban los restos de la cena–. ¿Él es mi papá?

Jan hundió el tenedor en su ensalada.

–Como te he dicho, no le había visto desde antes de que tú nacieras –Jan supuso que tendría que repetirle la historia varias veces antes de que los detalles cobraran algún sentido para ella–. Pero ahora que hemos regresado a California, parece que vamos a tener que trabajar juntos.

–Él no puede ser mi papá. Es el papá de esa otra niña. La niña que está en tercero.

–Ella es su hijastra.

–¿Por qué nunca fue a verme?

El tono de su voz le desgarró el corazón a Jan.

–Ya te había contado que tu padre vivía muy lejos y tenía otra familia.

–Yo creía que te referías a una galaxia lejana, muy lejos de aquí. O en un castillo. O… algo –desvió la mirada.

Jan deseó poder meterse en la mente de su hija para ayudarla a comprender. Pero tenía que dejar que Kimmie intentara poner en orden sus propios pensamientos.

Mientras esperaba, pensó en lo llena que estaba aquella habitación comparada con la casa que habían alquilado en Houston. En cuanto al viejo sofá, las sillas y las mesas adquiridas en tiendas de segunda mano, habían multiplicado los golpes y arañazos en la mudanza. En un rincón tenía su pequeño y anticuado televisor. Jan intentó no compararlo con la pantalla plana de Zack, ni comparar aquellas habitaciones tan estrechas con las de su casa. Kimmie y ella disfrutaban de un lugar seguro y cómodo donde vivir. Había mucha gente en el mundo que agradecería tener algo así.

–¿Cómo es que quiere a la otra niña y no me quiere a mí? – le preguntó su hija.

–Él no te conoce porque hemos estado recorriendo todo el país, pero quiere conocerte. Te ha invitado a comer este domingo. Tú y él, solos.

Kimmie abrió los ojos como platos, como si acabara de ocurrírsele algo.

–No tendré que irme a vivir con él, ¿verdad?

–¡Claro que no! Sigues siendo mi pequeña. ¿Por qué lo preguntas?

–Mi amiga Allie tiene que pasar los fines de semana con su papá.

–Tú no tendrás que hacer nada que no quieras –le prometió Jan–. Sé que esto es una gran sorpresa para ti, pero tú querías tener un papá y ahora ya lo tienes.

–La otra niña… –Kimmie pensaba con tanta intensidad que su madre casi podía sentir sus ondas cerebrales–. ¿Dónde está su mamá? –Murió.

No le había preguntado a Zack por las circunstancias de aquella muerte. Como tampoco se le había ocurrido pensar en lo terrible que debía de haber sido aquella muerte para Zack.

–¿Y si le odio? –insistió Kimmie–. ¿Podré pedirme otro papá?

Jan estuvo a punto de reír en voz alta.

–Te gustará. Es un hombre bueno.

Bueno y responsable, pero también podía ser rígido e injusto. Desde aquella última conversación, viejas heridas que creía curadas habían empezado a escocerle.

–¿Qué hará con Manchita? –preguntó Kimmie.

Jan se dio cuenta de que podía dar una imagen negativa de Zack en función de la respuesta que diera a esa pregunta.

–Me prometió que la llevaría mañana al albergue de animales, donde le encontrarán un hogar –contestó–. El albergue nos lo recomendó la señora Humphreys.

–Podría quedársela y dejarme que la visitara.

–Ya habrá otros gatitos –no se le ocurrió una respuesta mejor–. ¿Adónde te gustaría ir a comer el domingo?

–¿La otra niña irá también?

–La otra niña se llama Berry. Y no, no irá con vosotros. Estará cantando en el coro de la iglesia.

–¡Oh! –Kimmie pareció reflexionar–. ¿Y si le pido que me lleve a comer tortitas? Tú nunca me dejas comer tortitas.

–Ya se lo sugeriré yo –dijo Jan–. ¿De acuerdo?

–Supongo que sí –frunció el ceño–. ¿Cómo tengo que llamarle?

Una pregunta importante, para la cual Jan no tenía una fácil respuesta.

–Él me dijo que le llamara Zack –recordó Kimmie–. Puedo llamarle así.

Jan asintió y empezó a aclarar los platos. Si Zack prefería que Kimmie le llamara «papá» o «papi», siempre podría decírselo él mismo.

Suponía que todo había ido bien. Habría más preguntas y altibajos emocionales, sin duda. Aun así, si Zack y ella mantenían aquel delicado equilibrio, con el tiempo, a su hija empezaría a parecerle normal la idea de tener un padre viviendo cerca de su casa.

Pero Jan dudaba de que pudiera acostumbrarse alguna vez a tener tan cerca a Zack.

¿Cuántas veces había revivido mentalmente la noche que lo había cambiado todo? Había leído con sus propios ojos, incrédula, las órdenes del doctor. El mundialmente reputado cardiólogo había prescrito lo que a ella ya le había parecido una sobredosis de medicación.

Convencida de que la jefa de enfermeras reconocería el error, había salido en su busca. Para su sorpresa, la señora Snodgrass había reaccionado con furia.

–¡No es usted quién para cuestionar una prescripción del doctor Ringgel!

Jan había sugerido que enseñara la prescripción al cardiólogo residente, que estaba descansando en la sala de guardia después de un largo turno. La jefa de enfermeras se había negado a despertarle. Confundida, Jan había pedido su opinión a otra enfermera. Aunque la mujer había convenido con ella en que la dosis era excesiva, le había explicado que en una ocasión la señora Snodgrass había incumplido una orden del doctor Ringgel que había motivado el retraso de su promoción.

Temerosa de causar un perjuicio al paciente, Jan se había armado de valor y había llamado al cardiólogo. Cuando este había respondido al teléfono, Jan había oído ruido de voces de fondo.

–¿Se atreve usted a interrumpirme en mitad de la celebración de la boda de mi hija para cuestionar mis órdenes? Usted no es nadie. ¡Siga mis instrucciones o está despedida!

Jan había acudido de nuevo a la señora Snodgrass, que se había enfurecido aún más al descubrir que había molestado al doctor Ringgel.

–¿Dónde le regalaron el título, enfermera García? –le había espetado–. Administre esa medicación ahora mismo.

Más tarde, Jan había tenido oportunidades más que de sobra para lamentar el no haberse mantenido firme. Si hubiera tenido más experiencia, habría podido insistir en que no le parecía correcto administrar aquella dosis y en que, por lo tanto, debía hacerlo la jefa de enfermeras. Pero, con solo veintidós años, no había podido menos que dudar de su propio juicio.

De modo que había cumplido las órdenes y había estado a punto de matar al paciente.

Se había sentido horrorizada y sobrecogida por la culpa.

Cuando el doctor Ringgel negó haber hablado con ella y la señora Snodgrass afirmó que Jan no le había mencionado la situación, se llevó la gran sorpresa de su vida, pero al menos tenía la certeza de que los registros del hospital respaldarían su versión. Solo que no fue así.

La otra enfermera no se había atrevido a abrir la boca. Y cuando Zack le dijo que estaba seguro de que mentía, Jan se sintió absolutamente traicionada.

Durante semanas después de la ruptura de su compromiso, se había sentido atrapada en una nube de estupor que había ido dando paso gradualmente a la furia. Cuando descubrió que estaba embarazada, se lo contó inmediatamente a Zack. Aunque le había llevado los papeles de renuncia a sus derechos de paternidad, en el fondo albergaba la esperanza de que se arrepintiera y le suplicara que se casara con él.

Pero, en lugar de ello, Zack había firmado los papeles con una helada aceptación.

Enfrentada a un futuro personal incierto, Jan había contratado a un abogado con la ayuda de sus padres. El abogado había reclamado las grabaciones telefónicas que demostraban que había telefoneado al doctor. También había persuadido a la otra

enfermera de que testificara.

Para cuando nació Kimmie, el hospital ya había indemnizado a Jan y limpiado su nombre. Al cardiólogo, a quien le fue diagnosticada una demencia precoz, se le había permitido jubilarse y conservar su licencia médica. La jefa de enfermeras había sido degradada.

En cualquier caso, para entonces ya era demasiado tarde, tanto para ella como para Zack.

Capítulo 5

Zack se despertó el martes por la mañana con un gatito sentado en su cara.

Estornudó e instintivamente ahuyentó a lo que quiera que fuera de un manotazo. Un maullido de protesta atrajo su asombrada atención hacia un animalito de color naranja y blanco que intentaba incorporarse entre las sábanas. Contra el azul marino de la ropa de cama, la criatura destacaba como un rayo de sol.

Zack alargó la mano para alcanzarla, pero la detuvo en el aire. El rostro le dolía de los arañazos, que suponía no habían sido intencionados. En ese momento la actitud de la gatita era combativa. Lo último que necesitaba eran unos arañazos en las manos. Se sentó y se quedó mirando al peludo invasor. Se preguntó cómo había llegado hasta allí. Zack había dejado cerrada la puerta del baño de abajo. Y el tramo de escaleras era demasiado empinado para una criatura tan pequeña.

–¿Berry? –llamó.

El rostro de su hija asomó por la puerta abierta.

–¡Oh, aquí está!

–¿La has subido tú? –la respuesta era obvia.

Pese a que le había dicho expresamente que la gatita se quedaría dentro del baño, Zack decidió no recordárselo.

La noche anterior, cuando le explicó lo del bebé que había entregado en adopción y que al final no había sido adoptado, Berry había acogido la noticia con su habitual pesimismo. Cuando añadió que Kimmie estudiaba en la misma escuela y que había recogido a la gata, había fruncido el ceño.

–¡De eso ya me he enterado! –había exclamado–. ¿Fue ella la que recogió a Manchita?

Para entonces, Zack ya se había arrepentido de haberle revelado el nombre de la criatura.

–Sí, pero no puede quedarse. Ya conoces nuestra regla sobre las mascotas.

Al no recibir respuesta, había añadido que le había pedido a

Kimmie que comiera con él el domingo, mientras Berry cantaba con el coro. Dado que los padres no estaban invitados a acudir al sanatorio, no le había parecido que su ausencia pudiera suponer un problema.

Debió de haber pasado algo por alto. Subir al gatito al piso de arriba constituía todo un acto de rebelión para Berry.

–Buenos días, ángel mío.

Intentó abrazarla, pero no lo consiguió porque en el último momento, Berry se agachó para recoger a la gatita. Con la diminuta criatura entre sus brazos, se sentó en el borde de la cama.

–Me la quedo.

–Eso ya está hablado.

–Mi habitación es muy grande. Puede dormir conmigo y pondremos la caja en mi baño.

–Volveré al mediodía para llevármela al albergue de animales. Allí le encontrarán un hogar.

Berry se abrazó a la gatita.

–Este es su hogar.

–Nosotros nos pasamos todo el día fuera de casa –le explicó Zack, levantándose de la cama–. Es injusto para ella. Se sentirá sola.

–Rugido la cuidará –se refería a su león de peluche–. Le gusta hacer de mamá.

–¿Rugido es una hembra? –aquello era una novedad.

–Las dos queremos a Manchita –frotó la mejilla contra el pelaje del animal La gata enterró una patita en su cabello rizado. La garra se le enganchó. Cuanto más intentaba la gatita liberar la pata, más se le enredaba.

–¡Ay!

Zack liberó delicadamente el pelo de su hija.

–Deberías cortártelo un poco.

Hasta la primavera anterior, en la que había insistido en dejárselo crecer, llevaba el pelo corto.

–¡No! –tan pronto como pudo moverse, se apartó.

–Está bien. Déjatelo todo lo largo que quieras –la niña tenía

perfecto derecho a escoger su estilo. Las mascotas eran otro asunto–. Pero no quiero que vuelvas a casa del colegio esperando encontrar a la gatita aquí.

–¡Pues entonces no iré al cole! –y Berry salió de la habitación acunando al animal contra su pecho.

Al final del pasillo, Zack oyó la puerta de su habitación cerrarse con firmeza.

«Esto es lo que pasa por hacerle un favor a Jan», pensó. Pero no, era injusto. No había llevado a Manchita pensando en Jan, sino en Kimmie.

Casi seguro de que, a pesar de sus palabras, su hija tendría el buen sentido de vestirse para ir al colegio, Zack se duchó y se vistió. Se peinó ante el espejo, dejando que el pelo le cayera en una onda sobre la frente. ¿Cómo le sentaría que alguien le dijera que tenía que rapárselo al uno para que así fuera más práctico?

«Yo no he dicho eso», se recordó. Tener un animal en casa era otra cosa. Aparte del riesgo de soportar pulgas e infecciones, habría que cuidarlo y pagar las costosas visitas al veterinario.

Con sus argumentos alineándose como soldados en formación, Zack llamó a la puerta de su hija. Para su alivio, Berry salió vestida y peinada. Por el cuidado con que cerró la puerta, Zack supuso que la gatita seguía dentro.

Zack preparó un desayuno de cereales, leche y rodajas de fruta. Como Berry procedía de una familia con un preocupante historial de enfermedades cardíacas, él insistía en que llevara una dieta sana e hiciera mucho ejercicio.

Después de lavarse las manos, Berry comió con apetito. Zack no sabía si volver a mencionar el tema del animal o dejarlo en paz. Ya le había informado de que pensaba llevar a Manchita al albergue al mediodía. Aunque agarrara una rabieta cuando volviera a casa y se encontrara con que la gatita no estaba, no tardaría en pasársele el disgusto.

Berry dejó la cuchara sobre la mesa.

–El domingo quiero ir a casa de Brady después del coro –anunció.

–¿A casa de Brady? –Brady cantaba en el coro y su madre era ayudante del director de la coral–. Puedo arreglarlo, pero… ¿por qué?

–No quiero conocer a la otra niña –dijo, frunciendo el ceño con gesto preocupado.

–No pensaba presentártela todavía. Pero tú siempre dijiste que querías tener una hermana.

Berry se le quedó mirando horrorizada.

–¡Ella no es mi hermana!

–No exactamente, pero…

–¿Cómo es que ella tiene un nuevo papá y yo ni siquiera tengo un gatito?

Para consternación de Zack, a Berry se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Berry, yo te quiero más que a nadie en el mundo. Pero eso no quiere decir que no pueda… –se interrumpió.

Había estado a punto de decirle que había suficiente espacio en su corazón para quererlas a todas por igual. Pero su sentido de la prudencia le advirtió que no lo hiciera.

–Yo ni siquiera la conozco –se corrigió Zack–. Kimmie nunca será lo mismo que tú.

Berry, con los brazos cruzados, se negaba a mirarle.

Mientras buscaba las llaves, Zack reflexionó sobre lo que había dicho Berry: «¿Cómo es que ella tiene un nuevo papá y yo ni siquiera tengo un gatito?». Estaba dispuesto a hacer grandes cambios en su vida con tal de acercarse a Kimmie. Quizá Berry estuviera buscando la seguridad de que él también estaba dispuesto a sacrificarse por ella.

–¿Sentirías más simpatía hacia Kimmie si te dejara tener la gatita? –ignorando al reloj de la cocina, que le recordaba que debía darse prisa, se concentró en su hija.

Mordiéndose el labio, Berry asintió con la cabeza.

–Tu felicidad me importa mucho –le dijo Zack–. Mucho más que las molestias que me pueda ocasionar tener una mascota. Pero tendrás que darle de comer y limpiarla. Y tenerla en el baño hasta que se amanse un poco.

–El baño de arriba es más grande.

–De acuerdo –cedió Zack.

Berry se levantó entonces de un salto.

–¡Te quiero, papi! –le dio un abrazo–. Voy a por mi mochila.

Mientras aclaraba los platos, Zack se preguntó si algún día, cuando tuviera una hija adolescente, no recordaría aquel momento con nostalgia.

Para la una y cuarto, cuando acabó con su última consulta de la mañana, Zack se alegró de no tener que salir corriendo para llevar a la gatita al albergue Si unos días atrás alguien le hubiera dicho que iba a adoptar a un gato, se habría echado a reír. Pero la paternidad exigía un cierto grado de flexibilidad.

Comió en la cafetería y se pasó luego por el despacho de Jan, esperando poder hablar con ella antes de la reunión de las dos. La encontró organizando sus notas en el ordenador.

–Hola, Zack –le saludó Jan con aire distraído–. Cierra la puerta.

Tenía algo en mente. ¿Tendría que ver con la reacción de Kimmie? Zack se sentó en una silla y esperó a que Jan imprimiera el archivo con el que estaba trabajando.

–El doctor T. acaba de mandarme un correo electrónico informándome de que Samantha Forrest piensa incorporarse al grupo. ¿Qué pinta una pediatra en un programa de donación de óvulos?

–Asesora a un grupo de madres adolescentes.

–No entiendo qué relevancia puede tener eso.

–Yo tampoco, solo estaba pensando en voz alta.

–Es la mujer del administrador, y creo que la llaman «Sam la Batalladora» –comentó Jan, evidenciando que se había documentado bien–. ¿De verdad es tan dura?

–Puede serlo –tuvo que reconocer Zack–. Cuando mete su nariz retorcida en algún asunto es como un bulldog.

–¿Un bulldog con la nariz retorcida? ¡Qué horror! –Jan arrugó la nariz, una nariz preciosa y, decididamente, en nada parecida a la de un bulldog–. Odio las intrigas de oficina.

–Yo no sé si las odio, pero se me dan fatal –como no tenía nada más que decir al respecto, formuló la pregunta que más le

preocupaba–: ¿Cómo se tomó Kimmie la noticia?

La expresión de Jan se suavizó.

–Se la tomó bien. ¿Tienes algún inconveniente en comer tortitas a mediodía?

Normalmente, lo tendría. Pero Kimmie no era Berry, cuya madre y abuelos habían fallecido jóvenes por culpa de sendas afecciones cardiacas.

–He oído hablar muy bien de un restaurante llamado Waffle Heaven. Supongo que es una buena ocasión para probarlo.

–Eso contribuirá a romper el hielo. ¿Cómo ha reaccionado Berry?

–Al principio, no habló mucho, es una niña muy reservada.

–Ha sufrido mucho –dijo Jan, mirándole con tristeza–. Es una suerte que te tenga a ti.

–Yo soy muy afortunado de tenerla a ella.

–¿Tiene más parientes? ¿Abuelos?

–Fallecieron –optó por no dar más explicaciones. Rima y su familia eran territorio privado–. Solo un tío joven, soltero. Nos vemos en vacaciones.

–¿Y tus padres?

Jan pareció vacilar, lo cual no era extraño. Los Sargent no se habían alegrado precisamente de tenerla como futura nuera. Tampoco se habían entusiasmado con Rima, pero al menos la habían aceptado una vez que se había convertido en su mujer.

–Nunca han sido muy efusivos –contestó Zack.

De repente, se dio cuenta de que no les había contado nada sobre Kimmie. Otro asunto delicado.

–De modo que, por lo menos en un primer momento, Berry apenas reaccionó. ¿Y después?

–Se ha encariñado mucho con la gatita. Me preguntó que cómo era posible que Kimmie tuviera un nuevo papá mientras que ella ni siquiera podía tener una mascota.

Jan sonrió.

–¿Qué pasa? –inquirió Zack.

–Te rendiste.

–Llegamos a un compromiso –aquello sonaba más digno.

–¿Sobre qué?

–Sobre mi rendición.

Jan rio por lo bajo.

–Apúntate un tanto. Me alegro de que Manchita tenga un hogar.

–Y yo me alegro de que lo apruebes –pero la situación no estaba ni mucho menos arreglada–. Berry llama a Kimmie «la otra niña» y se niega a verla.

–Solo te tiene a ti, y ahora se ve obligada a compartirte. Es lógico que se sienta amenazada.

–¿No le enfadó a Kimmie que yo haya estado tan ausente de su vida?

–Se sintió más confusa que furiosa –Jan dio un respingo cuando le sonó el móvil–. Es mi alarma. Hora de salir para la reunión de plantilla. ¿Crees que pasará algo porque subamos juntos?

–Tu recepcionista ya me ha visto entrar, así que el rumor está en el aire.

Caroline Carter era una joven bastante charlatana cuyo último destino había sido una consulta bastante aislada. En ese momento, como recepcionista y secretaria de Jan y de los otros empleados de la planta baja, su localización le permitía estar perfectamente al tanto de todos los rumores que corrían por el hospital.

–Lo sospechaba –dijo Jan con una mueca.

Capítulo 6

«Tranquila. Sé amable. Escucha con atención». Jan se repetía aquel mantra mientras saludaba a los otros ocho miembros de la plantilla en el auditorio, una habitación del tamaño de un aula con unos treinta asientos en pendiente. Dado el escaso número de asistentes en aquel primer encuentro, habría preferido sentarse alrededor de una mesa de reuniones, pero el doctor T. les había convocado allí.

Mientras los participantes terminaban de saludarse y ocupaban sus asientos, Jan se dedicó a observarlos. El embriólogo Alec Denny se había mostrado tan amable como siempre, mientras que el abogado del hospital, Tony Franco, le había comentado lo mucho que le había alegrado a su esposa, Kate, encontrarse con ella el día anterior en el colegio.

La asesora financiera Melissa Everhart y la coordinadora de fertilización in vitro Karen Wiggins estaban igual de deseosas de sacar adelante el programa de donantes. El administrador, Mark Rayburn, la saludó con discreta cordialidad y se sentó al lado de Tony y no de su esposa, que había escogido un banco más alto. Aunque Jan la consideraba imprevisible, Samantha Forrest le había estrechado la mano y saludado con perfecta cortesía. Según lo esperado, Owen Tartikoff se acercó al atril para hacer la presentación.

–Todos ustedes conocen a Jan García. Como bien saben, ella y yo trabajamos juntos en Boston. Desde entonces ha sido directora ayudante de un programa de donación de óvulos en Houston. Era mi mejor candidata para este puesto.

De pie a su lado, Jan experimentó un cosquilleo nervioso en las manos.

–Me gustaría hacer una pequeña introducción, para que tengamos bien presente el trasfondo de lo que vamos a hacer –Owen hablaba con facilidad, sin notas–. El primer óvulo fertilizado fue trasplantado con éxito en julio de 1983 a menos de una hora en coche de aquí, en Harbor, centro médico de la Universidad de Los Ángeles. Hoy en día, el proceso se realiza en todo el mundo, pero son numerosos los países que imponen restricciones. Lo más habitual es que se limite o prohíba la donación con fines

comerciales –siguió explicando, y continuó durante un rato más.

«Corta ya», le ordenó Jan mentalmente, pero el doctor T. siguió hablando. Jan había olvidado lo mucho que le gustaba hablar en público.

–No debemos olvidar que estamos tratando con los hijos de la gente –continuó Owen–. Algunos de ustedes recordarán el escándalo que estalló en la Universidad de California, en Irvine, a mediados de los noventa. Dos médicos fueron acusados de robar óvulos de pacientes para implantarlos en otras mujeres.

Pueden imaginarse la conmoción y el aluvión de denuncias que se derivaron de todo ello. Aunque estoy convencido de que nadie en esta sala cometería tan reprensible acto, debemos contar con dispositivos de seguridad que nos garanticen que nada parecido pueda ocurrir, ni siquiera por accidente.

Tony asintió con la cabeza. Samantha no demostró reacción alguna. ¿Qué estaría haciendo allí?

–Llegados a este punto, les dejo con Jan García –dio un paso atrás, risueño.

«Estupendo», pensó Jan. Le tocaba intervenir justo cuando el doctor acababa de llenar los oídos del público de historias de terror. Inspirando profundamente, caminó hacia el atril.

Porque la conocía bien, Zack percibió la tensión de su postura y de su tono de voz. Por lo demás, sin embargo, se condujo con perfecta profesionalidad.

Todo un desafío, después de la pequeña introducción del doctor T.

Con tono tranquilo, Jan procedió a resumirles las expectativas del programa. Como cualquier otra clínica, aquella necesitaba fijar reglas y establecer protocolos. Además, las clínicas estaban obligadas por ley a enviar informes estadísticos anuales a la Sociedad para la Tecnología de Reproducción Asistida, así como a los centros federales de control de enfermedades. Aquella información sería transmitida al público por medio de informes sobre índices de embarazos.

–Nuestra primera tarea es la de sentar algunos protocolos. Por ejemplo, ¿qué criterios vamos a seguir a la hora de seleccionar a las

donantes de óvulos? Y también, ¿estableceremos un programa de fertilización in vitro de ciclo compartido?

–Disculpe –se levantó de pronto Samantha Forrest–. ¿Pero qué pasa con la protección de las donantes de óvulos de cualquier tipo de explotación comercial?

Así que era eso lo que la había llevado hasta allí. Algo perfectamente comprensible, pensó Zack, teniendo en cuenta que trabajaba con jóvenes que podían contemplar la donación de óvulos como una manera fácil de ganar dinero.

–Me alegro de que haya sacado ese tema, doctora Forrest – Jan no dio muestra alguna de alarma–. Por favor, desarróllelo un poco más. Quiero estar segura de tener en cuenta sus inquietudes.

–Bueno… –la pediatra parpadeó extrañada, como si la respuesta la hubiera encontrado desprevenida.

«Bien por ti, Jan», la felicitó Zack.

–Debemos estar plenamente informados de las pruebas y exámenes a los que se someterán, de los tratamientos hormonales que recibirán y de los posibles efectos secundarios a largo plazo, por no hablar del impacto emocional –le explicó Samantha–. ¿Cómo se sentirán años después, cuando se den cuenta de que otras mujeres están criando a sus bebés?

Jan tomó notas en su cuaderno.

–Excelente. Esa es la clase de interacción que esperamos. ¿Estaría usted dispuesta a colaborar en el equipo que elabore el folleto informativo que se repartirá entre las potenciales donantes?
–Claro.

–Gracias. Y, naturalmente, haremos un profundo trabajo psicológico con todas las donantes –continuó Jan.

Pero Samantha no había terminado.

–Entiendo, también, que las mujeres no reciben cantidad alguna hasta que los óvulos son extraídos. Y eso les da mucho tiempo para especular con todo tipo de posibilidades, por así decirlo.

–No más del que muchos solicitantes de empleo invierten en buscar trabajo –replicó Jan con tono sereno–. Y el pago es de una cantidad sustancial, unos cinco mil dólares por ciclo.

–Eso es suficiente para tentar a cualquier joven, pero puede que no baste en el caso de una mujer más mayor con capacidad para

reflexionar sobre las consecuencias de su decisión –insistió la pediatra.

Dándose cuenta de que el tema podía monopolizar toda la reunión, Zack decidió intervenir.

–Si pagamos a mujeres jóvenes antes de que culmine el proceso de extracción de los óvulos, nos enfrentaremos a un sinfín de problemas.

Todo el mundo se volvió hacia él y Zack advirtió una expresión de sorpresa en algunos rostros. Cuando no intervenía para defender su propuesta del programa de becas, Zack prefería permanecer en segundo plano.

–Por favor, continúe –le pidió Jan.

–En primer lugar, algunas donantes podrían aprovecharse del programa para cobrar pese a no tener intención alguna de donar óvulos –explicó Zack–. En segundo lugar, no podemos cobrar a las pacientes por óvulos que no llegan a recibir, así que… ¿de dónde saldría el dinero para esos pagos?

Sam se cruzó de brazos, nada convencida.

–El tercer peligro es que mujeres fértiles que fantasean con tener múltiples bebés, y estoy seguro de que muchos de nosotros nos hemos encontrado con alguna, firmen el contrato, se sometan al tratamiento hormonal y luego se queden embarazadas con todos esos óvulos dentro.

–De todas maneras, ¿qué les impediría hacerlo? –le preguntó Sam.

–Un proceso de selección con pruebas psicológicas –le recordó Jan.

–Esas pruebas se pueden manipular –insistió la pediatra.

–También está el alto coste de la atención médica de los embarazos múltiples –dijo Zack–. Si pagamos sin exigir la extracción de los óvulos, ello supondrá un incentivo añadido. Es cierto, puede que no sea mucho dinero a largo plazo, pero habría mujeres que lo contemplarían como una manera de poder satisfacer sus deseos sabiendo que nosotros las ayudaríamos a financiarlos.

La doctora Sam reflexionó sobre ese aspecto.

–Es una observación muy oportuna.

–Solo estamos comenzando a hablar sobre ello –añadió Jan– , y aprecio su colaboración. Pero ahora deberemos tocar otros asuntos, porque todos tenemos unas agendas muy apretadas.

En la fila delantera, Zack vio que el doctor T. asentía con la cabeza en señal de aprobación. Jan había tomado en cuenta las inquietudes de Samantha, había salido airosa del desafío a su liderazgo y había vuelto a encarrilar la reunión. Zack se sintió orgulloso de ella.

A pesar de su preocupación porque Samantha pudiera dejar caer otra bomba durante la reunión, Jan se las arregló para sacar toda la lista de temas y concluir a las tres y media, conforme a lo planeado.

Tras dar las gracias a todo el mundo, el doctor T. se apresuró a felicitarla.

–Buen trabajo. ¿Cuándo podremos empezar con el reclutamiento?

–Para la primavera, posiblemente antes –contestó Jan.

–Excelente –dijo el médico, y se marchó a toda prisa, como si tuviera una montaña de trabajo esperándole.

Los demás también la felicitaron. Jan les prometió que volvería a ponerse en contacto con ellos para programar tareas posteriores.

La doctora Forrest se mantenía al margen. ¿Estaría esperando quizá la oportunidad de tener una conversación más prolongada con ella, o tendría ganas de discutir?

La presencia de Zack reforzaba la sensación de seguridad de Jan. Quería darle las gracias por haber intervenido para aliviar la presión, pero no lo podía hacer delante de Samantha. Al final, Zack se retiró antes de que pudieran quedarse a solas.

–Tengo pacientes a las cuatro. Buen trabajo, Jan.

–Gracias.

Jan mantuvo un tono enérgico y educado. E intentó disimular su nerviosismo mientras veía su poderosa figura desaparecer por la puerta. Sintiéndose como si se estuviera enfrentando a un pelotón de fusilamiento, concentró finalmente su atención en Samantha.

–Le agradezco que se haya ofrecido como voluntaria para

colaborar en el folleto informativo. Apoyar a nuestras donantes es vital.

La pediatra echó hacia atrás su rubia y ondulada melena. Alta y fuerte, era una mujer de imponente presencia.

–Yo no me opongo al programa, en el caso de que le haya dado esa impresión.

–En absoluto. He oído comentarios muy positivos sobre su Centro de Apoyo Psicológico. Es maravilloso que esté dispuesta a ayudar a esas jóvenes –Jan pensó en la posibilidad de sentarse, pero decidió quedarse de pie por si la conversación terminaba acalorándose.

–Siento empatía tanto con las receptoras como con las donantes –le aclaró la pediatra–. Para mí fue muy doloroso descubrir que tenía un problema ovárico que me impedía ser madre.

–Tengo entendido que adoptó trillizos.

La pediatra suavizó la expresión.

–A veces la vida nos da lo que necesitamos, tanto si lo merecemos como si no. Yo solamente quería que supiera que, aunque comprendo a las receptoras de óvulos, creo que alguien tiene que defender también a las donantes.

–Es bueno tener todos los factores en cuenta –respondió Jan–. Una buena crítica es un verdadero tesoro.

–Ahora entiendo por qué Owen la puso al mando del programa –le tendió la mano–. Es usted un gran activo para el hospital.

–Gracias.

Jan la observó marcharse con una profunda sensación de alivio.

El domingo por la mañana, se despertó nerviosa. «Hoy es el día en el que Kimmie comerá con su padre. ¿Y si algo sale mal?». Quizá debería llamar a Zack para decirle que ella iría también, o podría sentarse al menos en otra zona del restaurante.

Pero Zack insistiría en que confiara en él. Y tendría razón.

Miró el reloj. ¡Las nueve y media! No esperaba dormir tanto.

Se levantó y fue a buscar a Kimmie. Su hija normalmente se

preparaba sola los cereales del desayuno y Jan supuso que la encontraría jugando en su habitación o viendo los dibujos animados. Pero no la encontró por ninguna parte. Con el corazón acelerado, se apresuró a revisar la puerta. No estaba cerrada con llave.

¿Adónde habría ido Kimmie? Se asomó a la ventana. En la neblina de la mañana, no se distinguía figura alguna en el parque infantil.

«Debe de haber salido a recoger el periódico», pensó.

Jan se puso la bata, recogió las llaves y el móvil y salió a la calle. Al pie de los escalones, encontró el periódico, todavía en el buzón. Ni rastro de su hija.

¿Debería llamar al casero? ¿Sería demasiado pronto para llamar a la policía?

Permanecía todavía de pie en la puerta, discutiendo consigo misma, cuando una pequeña figura dobló la esquina del edificio contiguo. Con un estallido de alivio, Jan reconoció a su hija en camisón, sosteniendo en los brazos un gran gato gris y blanco.

–¡Kimmie! –Jan no alzó la voz para no molestar a los vecinos–. Me has dado un susto de muerte.

La pequeña la miró con una expresión de disculpa.

–Lo siento, mami. He salido a recoger el periódico. Y luego he oído unos maullidos.

Jan miró de cerca al animal.

–Es un gato, y eso es lo que hacen los gatos, maúllan.

–Tiene hambre –protestó su hija–. Tenemos que darle de comer.

–Si lo hacemos, no nos lo quitaremos de encima. A mí me parece que está bastante bien alimentado. Kimmie, por favor, bájalo.

Reacia, la niña se agachó y lo dejó en el suelo. El animal se frotó contra su pierna y alzó la mirada hacia ella.

–¿Lo ves? Me quiere.

–Estoy segura de que tiene dueño. Se nota que está familiarizado con la gente –aunque no llevaba collar, era posible que lo hubiera perdido–. ¿Has desayunado?

–No.

–Seguro que tienes hambre.

–Sí –dando al gato una última palmadita, Kimmie se incorporó con un suspiro.

Jan entonó mentalmente una oración de agradecimiento mientras recogía el periódico.

–No vuelvas a salir de casa sola –añadió–. Las reglas son las reglas.

–¿Vas a contárselo a papá? –preguntó Kimmie con voz temblorosa.

De camino a la cocina, Jan se detuvo de golpe.

–No veo motivo alguno para hacerlo. ¿Por qué lo preguntas?

–El papá de Allie la castiga cuando se porta mal –de pie en medio del salón, se abrazó asustada.

–Zack no va a castigarte.

–¿Estás enfadada conmigo?

–No. Me alegra que te preocupes por los animales. Pero no podemos salvar al mundo entero –Jan se lavó las manos y se aseguró de que su hija hiciera lo mismo–. Ahora vamos a desayunar y después leeremos las tiras cómicas del periódico.

Un par de horas después, tras dedicar un buen rato a arreglarse en el baño, la rescatadora de gatos quedó convertida en una preciosa niña ataviada con un vestido amarillo con mangas cortas abombadas, zapatitos de charol y calcetines blancos.

–Estás preciosa –le dijo a su hija.

–Tú también, mami.

–Gracias.

Se había puesto una falda rosa con un top del mismo color. Jan planeaba ir de compras mientras su hija estaba fuera, y le gustaba lucir su mejor aspecto.

El timbre de la puerta la hizo dar un respingo.

Madre e hija cruzaron una significativa mirada y Jan fue a abrir.

Capítulo 7

La incertidumbre que leyó en los ojos de Zack le recordó a Jan su primera cita. Aunque no había ido a verla a ella, por supuesto. Y sus nervios eran por su hija, no por ella. «O deberían serlo», añadió para sus adentros.

–Entra. Kimmie ya está lista –dijo de manera innecesaria, dado que desde el umbral Zack podía ver a la pequeña, con las manos juntas sobre su vestidito.

–¡Hola, Kimmie! –Zack entró en la casa.

Jan pudo ver que se fijaba en el pequeño espacio con los destartalados muebles… ¿o era ella la que estaba proyectando sobre él sus propias inseguridades? Casi al mismo tiempo, Zack clavó la mirada en su hija. La hija de ambos.

–Siento no haberme presentado con propiedad cuando nos conocimos. Yo soy…

Adivinando que no sabía qué nombre usar, Jan intervino.

–Kimmie sugirió llamarte Zack. ¿Te parece bien?

La decepción se dibujó en el rostro de Jack, pero se desvaneció rápidamente.

–¡Claro! A lo mejor cuando nos conozcamos mejor… Está preciosa con ese vestidito, Jan.

–Ella también ha colaborado para estar tan guapa.

Kimmie clavó la mirada en los zapatos.

–Supongo que da miedo esto de salir a comer con un hombre al que apenas conoces –sugirió Zack.

La niña seguía evitando su mirada. Jan se apiadó de ambos.

–¿Qué tal está Manchita? –ese era un comienzo seguro de conversación.

Zack aprovechó rápidamente el cambio de tema.

–Le hemos comprado un ratón de juguete. Deberías ver cómo salta y juega con él.

Kimmie levantó por fin la mirada.

–Yo conozco un gato. Es grande y gris, y yo le llamo Gorila.

–¡Kimmie! –le recriminó su madre–. Ese gato probablemente tiene un nombre y un dueño.

–Está solo. Le caigo bien.

–Seguro que sí –Zack se adelantó lentamente–. Vamos a ir a un restaurante llamado Waffle Heaven. Tengo entendido que tienen unas tortitas riquísimas.

–¿Has reservado mesa? –le preguntó Jan–. Los domingos suele llenarse.

–Me había olvidado –sacó el móvil–. Voy a ver cuánto tiempo hay que esperar… –encontró el número e hizo la llamada–. Media hora. No es mucho.

–¿Es nuevo tu teléfono? –a Kimmie la fascinaban los aparatos electrónicos.

–Sí. ¡Eh! Mira esta aplicación que tiene para los niños – movió varias veces el dedo por la pantalla y se lo entregó.

–¡Hala! –se quedó inmediatamente hipnotizada.

Jan recogió un par de revistas infantiles.

–Puede que queráis llevároslas. Son más entretenidas que un móvil.

–Gracias.

Zack le rozó la mano al aceptarlas y Jan sintió que la invadía un delicioso calor cuando sus miradas se cruzaron con expresión de complicidad.

Zack rompió rápidamente el contacto y se puso a hojear las páginas.

–Historias de animales. A Berry le encantarían.

–Es una revista excelente –dijo Kimmie, haciéndose la mayor–. Voy a por mi bolso.

–Claro –mientras la veía salir de la habitación, Zack comentó–: Habla casi como una adulta.

–A veces –repuso Jan–. Cambia de humor muy rápidamente. Es una suerte que tengas experiencia con niñas. Por cierto, ¿qué le parece a Berry que te lleves a Kimmie a comer?

–Es difícil de decir –enrolló las revistas–. Después de la

actuación del coro, irá a casa de Kate y Brady Franco. Con un poco de suerte, estará demasiado entretenida como para acordarse.

–Eso espero yo también –Jan se interrumpió cuando volvió su hija–. Que os divirtáis.

Abrazó a Kimmie, pero esta se desasió en seguida.

–Me vas a despeinar, mami.

–Claro, y eso no podemos consentirlo –Jan sonrió.

Habitualmente, su hija no se preocupaba por esas cosas. Pero acababa de aparecer un hombre en su vida. «Un padre». Jan experimentó una punzada de culpa.

–Supongo que estaremos de vuelta sobre las tres –dijo Zack.

–¿Podré ver a Manchita? –al ver que él vacilaba, Kimmie insistió–: Por favor…

–Podemos acercarnos a mi casa después de comer – concedió–. Si a tu madre le parece bien.

–De acuerdo –Jan intentó no pensar en cómo reaccionaría Kimmie a la vista de aquella enorme y preciosa casa.

Los acompañó hasta la puerta. Se lo pasarían muy bien, pensó. Y ella dispondría de unas pocas horas para comprar. Pero, minutos después, al salir del baño, descubrió el móvil de Zack en la mesa del salón. Kimmie debía de haberlo dejado allí y él no se había dado cuenta.

¿Qué podía hacer? Llevárselo al restaurante sería arruinar la cita con su hija. Era importante que estuvieran solos. Pero, por otro lado, ¿y si Berry o el propio hospital necesitaban ponerse en contacto con él? Tras reflexionar durante unos segundos, decidió llevarse el teléfono. Si sonaba, podría sugerir a quien fuera que se pusiera en contacto con el restaurante, o se pasaría ella misma por allí. Solo serían unas cuentas horas.

Después de dejar una nota en la puerta por si Zack volvía a buscar su móvil, Jan se apresuró a hacer sus recados.

Al diablo con sus planes de quedarse a solas con Kimmie, pensó Zack con divertida frustración mientras se sentaban en la atestada sala de espera del restaurante. Leer las historias de las revistas de

Kimmie en voz alta y poner voces divertidas había sido una buena manera de pasar el tiempo. Demasiado buena. Porque, en seguida, un niño se había apartado de su familia para acercárseles. Su hermana mayor no había tardado en unirse a él. Y poco después también lo había hecho un niño que había estado corriendo por toda la sala.

Cuando la camarera les llamó por fin, cerró la revista con una punzada de culpa.

–Lo siento, chicos, seguro que tiene un final feliz.

–Los gatitos encuentran el camino de vuelta a casa –les consoló Kimmie.

Zack guió a Kimmie a través del restaurante. El olor a tortitas, gofres, sirope y chocolate acabó rápidamente con su intención de atenerse a una dieta sana.

Después de que la camarera les entregara las cartas y se marchara, Kimmie le preguntó: –¿Qué es un gofre?

A Zack no se le había ocurrido pensar que no pudiera saberlo.

–Son como tortitas, aunque más gruesas y con pequeños cajetines rellenos para retener el sirope.

En la carta de menú, Kimmie señaló la fotografía de un gofre coronado de nueces, sirope y nata.

–¿Qué es eso?

–«El Gofre Sorpresa de Nueces» –leyó Zack, y le señaló otro–. Y ese es el Piña Express.

–¡A mí me encanta la piña! –exclamó Kimmie entusiasmada.

–Pues entonces el de piña. A no ser que prefieras el Plátano Especial.

–También me gustan los plátanos –parecía temerosa de equivocarse en la elección.

–Podemos pedir los dos y compartirlos –propuso Zack.

–¡Genial! –dijo Kimmie–. Muchas gracias.

Qué niña más educada. Aunque Kimmie tenía los ojos iguales a los suyos y el pelo oscuro de Jan, Zack tenía la sensación de estar comiendo con la hija de otra persona. Con Berry, en cambio, la conexión había sido instantánea.

Un día, a última hora de la tarde, cuando se dirigía hacia su coche, que había dejado aparcado en el hospital de Los Ángeles, había oído llamar a una mujer frenéticamente a su hija. Y enseguida había visto a una niñita corriendo hacia él, sacudiendo sus diminutas trencitas negras.

–¡Hola! –la había interceptado suavemente.

La impulsiva niña prácticamente se había lanzado a sus brazos.

Mientras la cargaba para llevarla con su madre, Zack había experimentado una inmensa ternura. Se había sentido como si estuvieran destinados a encontrarse.

Al ir a entregarle la niña, Zack había reconocido a Rima. La había visto en la sala de espera del hospital unas cuantas veces. Debía de haber visto también a Berry, pero aquello no explicaba la sensación de conexión que había tenido con ella.

Rima le había dado las gracias y se había disculpado, explicándole que la dolencia que tenía en el corazón le había impedido salir corriendo detrás de su hija. Zack las había observado marcharse mientras se apoderaba de él una extraña sensación de pérdida.

Pocos días antes, una enfermera le había dicho que Jan, que ya estaba embarazada de cinco meses, esperaba una niña. Zack se había dado cuenta entonces de que había estado soñando con esa niña, y, de alguna manera, la imagen de Berry se había filtrado en su subconsciente, ocupando el lugar de la hija aún no nacida.

Varios días después, al ver a Berry y a Rima en la sala de espera, Zack se había detenido a hablar con ellas. En un impulso, las había invitado a una feria de arte infantil que había visto anunciada.

Solo y dolido por lo que consideraba la traición de Jan, se había encariñado rápidamente con ellas. Si no las hubiera conocido, quizá se habría esforzado más por ganarse el perdón de Jan y sus vidas habrían podido tomar un curso muy diferente. ¿Pero qué habría sido entonces de Berry?

–He cambiado de idea. Quiero esto –dijo de pronto Kimmie señalando la fotografía de un gofre de chocolate con nata–. ¿Te parece bien, Zack?

–Claro.

Si hubiera sido su padre de verdad, habría podido controlar su dieta. Pero no lo era. Todavía no. Y cuando Kimmie soltó la carta y

se quedó mirando al vacío, supo que también ella lo sabía.

Ver la sección de decoración del centro comercial despertó en Jan un intenso anhelo. Elegantes sofás de vivos colores, mesas y armarios de madera reluciente… Ella no podía permitirse tales cosas. En lugar de ello, compró varios cojines de colores que estaban de saldo.

Algo después, tras hacer sus compras en el supermercado, estaba cargando las bolsas en el maletero del coche cuando escuchó un timbre nada familiar procedente de su bolso. ¡El móvil de Zack!

Mientras lo sacaba, miró el reloj. La una y media pasadas. ¿Seguirían Kimmie y Zack en el restaurante?

Pulsó el botón.

–Es el teléfono del doctor Sargent.

–¡Oh! –la mujer del otro lado pareció sorprendida–. ¿Con quién hablo, por favor?

Una situación incómoda. Y decepcionante.

–Soy Jan García, del hospital. Ha habido una confusión de móviles y…

–¡Jan! Soy Kate Franco.

Su alivio dio inmediatamente paso a la preocupación.

–¿Está bien Berry?

–Sí, claro. Bueno, aunque de un mal humor inusual en ella.

Nunca la había visto así. Terminamos pronto la actuación y Brady y ella no han parado de reñir desde entonces. En este mismo momento, está diciendo que quiere volver a su casa.

¿Qué podía hacer? Jan y Zack habían acordado no divulgar su relación, así que no podía entrar en detalles acerca de su paradero.

–Tenía unos recados que hacer, así que puede que no esté disponible ahora mismo. ¿Por qué no paso a recoger yo a Berry? La dejaré en su casa.

Solo entonces recordó que Berry y ella no se habían visto nunca. Comprensiblemente, la niña se mostraría reacia a marcharse con una desconocida. «Y Kate pensará que Zack y yo estamos liados», se

dijo. Pero no tenía forma de evitarlo.

–¡Fantástico! –la efusiva respuesta de Kate no le dio tiempo a retirar su propuesta–. Mi bebé se está poniendo nervioso y Tony no puede llevar a Berry porque ha salido a jugar al golf. Te lo agradecería muchísimo.

–Me paso ahora mismo, si me das la dirección.

Minutos después, Jan estaba en camino.

Mantener una conversación fluida y educada con una niña de siete años puso a prueba la agilidad mental de Zack. Después de pedir la comida, le hizo una serie de preguntas a las que ella fue respondiendo con respuestas cada vez más breves. Sí, echaba de menos a sus amigas de Texas. No, no solía salir a comer fuera. Sí, le gustaba su profesora. Después se quedaron callados, escuchando el rumor de las voces y el tintineo de los cubiertos a su alrededor.

–¿Hay algo que tengas interés en preguntarme?

Zack esperaba que le lanzara todo tipo de preguntas incómodas. «¿Por qué no te casaste con mi mamá? ¿Por qué criaste a otra niña en lugar de a mí? ¿Por qué estás aquí ahora?». Pero, en lugar de ello, la niña se dedicó a abrir sobrecitos de azúcar que vertía uno tras otro en la leche.

–¿Haces eso en casa? –le preguntó él.

–Nosotras no tenemos estos sobrecitos –rasgó otro sobre, vertiendo aquella vez el azúcar en la mesa.

La mirada de reojo que le lanzó le indicó a Zack que le estaba poniendo a prueba.

–Si no lo haces en casa, por favor, no lo hagas aquí –le pidió.

Kimmie esbozó una mueca, pero dejó de abrir sobres. Afortunadamente, la camarera escogió aquel momento para aparecer con los gofres.

–¿Quieres que te corte el gofre? –se ofreció Zack.

–Puedo hacerlo yo –dijo mirando el gofre.

–Ponte la servilleta en el cuello –le aconsejó él–. No querrás mancharte el vestido.

–¡No soy una bebé! –protestó ella, adelantando el labio inferior.

Recogiendo su servilleta, Zack se la enganchó en el cuello de la camisa.

–¿Esto me convierte a mí en un bebé?

Aquello le arrancó a la niña una sonrisa.

–Queda un poco ridículo.

Zack esperó en silencio.

–Está bien –Kimmie también se puso la servilleta.

Mientras Kimmie procedía a cortar su gofre, Zack adelantó instintivamente una mano para ayudarla, pero en seguida se contuvo. Berry siempre se dejaba ayudar, pero aquella niña era diferente. Muy diferente. Berry nunca se metería grandes pedazos de comida en la boca, ni se mancharía la cara de chocolate sin preocuparse de limpiárselo.

–Mmm… ¡Qué rico!

–Sí que está bueno –se mostró de acuerdo Zack.

También él estaba disfrutando mucho del gofre.

–¡Me da sed!

Kimmie alargó la mano hacia el vaso de leche sin ser consciente de que la tenía cubierta de chocolate resbaladizo. Como si estuviera sucediendo a cámara lenta, el vaso se le escurrió, pareció quedar suspendido en el aire por una fracción de segundo e, inmediatamente, la leche derramada se extendió por toda la mesa. La leche empapó los sobres de azúcar, mojó las pequeñas jarritas de sirope y se expandió por todo el mantel.

Zack sintió una punzada de irritación. ¡Berry habría sido mucho más cuidadosa!

Aquellos enormes ojos verdes lo miraban asustados. Aunque Zack no había abierto la boca, ella había percibido su incomodidad.

–Lo siento, Zack.

Con la misma rapidez que había surgido, la irritación se evaporó. Kimmie solo tenía siete años. Él no quería ser como su propio padre, siempre dispuesto a fustigarle con palabras hirientes capaces de dejar cicatrices.

–Ha sido un accidente.

–Estás enfadado conmigo –a la niña le temblaba el labio.

Zack empezó a secar la leche con su servilleta.

–¿Sabes una cosa?

Kimmie sacudió la cabeza.

–Mi padre solía desahogarse conmigo cuando hacía algo mal. Me daba miedo. Y yo no quiero que tú me tengas miedo a mí.

Una camarera se acercó a atenderles.

–Ya me encargo de limpiar todo esto. Les traeré otro mantel.

–Si nos trae más servilletas, creo que podremos arreglarnos con este –le dijo Zack–. Y otro vaso de leche, por favor.

–Por supuesto.

Mientras se marchaba, Zack tomó nota mental de dejarle una buena propina.

–De todas maneras, no ibas a beberte esa leche. Estaba cargada de azúcar –le dijo a Kimmie–. Ahora te darán otro vaso.

–¿De vedad? –parpadeó asombrada–. ¿Gratis?

–Yo lo pagaré. No es culpa del restaurante –miró su plato–. Se te ha caído algo de leche en el gofre. ¿A qué sabe?

Kimmie probó un poco.

–A leche. ¡Pero está rico!

Para cuando la camarera volvió para recomponer su mesa, Kimmie ya se había relajado. Con un nuevo vaso de leche y una servilleta limpia colgando del cuello, siguió comiendo feliz.

–¿No tienes ninguna pregunta que hacerme? –Zack no había olvidado su petición anterior.

–Eres médico, ¿verdad? –preguntó con interés.

–Así es.

–¿Curas también animales o solo a gente?

–Solo a gente. Los médicos se especializan en una cosa o en otra. Los médicos de los animales se llaman veterinarios.

–¿Por qué escogiste curar a gente? –le preguntó Kimmie.

–Supongo que porque me educaron para eso. Mi abuelo era reverendo y mi padre director de un instituto privado. Siempre

estaban insistiendo en la necesidad de ayudar a los demás.

–A mí me gusta ayudar a los animales –replicó la niña.

–Ya lo he visto.

Pasaron a hablar de Manchita y de su adaptación a su nuevo hogar. En algún momento de la conversación, Zack se dio cuenta de que ninguno de los dos tenía ya que esforzarse por sacar temas. Habían superado un obstáculo.

Capítulo 8

La casa de Tony y Kate Franco se alzaba encima de un acantilado. Desde el camino de la entrada, Jan podía divisar el puerto, que estaba suficientemente cerca como para distinguir las velas blancas de los veleros y el colorido de los catamaranes brillando al sol.

Pulsó el timbre. Al cabo de un momento, abrió Kate con su hija Tara colgada al cuello.

–¡Qué bien! Has venido muy rápido.

–He venido directamente del supermercado.

Jan la siguió por el vestíbulo, pasó por delante de una escalera y entró en un salón. Al fondo, al otro lado de las puertas de cristal, vio una piscina sobre la que se derramaba una cascada.

–¡Qué casa tan bonita! –dijo, aunque no la envidiaba.

Nunca se había imaginado a sí misma viviendo en un lugar tan lujoso.

–Gracias. Era de Tony antes de que nos casáramos. Yo apenas me puedo creer que esté viviendo aquí. ¿Dónde está Kimmie?

–Comiendo con un amigo –no era propiamente una mentira.

Kate la llevó a la cocina, moderna y elegante.

–En pro de la paz mundial, he mandado a Brady a su habitación.

–Espero que no le hayas castigado –Jan sospechaba que el mal humor de Berry no estaba relacionado con lo que pudiera haber hecho el niño.

Fuera de la cocina, sentada en el banco de una ventana, una chiquilla alzó la mirada de la revista de moda que estaba hojeando. Aunque era muy alta para estar en tercero, Berry seguía teniendo un rostro redondeado e infantil.

–Berry, esta es la madre de Kimmie, la señora García –le presentó Kate–. ¿Os conocéis?

–Ahora sí –respondió Jan.

Al ver la manera en la que Berry apretaba la mandíbula, deseó que Kate la hubiera presentado de otra manera, quizá como una

colaboradora de Zack. ¿Pero por qué habría debido hacerlo? Kate no tenía idea de lo delicada que era la situación para todos.

–Voy a llevarte a casa –le explicó Jan–. Espero que no tengas inconveniente.

La chiquilla se la quedó mirando con el ceño fruncido, como si estuviera a punto de negarse.

–Puedes llevarte la revista –propuso Kate–. Yo ya la he leído.

Berry se levantó por fin.

–Gracias, señora Franco.

–No te olvides de tus cosas –Kate le señaló la mochila–. ¿Qué tal si os lleváis unas magdalenas de chocolate? – volviéndose hacia Jan, le explicó–: He hecho dos bandejas. Tengo muchísimas. Así le darás también a Kimmie.

–A papá no le gusta que coma cosas dulces –replicó Berry mientras agarraba su mochila.

Si se hubiera tratado solamente de Kimmie, Jan habría aceptado. Pero, si Zack se mostraba estricto con la dieta de Berry, ella no quería que la niña se sintiera mal por ello.

–Eres muy amable, pero Kimmie ya come demasiados dulces.

Una vez en el coche, Berry se abrochó el cinturón de seguridad y se alejó todo lo posible de ella. Jan no la culpó por ello. Que Zack se hubiera llevado a comer fuera a otra niña ya era suficientemente malo como para que encima tuviera que volver a casa con la madre de su competidora.

–El número de septiembre siempre es el mejor –Jan señaló la revista que descansaba sobre el regazo de Berry–. Salen los modelos de vuelta a la escuela. Siempre es divertido ver lo que se pone de moda cada año, ¿no?

–¿Tú lees esto? –preguntó Berry, tras dirigirle una mirada fugaz.

–Estoy suscrita.

A Jan no le habían pasado desapercibidos los tejanos bordados y la camiseta con el estampado de arcoíris que llevaba Berry. Incluso en California del Sur, resultaba una ropa demasiado informal para cantar en el coro de una iglesia, o al menos eso le parecía a ella.

Evidentemente, Zack tenía mucho que aprender en lo que se refería a ropa de niña.

Mientras conducía por las curvas del acantilado, Jan pensó que no había tenido en cuenta la logística cuando se había ofrecido para ir a recoger a Berry y llevarla a su casa. Tenía el maletero lleno de bolsas de la compra y su apartamento estaba de camino. La perspectiva de las verduras descongelándose en el maletero terminó imponiéndose.

–Tengo comida en el maletero. Me gustaría pasar por casa para meterla en la nevera. ¿Te parece bien?

–Sí. Me parece bien –contestó Berry tras pensárselo durante algunos segundos.

Después de la elegancia y el lujo de la casa de los Franco, llegar a su complejo de apartamentos hizo a Jan más consciente que nunca de su modesto exterior y de la estrechez de sus pasillos interiores. Para colmo, el garaje no estaba cerca de su apartamento y había comprado más de lo que pretendía.

–Yo puedo llevar algunas –se ofreció Berry cuando Jan comenzó a sacar las bolsas del maletero.

–Gracias, me será de gran ayuda.

Jan le entregó una bolsa de comida y cargó ella con el resto. Berry comenzó a caminar a su lado.

–¿Tú vives aquí? –le preguntó Berry.

–Sí

–¡Qué suerte! Vives al lado del parque.

¡Y ella que había estado envidiando el jardín de Zack!

–Tú tienes una casita de juegos en el jardín –le recordó Jan cuando entraron en su apartamento.

–Yo no me divierto allí.

Una vez dentro, el mobiliario le pareció a Jan más destartalado que habitualmente. Aunque mejoraría un poco cuando pusiera los cojines nuevos.

–Ponte cómoda mientras guardo la comida.

–De acuerdo.

En la cocina, Jan pensó que ella no solía subir a su coche al hijo de otra persona sin permiso. Se preguntó si no se habría extralimitado. Pero, por otro lado, Zack se había llevado a Kimmie a

su casa a ver a la gatita. ¿Por qué entonces no debería Berry conocer también su hogar?

Para bien o para mal, sus vidas estaban ligadas.

En la otra habitación, Berry bajó la revista.

–¿Puedo usar el baño? –preguntó.

–Claro. Está allí –señaló el pasillo.

A Jan le llevó un buen rato colocar todas las cosas en la nevera. Una vez lo tuvo todo guardado, miró el reloj. Las dos y media. Zack había calculado que volvería con Kimmie sobre las tres. Si llevaba a Berry a casa, podrían cruzarse en el camino.

La niña había salido ya del baño. Jan la encontró en la habitación de Kimmie, de pie ante la cama con dosel. Las cortinas, de color rosa, estaban recogidas en elegantes pliegues, revelando una colcha rosa y blanca con un estampado de dibujos de hadas. Berry se volvió lentamente, fijándose en el espejo de la cómoda, enmarcado como el de una princesa.

–¡Es como la habitación de una princesa! ¡Como un cuento de hadas! –susurró.

–¿Cuál es tu cuento favorito? –preguntó Jan.

–Cenicienta –respondió Berry al instante–. Ella también perdió a su mamá.

–Es cierto. Pero su papá no cuidaba de ella como el tuyo te cuida a ti.

La niña no pareció escuchar sus palabras. Kimmie se había dejado abierto el armario y Berry estaba contemplando su vistoso contenido.

–¡Cuántos vestidos!

–Me gustan a mí más que a mi hija –admitió Jan.

Un brillo de anhelo se dibujó en los ojos de la niña mientras se apartaba.

–Tiene mucha suerte de tener una mamá, y ahora, además, tiene un papá.

Decirle a una niña de ocho años que la vida era injusta le parecía a Jan una crueldad. Afortunadamente, se le ocurrió una mejor respuesta.

–Pero ella no tiene una gatita. Nuestro casero no nos permite tener mascotas en el apartamento.

–Deberías comprarte una casa –le aconsejó Berry.

–¡Ojalá pudiera! ¿Por qué no nos ponemos a leer revistas de moda mientras esperamos a tu papá? No tardará en llegar. –¿Tienes más revistas? –la perspectiva logró distraerla.

–Están en mi habitación. Espera un momento –Jan sacó un par de ellas y se sentaron en el sofá del salón.

La pequeña contemplaba ansiosa cada foto, comentando detalles que habían escapado a la atención de Jan. Poco después, se oyó la entusiasmada voz de Kimmie al otro lado de la puerta, hablando a toda velocidad.

–Esos son los gemelos Méndez. Siempre se están tirando por el tobogán. ¡Hola, Juan! ¡Hola, Juanita! Este es mi papá.

Sentada junto a Jan, Berry se quedó paralizada. En algún momento tenían que conocerse, reflexionó Jan. Aunque habría preferido que no le hubiera pillado tan de sorpresa a Zack.

Mientras llevaba a Kimmie a su casa, Zack se había preguntado cómo reaccionaría la niña al ver la casa que compartía con Berry. En la planta baja, la niña se había quedado contemplando desde la gran pantalla de televisión hasta la casita del jardín sin decir una sola palabra. Había enmudecido de tal manera que Zack había temido que volvieran al incómodo silencio del principio. Hasta que Kimmie pronunció las palabras mágicas: –¿Dónde está Manchita?

Zack abrió entonces la puerta del baño. Allí había instalado una confortable camita para el animal, con todo un surtido de juguetes y un pequeño arbolito para que trepara por él. Lo cual no estaba nada mal para un par de días de trabajo.

–¡Manchita! ¡Cómo ha crecido…! –se arrodilló y levantó a la gatita.

Zack reprimió las ganas de advertirle que no se llenara el vestido de pelos. En el restaurante, ya se había manchado el vestido de leche y de chocolate. Pero no creía que a Kimmie le importara.

Mientras la veía acunar a la gata, los pensamientos de Zack volvieron a Berry. Esperaba que se lo estuviera pasando bien con

Brady. Con un poco de suerte, se habría olvidado de su cita con Kimmie. Aun así, no quería dejarla demasiado tiempo en casa de Kate, así que, al cabo de un rato, le sugirió a Kimmie que se marcharan.

Minutos después, Kimmie se adelantaba a lo largo del camino que conducía a la entrada de su apartamento. La niña aporreó la puerta.

–¡Hola, mamá! ¡Adivina lo que ha pasado! ¡Manchita ha crecido un montón! –de repente se tensó–. ¿Qué está haciendo ella aquí?

Al mirar detrás de la niña, Zack se quedó desconcertado. ¿Por qué estaba Berry allí?

–¿Qué está pasando aquí?

–En seguida te lo explicaré –Jan les hizo pasar.

Las niñas se fulminaron mutuamente con la mirada.

–¿La has llevado a nuestra casa? –le espetó Berry a Zack–. ¿Le has dejado jugar con mi gatita?

Zack estaba pensando una respuesta cuando se le adelantó Kimmie.

–¡Yo la encontré primero! ¿Y qué estás haciendo tú aquí? Mi mamá no es tu mamá.

–Bueno, mi papá no es… –Berry se interrumpió de golpe.

–¡Sí que lo es! –exclamó Kimmie, triunfante–. Y hemos comido gofres.

Berry clavó su mirada acusadora en Zack.

–Era una ocasión especial –se justificó él.

No sabía lo que había pasado, pero Jan acababa de arruinarle la comida con Kimmie.

–No le habrás dejado jugar con mis juguetes, ¿verdad? –preguntó Berry.

–Solo con la gatita –respondió, tenso. Ya resolverían ese asunto cuando estuvieran solos.

–Niñas, dejad de discutir –intervino Jan–. Vuestro papá y yo tenemos que hablar en privado.

–Ella no puede entrar en mi habitación –insistió Kimmie.

–Ve a cambiarte de ropa y pon quitamanchas en ese vestido. Berry, ¿te importaría llevarte esas revistas a mi habitación y leerlas allí?

Con mano experta, Jan se encargó de separar a las niñas.

Zack apenas podía reprimir su enfado.

–¿En qué estabas pensando? –le preguntó a Jan cuando se quedaron solos–. No puedo creer que hayas ido a recoger a Berry y la hayas traído aquí sin mi permiso.

Rebuscando en su bolsillo, Jan sacó el móvil de Zack.

–Te dejaste esto.

De acuerdo, había cometido un error. Pero eso no justificaba lo que había hecho Jan.

–Deberías habérmelo llevado al restaurante. Podía haber recibido una llamada importante.

–Estuve pendiente de ello –replicó Jan alzando la barbilla–. No quería interrumpir tu cita con Kimmie. Además, probablemente fue una suerte que contestara la llamada. Berry y Brady se estaban peleando.

–Contestaste mi teléfono –Zack agitó una mano en al aire–. Habría podido ser una llamada del hospital. ¿No pensaste en lo que podría pensar la gente? ¿Qué le dijiste a Kate?

–Que nos habíamos confundido de teléfono –respondió fríamente–. Guardar secretos durante mucho tiempo es casi imposible en un hospital, sobre todo cuando tú mismo has contado a determinada gente que estuvimos comprometidos.

–¿Ahora quieres que discutamos también por eso? –le espetó él.

Un pequeño ruido llamó la atención de Zack. Volvió la cabeza hacia el pasillo. Aferrada a su peluche, Kimmie les estaba mirando con expresión consternada.

–Os estáis peleando como los padres de Allie.

–Allie era su mejor amiga de Houston –explicó Jan–. Sus padres están divorciados.

–No sabía que los tabiques fueran tan finos –le dijo Zack a Kimmie–. No nos estamos peleando.

–Sí que os estáis peleando –replicó ella–. No me mientas.

Zack parpadeó extrañado. Aquello le había tomado desprevenido. Berry nunca le habría hablado de esa manera.

–Tienes razón. Estamos discutiendo.

–Berry y tú también habéis discutido –le recordó Jan–. A veces la gente pierde la paciencia. Y luego se reconcilia.

–¿Os habéis reconciliado vosotros? –le preguntó Kimmie a su madre.

–Eso espero –Jan se quedó mirando fijamente a Zack, como desafiándole a llevarle la contraria.

–Tu madre y yo necesitamos terminar de hablar –le dijo Zack a la niña con toda la dulzura posible.

–Vuelve a tu habitación, cariño –le pidió Jan a su hija.

Abrazada a su peluche, la pequeña se retiró. Zack esperó hasta que oyó cerrarse la puerta.

–Te guste o no, tenemos que coordinar nuestras responsabilidades –murmuró.

–Yo he hecho todo lo posible por respetar tus deseos. Kate nos ha ofrecido unas magdalenas para que nos las trajéramos a casa. Cuando Berry me ha dicho que tú no le dejabas comer dulces, yo tampoco he traído ninguna para Kimmie. Yo no soy el enemigo.

–Y yo soy consciente de ello –repuso Zack, pero aprovechó para expresarle otra preocupación–: Está claro que no tenías manera de saberlo, pero, de ahora en adelante, preferiría que Berry no leyera revistas de moda. Los niños deben vestir como niños, no como adultos.

–La ropa de adultos no es conveniente para los niños – admitió Jan a su vez–. Pero…

–Si Berry empieza a ponerse vestidos, evitará moverse demasiado para no manchárselos –aquel era el corazón del asunto. Literalmente–. Yo no quiero que tenga miedo de ensuciarse la ropa.

–No me parece a mí que eso sea un gran obstáculo para Kimmie –comentó Jan con tono irónico. Una leve sonrisa iluminó su rostro–. Además, Berry estaba leyendo una de esas revistas en casa de Kate. ¡Ojalá Kimmie prestara tanta atención a las cosas de niñas como Berry!

–Kimmie es bastante más rebelde que mi… que Berry.

–Con lo alteradas que están las dos, te sugiero que pospongamos cualquier contacto hasta dentro de unas semanas.

–No pienses ni por un solo instante que voy a desaparecer del mapa. Kimmie es mi hija.

–¿Me has oído negarlo alguna vez? –protestó Jan–. Podría haberte ocultado la existencia de Kimmie para siempre. Pero escogí no hacerlo.

–Muy bien. Esperaremos una semana o dos antes de fijar otra cita. Para entonces, quizá Berry no se sienta tan amenazada.

–De acuerdo. Si hay algo que yo pueda hacer por ella… –¿Por Berry? No gracias, está perfectamente cuidada.

–Te veré en el trabajo, entonces –dijo Jan.

–De acuerdo.

Capítulo 9

La semana siguiente, Jan convocó sesiones con pequeños grupos del equipo para trabajar en los protocolos del banco de óvulos. En la escuela, Kimmie se fue asentando, aunque, por lo que Zack sabía, seguía evitando a Berry. Afortunadamente, las niñas se llevaban un año y no coincidían en el mismo curso.

El martes de la segunda semana, a sugerencia de Zack, Jan dinamizó un grupo de apoyo a pacientes de fertilidad, invitándolas a colaborar y a expresar sus inquietudes.

Zack permaneció en un segundo plano mientras una psicóloga animaba a las mujeres a intervenir. Jan descubrió que buena parte de sus preocupaciones se centraban en cuestiones legales relativas a la donación.

–Más adelante podré proporcionarles más detalles –les prometió.

Inmediatamente después de la reunión, Jan se puso en contacto con Tony Franco para concertar una entrevista.

–La idea de crear un grupo de apoyo es muy buena –le comentó Jan a Zack mientras caminaban hacia su despacho, consciente de que otros podían oírlos–. He aprendido mucho. –Y tú tienes talento para trabajar con grupos –le dijo él, sin fijarse en la enfermera–. Se sienten cómodos contigo.

Aquel elogio la emocionó.

–Gracias.

–¿Cómo está…? –se interrumpió cuando se cruzaron con unas enfermeras.

Estaba pensando en concertar otra cita con Kimmie, adivinó Jan. Y ella también sentía curiosidad por saber cómo le estaba yendo a Berry. Pero no podían hablar allí.

–Necesitamos hablar –le dijo ella cuando se acercaban a la sala de fertilidad de la planta baja–. Te enviaré un mensaje de texto para quedar.

–Puede que sea difícil… –Zack volvió a interrumpirse.

Sentada ante su escritorio, Caroline Carter alzó la mirada de su ordenador con una expresión que a Jan le pareció demasiado

inocente. La secretaria pulsó una tecla y cerró una web, pero no antes de que Jan reconociera el famoso símbolo de Twitter.

–¿Cuál es la política del hospital sobre el uso personal de Internet? –preguntó de manera retórica.

–Perdón…

No era la primera vez que la joven se llevaba una reprimenda por navegar por Internet durante el trabajo. Algo que había que sumar a su afición al cotilleo en la cafetería, reflexionó Jan.

–Una de mis amigas está dando a luz y ha puesto un tuit desde el paritorio. ¿No es fascinante?

–Lo que me parece es extraño –dijo Jan.

–Es más habitual de lo que imaginas –comentó Zack.

–¿Tus pacientes hacen eso?

–Algunas.

–¿Y tú no te opones?

–Se supone que no deben usar teléfonos móviles. Pero les sirve para distraerse del dolor.

–Y también de la gran experiencia de su vida.

Caroline escuchaba con interés. Era una mujer joven y atractiva, de melena negra larga hasta los hombros. Había trabajado durante un tiempo en el despacho del doctor

Tartikoff.

–Tengo que irme –anunció Jan–. Melissa Everhart y yo vamos a ir al banco de óvulos de Rowland. El director nos propuso presentar nuestro programa y compartir su protocolo con nosotros.

–¿No lo ven como una competición? –le preguntó Zack–. Imaginaba que serían más cuidadosos con las informaciones que comparten.

–No competiremos por los donantes, ya que la mayor parte de su clientela es asiática –al este del condado de Los Ángeles, vivía una importante comunidad china–. Y no te olvides de que los bancos de óvulos colaboran cuando las receptoras piden tipos sanguíneos y perfiles genéticos difíciles de encontrar. Cuantos más donantes podamos identificar, mejor podremos atender a nuestros clientes.

–¡Oh! –Caroline dio un respingo–. ¡Lo había olvidado! Melanie

se ha puesto enferma y se ha ido a su casa. Me ha dicho que le había sentado mal el desayuno.

–¿Está bien? Debería llamarla.

–Uno de los voluntarios, Renée Green, la ha acompañado a su casa y se ha ofrecido a quedarse con ella un rato –dijo Caroline–. ¿Quieres que llame para preguntarle cómo se encuentra?

–Sí, por favor –le pidió Jan.

Era decepcionante. Jan tenía muchas ganas de visitar el establecimiento con Melissa y de escuchar sus comentarios después. Contar con la opinión de otro experto tenía para ella un gran valor.

–Ojalá pudiera posponer la visita, pero no puedo hacerlo en el último momento…

–Los martes por la tarde tengo una agenda muy relajada –le comentó Zack–. Yo te acompañaré.

Caroline no tardaría ni cinco minutos en informar de ello al hospital entero, pensó Jan. Pero rechazar su oferta solo serviría para levantar más especulaciones.

–Eso me vendría muy bien. Y, como médico, entenderás detalles que a mí se me escapan –disgustada por la sonrisita que esbozó la recepcionista, la miró con severidad–. Caroline, voy a empezar a seguirte en Twitter. Si encuentro algún mensaje tuyo enviado en horas de trabajo, o cualquier información relativa al personal del hospital volcada en un foro público, informaré al doctor Rayburn.

–No lo haré. Lo prometo.

La joven parecía escarmentada. ¿Pero cuánto duraría el escarmiento?

Sentado de copiloto en el turismo de Jan, Zack lanzó una discreta mirada a su perfil. Y le sorprendió lo profundamente que se sentía conectado con aquella mujer pese al dolor que se habían infligido mutuamente.

Desde que había descubierto que Jan había conservado a su hija, Zack había decidido intentar recuperar el tiempo perdido. Sabía que era imposible, pero su sentido de la justicia exigía alguna compensación por los años que había perdido con Kimmie.

Las cosas, sin embargo, se habían complicado. La situación con Kimmie afectaba a Berry más de lo esperado. Su cita con ella la había afectado mucho. Y los efectos persistían pese a sus esfuerzos por recuperar una sensación de normalidad.

Jan debía de estar pensado en lo mismo, porque rompió el silencio para preguntarle: –¿Qué tal está Berry?

–Bien –respondió de manera automática.

–No es asunto mío, ¿verdad?

Quizá no. Y, sin embargo, necesitaba hablar con alguien.

–De acuerdo, no está bien. Está de mal humor y pasa mucho tiempo encerrada en su habitación con la gatita –dijo–. Y hay otras cosas. Ya no sé si es porque tengo otra hija o, simplemente, porque se está haciendo mayor.

–¿Qué otras cosas hay? –preguntó Jan.

–El sábado por la noche, cuando estaba de guardia, durmió en casa de la niñera. Cuando fui a recogerla el domingo, se quejó porque tenía que compartir la habitación con su hijita de año y medio de edad. Hasta ahora, siempre le había encantado jugar con Rachel.

–Sospecho que no quiere estar separada de ti.

–Probablemente –le habría gustado detenerse allí, porque el otro incidente era algo embarazoso. Pero necesitaba su consejo–. El domingo nos invitaron a una boda. ¿Conoces a Paige Brennan?

–Sí, me la han presentado –respondió Jan–. Es la obstetra de Erica. A Erica le cae muy bien.

–Bueno, pues Berry tenía muchas ganas de ir. Pero cuando se probó el vestido que pensaba llevar, resultó que le quedaba muy corto. Los zapatos también le quedaban pequeños. A mí no se me había ocurrido llevarla de compras, y para entonces ya era demasiado tarde. Total, que al final tuvo que llevar unas mallas e hicimos todo lo posible por sacarles el mayor partido.

–Los niños crecen rápido –repuso Jan mientras conducía por el puente que conectaba con otra autopista–. Estoy segura de que nadie lo notó.

–Nadie, excepto Berry –«y ella era la única que contaba», añadió para sus adentros. –¿Qué tal fue la boda?

–Muy bonita, aunque yo no soy ningún experto. Después, Berry me preguntó por mi boda con Rima –continuó Zack–. Le extrañaba que no tuviéramos fotos.

–¿Cómo es que no las tenéis?

–Nos casamos en el tribunal del condado con mis padres como testigos.

–¿Nadie sacó fotos? –preguntó Jan, frunciendo el ceño.

–Mi padre sacó algunas, pero estaban tan borrosas que no las conservó.

–¿Cómo reaccionó Berry cuando se lo explicaste?

–No dijo nada –suspiró Zack–. Yo solía pensar que se lo tomaba todo con mucha tranquilidad. Es ahora cuando estoy empezando a darme cuenta de que esconde sus sentimientos.

–Kimmie es muy abierta, lo cual no tiene por qué ser siempre bueno –observó Jan.

–¿Se ha estado comportando mal? ¿Está enfadada porque no salimos este último fin de semana?

Ocupada como estaba con el tráfico, Jan no respondió. Zack estaba a punto de repetir la pregunta cuando vio que apretaba los labios.

–Lo está, ¿verdad? –insistió él.

–Soy una imbécil –Jan le lanzó una rápida mirada–. No sé qué imaginaba que podría suceder cuando volvimos a encontrarnos. Supongo que imaginé que estarías casado y con hijos, y que te mantendrías al margen. ¡Qué tonta he sido! ¡Qué tonta!

–¿Estás molesta porque deseo tener una relación con mi hija? Mal padre sería si no lo quisiera…

–¡Pero hace siete años no te preocupaste para nada de ella! –le acusó–. No, espera. Perdón. Olvida lo que he dicho, ¿de acuerdo?

Zack se tragó las palabras que amenazaban con desbordar su capacidad de autocontrol.

–Lo intentaré.

–Eso ha sido completamente improcedente por mi parte –se disculpó Jan–. Pero la verdad es que no tengo ni idea de lo que Kimmie siente por ti. Ella está proyectando todos sus sentimientos

en el asunto de la gata.

–¿El asunto de la gata?

–Siempre se está quejando de lo injusto que es que Berry se haya quedado con Manchita.

–Sí que es injusto, supongo –concedió Zack.

–Ahora se dedica a alimentar a ese gato callejero al que llama Gorila –suspiró Jan–. He estado mirando anuncios de apartamentos, pero los únicos en los que admiten mascotas son bastante más caros que el nuestro –señaló un folleto que había retirado del asiento–. Y ahora no deja de darme la lata con esto.

El folleto era de una feria de adopción de animales que se iba a celebrar el sábado siguiente en el albergue de Oahu Lane.

–¿Dónde has encontrado esto?

–En la escuela –aminoró la velocidad cuando tomaron el desvío de Rowland Heights–. Si la llevo a la feria, insistirá todavía más en que adoptemos un gatito.

–¿Y si la llevo yo? –había estado buscando una actividad que pudiera interesar a Kimmie.

–¿No te importa?

–¿Por qué habría de importarme?

–Se pondrá loca de alegría. Tú ya eres un héroe para ella por haber rescatado a Manchita –de repente, a Jan le tembló la voz– . Ojalá…

–¿Qué? –inquirió Zack.

–Ojalá no quedara yo como la mala de la película.

–Jan, puede que me resienta de lo que hiciste… estoy resentido, de hecho, pero no tengo ninguna intención de perjudicar tu relación con Kimmie. Eso sería injusto para ambos.

Jan se detuvo ante un semáforo en rojo.

–Todo esto me asusta. Los padres significan mucho para las niñas. Sobre todo para Kimmie, que no ha tenido ninguno.

–Que quiera a su padre no significa que vaya a abandonar a su madre. Eso no sucederá nunca.

–Supongo que no –tragó saliva–. Nos necesita a los dos.

–Y Berry también –añadió Zack–. Yo me esforzaré todo lo posible.

–Tú eres maravilloso con ella. Y ella es un encanto de niña.

Entraron en el aparcamiento de un gran edificio.

–Berry está invitada a la fiesta de cumpleaños de su mejor amiga el sábado –le informó Zack–. Aprovecharé que está fuera para llevarme a Kimmie a la feria.

–¿No le molestará a Berry perderse la visita? Ella podría querer ir también.

Jan parecía sinceramente preocupada por Berry.

–Yo se lo explicaré. Le diré que Kimmie solo quiere ver los gatitos y le daré permiso para que se lleve a Manchita.

–Buena idea –Jan aparcó entre un todoterreno y un deportivo–. Y no te olvides de llevarte a Berry de compras antes de la fiesta.

–Gracias por recordármelo.

Zack ignoraba qué clase de ropa solían llevar las niñas a las fiestas de cumpleaños, pero esperaba que las dependientas de las tiendas le ayudaran. Cuando se dirigía hacia la puerta, un ligero toque en el brazo le hizo detenerse.

–No tenemos por qué estar siempre en desacuerdo, Zack.

–Yo no he dicho que tengamos que estarlo –replicó Zack, perplejo.

–Lo diré de otra forma. Ambos tenemos mucho que ganar si trabajamos juntos por el bien de las niñas.

Tan de cerca, la mirada de los ojos oscuros de Jan resultaba hipnótica. De pronto, la suavidad de su pelo y su aroma a flores hicieron que tomara conciencia de lo mucho que la había echado de menos. Si su boca hubiera estado unos centímetros más cerca, no habría podido evitar besarla.

La manera en que Jan contuvo el aliento traicionó también su reacción. «Ojalá pudiéramos empezar de nuevo desde cero», pensó Zack. Pero sabía que era imposible.

Durante los días siguientes, Jan no cesó de rebobinar

mentalmente el momento en que había estado a punto de besar a Zack. Ambos habían sentido la misma atracción magnética. ¿Y si no se hubieran resistido? ¿Adónde habrían podido llegar?

Aun así, se alegraba de que la hubiera acompañado al banco de óvulos. Durante el trayecto de vuelta a casa, había hecho observaciones muy útiles sobre las técnicas de recepción y los servicios de atención psicológica. Por una curiosa casualidad, de todos los médicos de Safe Harbor, Zack era el que más interés se había tomado por el programa de donación de óvulos.

Más tarde, aquella misma semana, Jan se entrevistó con el asesor jurídico de Safe Harbor para tratar de los derechos de los donantes y de las receptoras de óvulos. El marido de Kate le dio la bienvenida en su amplio despacho y respondió a todas sus preguntas con precisión.

–Al principio, el campo de la donación de óvulos solía ser un territorio sin ley –le explicó Tony, sentado ante su gran escritorio–. Como las madres de alquiler y otras prácticas relacionadas con la fertilidad. Desde entonces, las leyes y los tribunales han recorrido un largo camino para explicitar los derechos y obligaciones de todas las partes.

Jan ya sabía que la donante tenía que firmar un contrato aceptando someterse a un proceso de selección médica y psicológica, así como a unas pruebas genéticas.

–Además, en California, tanto la receptora del óvulo como el padre contraen obligaciones legales para con la criatura – continuó Tony–. La donante está también protegida. Por ejemplo, no puede ser demandada por temas relacionados con el mantenimiento o la pensión del niño.

–Los futuros padres, a su vez, quieren estar seguros de que nadie les demandará ni les quitará a su hijo –dijo Jan.

–Razón por la cual tendremos que ser muy, pero que muy cuidadosos con nuestros procedimientos –le recordó Tony–. Seguro que estarás de acuerdo conmigo.

–Absolutamente.

Después de abordar otras cuestiones suscitadas por el grupo de apoyo, Jan abandonó el despacho cargada de notas y la promesa de Tony de asistir a la siguiente reunión. Todo parecía marchar bien en el frente laboral, pero, en casa, Kimmie continuaba robando comida

para dársela al gato. A esas alturas, resultaba cada vez más evidente que Gorila no tenía dueño.

–¿Quieres llevártelo mañana a la feria para que encuentre un hogar? –le preguntó Jan a su hija el viernes.

–¡No! –Kimmie la fulminó con la mirada–. Lo matarán.

–Allí no hacen eso.

–Seguro que odiaría ese sitio –insistió la pequeña–. ¡No quiero!

Jan dejó en paz el tema. Pero, el sábado por la mañana, se arrepintió de no haber insistido.

Capítulo 10

A las cuatro y media de la madrugada, un maullido despertó a Jan. Rezongando, se tapó la cabeza con la almohada. Durante la siguiente media hora, sonidos intermitentes continuaron perturbando su sueño. Pero estaba tan agotada que no llegó a despertarse del todo.

Hasta que oyó una serie de arañazos. Sonaban tan fuertes que era como si procedieran de la habitación contigua. Sobresaltada, saltó fuera de la cama. Había cerrado la ventana la noche anterior. ¿Por qué entonces estaba oyendo…?

–¡Basta! ¡Basta ya! –gritó Kimmie.

Sin molestarse en calzarse las zapatillas, Jan abrió la puerta. Dos figuras peludas volaban de un lado a otro del salón, persiguiéndose en medio de un desagradable olor. Acorralada en un rincón, Kimmie agitaba las manos en un intento por detener la pelea de gatos callejeros.

–¿Qué diablos…? –su primer pensamiento fue proteger a su hija–. ¡Kimmie, no te muevas!

–¡El gato malo ha perseguido a Gorila hasta aquí! Le está haciendo daño.

La puerta de la casa estaba abierta. Mientras lo advertía, Jan comprendió también que el casero tenía que haber escuchado el alboroto, ya que vivía en el piso de arriba. Pero ya hablaría con él. En aquel momento, tenía que concentrarse en echar de allí a

aquellos gatos enloquecidos.

Una enorme criatura gris y blanca, a la que apenas reconoció como Gorila, corría perseguido por un gato negro todavía más grande. No tardaron en enzarzarse, convirtiéndose en una furiosa bola que rodó por el sofá. Uno de ellos clavó una garra en la tela, dejando un corte por el que asomó el relleno. Jan corrió al armario y agarró una escoba.

–¡No hagas daño a Gorila! –gritó Kimmie.

–¡Ve a tu habitación y cierra la puerta! –le ordenó Jan–. Podrían hacerte daño.

–Pero mamá…

–¿Quieres que estropeen también tu ropa y tus juguetes? ¡Ve a la habitación y cierra la puerta!

La niña obedeció, llorosa.

Jan detestaba ver así a Kimmie, aunque suponía que aquella era una buena lección. Si su hija hubiera seguido las reglas, aquello no habría sucedido.

No llegó a alcanzar a ningún gato, pero los escobazos al aire bastaron para ahuyentarlos.

Apoyándose en el mango de la escoba, contempló desolada los estragos en la tapicería. Un olor acre lo impregnaba todo.

Escuchó entonces unos pasos furiosos en la escalera de la casa. Como si la situación no fuera ya suficientemente mala, estaba a punto de aparecer el casero.

A las once en punto, después de dejar a Berry en la fiesta de su amiga, Zack llegó a casa de Jan y se encontró con la puerta abierta. Dentro, le recibió un aroma a ambientador de limón que no lograba imponerse al desagradable olor a gato de fondo.

Mientras llamaba a la puerta para anunciar su llegada, vio que los muebles estaban arrinconados a un lado y los cojines apilados. ¿Qué había sucedido allí?

Una Jan exhausta se acercó apresuradamente a él.

–Pelea de gatos –explicó antes de que él pudiera preguntar, y suspiró profundamente varias veces–. Oh, Zack…

–Dime –entró, resistiendo el impulso de abrazarla–, ¿se encuentra bien Kimmie?

–Sí. Está en su habitación, que es uno de los pocos espacios de la casa que sigue intacto.

Agitó nerviosa las manos mientras le explicaba cómo la pequeña había intentando rescatar a Gorila y había dejado que un par de gatos callejeros le destrozara el salón.

–Y para colmo de males, el casero nos ha echado.

Inmediatamente.

–No puede hacer eso. Ni siquiera es tu gato.

–Dice que he vulnerado nuestro contrato. Fue Kimmie la que metió el gato en casa.

–Pero tiene que darte treinta días de plazo.

–Quizá, pero eso no cambia el hecho de que este lugar sea antihigiénico –señaló con asco la moqueta manchada–. He hecho todo lo posible por limpiarlo para que podamos pasar al menos unas cuantas noches en los dormitorios, pero el señor Withers dice que hay que pintar las paredes y cambiar la moqueta. Según sus cálculos, todo eso nos puede costar varios miles de dólares y yo soy la única responsable.

–Dado que vas a pagar, ¿por qué no podéis seguir viviendo aquí después?

–Quiere que nos vayamos. Se ha ofrecido a pagar la mitad con tal de que nos vayamos en tres días.

–¿Y tú estás de acuerdo? –Zack estaba dispuesto a ayudarla a resistirse si necesitaba más tiempo.

–Me vendría bien ahorrarme ese dinero –suspiró.

–Asegúrate de pedir factura por cada cosa.

–Lo haré –Jan parecía decaída, algo raro en ella–. Acababa de instalarme en el apartamento y ahora se supone que debo buscarme uno nuevo.

–No creo que te resulte muy difícil.

–Y ahora que vamos a mudarnos, necesitaremos un lugar en el que admitan mascotas.

–¿Estás segura? –le preguntó él, mirando los cojines destrozados.

–Si Kimmie tuviera un gato propio, no tendría que recoger gatos callejeros.

A Zack, en cambio, aquello le parecía como recompensar a la niña por haber violado las reglas. Pero, por otro lado, últimamente había sufrido bastante la testarudez de Berry como para entender el valor de las negociaciones, o las concesiones.

–Mi madre dice que podrá quedarse con Kimmie durante un tiempo –continuó Jan–. Pero su perro odia a los gatos, así que… adiós, Gorila. Aunque no tengo la menor idea de dónde está.

–¿Necesitas ayuda con la mudanza?

–Eres muy amable, pero no es necesario. He contratado un furgón para el lunes por la tarde. Haremos las cajas mañana. Es una suerte que haya guardado las de la última mudanza.

Zack admiró su eficacia, y también su tranquila respuesta a aquella crisis.

–Debería recoger a Kimmie y marcharnos ya. ¿Está castigada?

–No. Con tener que mudarnos y renunciar a su gato ya tiene suficiente. Creo que ha aprendido la lección. Ese es el sentido del castigo, ¿no?

–Supongo que sí.

–Voy a buscarla –dijo Jan, y desapareció en el pasillo.

Zack se preguntó cómo habría reaccionado él ante un incidente como aquel. Su primer impulso era buscar repercusiones graves, pero… ¿hasta qué punto merecía la pena? De pronto, recordó un episodio ocurrido largo tiempo atrás. Con seis o siete años, en una ocasión había estado dibujando con rotuladores que habían atravesado el papel y habían terminado pintando la mesa. El recuerdo de la azotaina todavía le dolía, pero lo peor había sido la rabia de su padre. Le había quitado el dinero que Zack había ido ahorrando de los regalos de Navidad para ayudar a pagar la reparación de la mesa.

Después de aquello, Zack siempre había tenido un gran cuidado con los muebles. Pero, al mismo tiempo, había empezado a desconfiar de su padre.

Un momento después, ver las lágrimas corriendo por el rostro de Kimmie le confirmó que la niña estaba sufriendo ya las consecuencias de sus actos.

–Puede que quieras lavarte la cara antes de que nos marchemos –le propuso Zack–. Así no se pondrán tristes los animales si te ven.

–¡Oh! –se llevó una mano a una mejilla húmeda–. Está bien –y corrió al cuarto de baño.

–Eres muy bueno con ella –le susurró Jan.

«Y tú», pensó él. Pero no se atrevió a pronunciar aquellas palabras en voz alta.

El albergue de animales Oahu Lane ocupaba un curioso edificio en un complejo que incluía varios talleres mecánicos. Zack y Kimmie se incorporaron a la multitud que penetraba en el recinto bajo una pancarta en la que se leía Día de Adopción de Mascotas.

–Podríamos dejar a Gorila aquí –comentó Zack–. Y este podría ser también un buen lugar para Manchita.

–Bueno –dijo Kimmie, arrastrando las suelas de sus deportivos por el suelo de cemento.

Zack no la presionó para que mostrara más entusiasmo por su visita. En lugar de ello, le preguntó: –¿Te preocupa tener que mudarte de casa?

–Tenemos que quedarnos con la abuela y Wiener odia los gatos.

–Entiendo.

–Por favor, firme aquí –les pidió un adolescente pecoso, señalando las hojas que había sobre el mostrador–. ¿Buscan ustedes algún animal en concreto?

–Nos gustan los gatos –respondió Zack mientras hacía cola para registrarse.

–Hoy hacemos un veinticinco por ciento de descuento en las tarifas de adopción. La tarifa incluye esterilización y microchip –dijo–. Pronto empezaremos con la visita.

–Estupendo. Gracias.

Poco después, se presentó una joven para dar comienzo a la visita guiada. Cuando Zack preguntó por el programa de esterilización, ella le informó de que las operaciones se realizaban en un centro a cargo de veterinarios voluntarios.

–Los alojamos aquí temporalmente y nos encargamos de su transporte.

–Es un buen servicio.

–Hacemos cuanto podemos con nuestro limitado presupuesto.

A Kimmie se le iluminó la expresión al ver las jaulas llenas de gatos.

–¡Qué bonitos son! ¿Cómo puede haber gente que no los quiera?

Zack no tenía una respuesta para eso. Él tampoco tenía ningunas ganas de adoptar a Manchita, pero el animal formaba ya parte de la familia.

Mientras Kimmie contemplaba extasiada un grupo de gatitos, Zack reconoció a algunos de sus pacientes entre los visitantes. Y también a una de sus vecinas, una mujer de unos setenta años a la que veía a menudo paseando a sus perros. Llevaba la blusa azul que servía de uniforme a los empleados del albergue.

–¿Trabaja aquí? –le preguntó.

La mujer le estrechó la mano y se presentó.

–Sí. Soy Ilsa Ivy.

–Zack Sargent, y esta es Kimmie –leyó el nombre que figuraba en su placa–. Es usted la directora… –Así es.

–¿Y puede jugar con los animales todos los días? –le preguntó Kimmie, impresionada.

Ilsa se echó a reír.

–Ojalá tuviera tiempo para jugar más con ellos. La mayor parte del tiempo la dedico a buscar financiación. Gracias a la generosidad de la gente, podemos cubrir nuestros gastos para el funcionamiento diario. Por desgracia, nuestras instalaciones de fontanería y de aire acondicionado necesitan una reforma que asciende a unos veinte mil dólares. Y si no podemos acometerla, el ayuntamiento amenaza con retirarnos el permiso.

–Voy a hacer una donación –Zack echó mano a su cartera–.

¿Aceptan tarjetas de crédito?

–Sí, en nuestra web –respondió Ilsa, y le entregó una tarjeta con la dirección–. Los animales y nosotros le estaremos muy agradecidos –se despidió con un gesto cordial.

Zack se guardó la tarjeta en la cartera. Aquel mismo día efectuaría la donación.

–Veinte mil dólares es mucho dinero –comentó Kimmie, desanimada.

–Sí que lo es –su donación no llegaría a tanto, pero suponía que cualquier contribución ayudaría–. ¿Tienes hambre?

–Sí –la niña pareció quedarse pensativa mientras cruzaban el aparcamiento. De pronto, dijo bruscamente–: ¿Y si alguien trajera aquí a Gorila? A lo mejor se les acaba el dinero y tienen que matarlo.

–No me parece muy probable.

De repente, la niña dio un saltito de alegría.

–¡Ya sé cómo podemos quedárnoslo!

–¿Cómo? –preguntó Zack mientras abría el coche.

–¡Podemos irnos a vivir contigo!

–Tengo que explicarte una cosa –la voz de Zack le provocó un escalofrío en la espalda.

Sorprendida por aquella reacción tan instintiva a su presencia, Jan cerró el archivo del ordenador y giró su sillón para mirarlo. El hecho de que hubiera dejado la puerta abierta para recibir visitas explicaba que no le hubiera oído acercarse. Además de que los detalles de la mudanza de esa noche la mantenían constantemente distraída.

–¿Explicarme qué?

–No tuvimos oportunidad de hablar cuando te devolví a la niña después de la feria. Kimmie probablemente te habrá contado que me sugirió que os trasladarais a mi casa.

A Jan se le hizo un nudo en la garganta.

–No pienso permitírselo.

Un temor irracional le advertía que, si se veía obligada a elegir, Kimmie podría abandonarla para irse a vivir a la casa de su padre. «Estás dejando que los nervios te impidan pensar con claridad», se dijo. Por los comentarios que le había hecho, Kimmie parecía

pensar que los dos adultos podrían llevarse bien como compañeros de casa.

–Se refería a las dos, claro. Y a Gorila, que entiendo es el objetivo principal.

–Sí, estoy enterada.

Durante toda aquella tarde y la mayor parte del domingo, su hija se había esforzado por convencerla. Aceptar un no por respuesta no formaba parte de la naturaleza de Kimmie. –No se quedó dolida por mi negativa, ¿verdad? –continuó Zack–. Me pilló desprevenido.

–¡Ah! –Jan no había detectado que su hija se sintiera dolida. Aun así, le apetecía escuchar la versión de Zack sobre aquella conversación–. ¿Qué le dijiste?

–Le expliqué que mi casa es la casa de Berry. Que ella perdió a su mamá y que todo esto es muy duro para ella –Zack suspiró– . No pretendía utilizar a Berry como excusa. Lo último que deseo es crear algún tipo de antagonismo entre ellas.

–A juzgar por sus comentarios, también le dijiste que los gatos no se llevarían bien –recordó Jan.

–Cierto. Me temo que utilicé todos los argumentos que se me pasaron por la cabeza.

–No te sientas culpable –Jan sonrió–. A mi hija se le da muy bien manipular los sentimientos de culpa.

Zack le devolvió la sonrisa.

–Querrás decir a nuestra hija. Supongo que yo tengo parte de culpa.

–La mayor –replicó ella, y se echó a reír.

Seguía riéndose cuando detectó un movimiento detrás de Zack, en la oficina exterior, justo al otro lado de la puerta entornada. «Oh, oh», exclamó para sus adentros. Se levantó e ignoró la expresión de sorpresa de Zack mientras pasaba a su lado. En la oficina de fuera, Caroline Carter se estaba instalando ante su ordenador.

–¿Qué pasa? –preguntó Zack, volviéndose hacia ella.

–Nuestro secreto se ha descubierto.

–¿Perdón?

Zack parecía completamente inconsciente del campo de minas que estaban pisando en aquel momento.

–Nuestra secretaria nos estaba escuchando –dijo, aunque añadió, para ser justa–: O ha dado la casualidad de que estaba justo en el lugar indicado para oírnos.

–¿Pero qué ha podido oír?

–Acabas de pronunciar las palabras «nuestra hija».

Zack miró hacia la oficina exterior frunciendo el ceño y Jan siguió la dirección de su mirada. Caroline estaba hablando por teléfono.

–¿Alguna posibilidad de que no lo haya oído? –preguntó Zack.

–Se ha retirado de la puerta a una velocidad supersónica. En cualquier caso, creo que la mejor manera de minimizar daños es adelantarse a los acontecimientos –le dijo a Zack–. Dado que alguna gente ya sabe que estuvimos comprometidos, podríamos decirles que eres el padre de Kimmie. La parte de la plantilla que me conoció en Boston probablemente ya lo sospecha.

–Es una lástima que la gente no se ocupe de sus propios asuntos. Aun así, tienes razón. Si nos adelantamos, desactivaremos una parte del morbo del rumor.

–Va a ser lo mejor.

–Tenemos que proteger a las niñas. Todo esto tenía que salir a la luz tarde o temprano –Zack lanzó una desaprobadora mirada en dirección a Caroline–. Hoy tengo una agenda muy apretada. Te veré después.

–De acuerdo.

Jan lamentaba no disponer de más tiempo para asentar su relación con Zack antes de hacerla pública. Pero no podía deshacer el pasado.

Capítulo 11

Durante el resto de la tarde del lunes, Jan fue transmitiendo la noticia con la mayor naturalidad posible, consciente de que el rumor podía haberse difundido ya.

–Todos tenemos nuestras cosas –fue la juiciosa respuesta de Erica–. Safe Harbor es un buen lugar para segundas oportunidades.

–Me alegro de que digas eso –contestó Jan–. ¿Cómo te sientes?

Faltando apenas un mes para el parto, Erica había renunciado a asistir en operaciones. La obligaban a pasar demasiado tiempo de pie y la barriga le estorbaba.

–Me duele todo el cuerpo. Menos mal que mi marido me da unos masajes estupendos en la espalda.

Se separaron deseándose lo mejor. «Qué maravilla tener una amiga y una aliada», reflexionó Jan.

El doctor Tartikoff escuchó con una sonrisa la confesión de Jan.

–Siempre me había preguntado quién era el padre. Me alegro de que asuma su responsabilidad.

–Se lleva muy bien con Kimmie.

–Me alegro –y, dicho eso, el cirujano se alejó.

Jan salió más tarde de lo habitual para preparar la mudanza. Su madre le había prometido que recogería a Kimmie en el colegio y le daría la cena en su casa para mantenerla alejada del centro de operaciones.

Todo parecía estar bajo control, reflexionó Jan mientras guardaba los últimos artículos que quedaban en el baño y la cocina. Había apartado los objetos más delicados para llevarlos en el coche. El apestoso montón de cojines y muebles estropeados había sido retirado el día anterior. Lo peor de todo iba a ser la factura que tendría que pagar al casero.

Los trabajadores de la empresa de mudanzas llegaron a las seis. Acababa de enseñar a los jóvenes dónde estaba todo cuando le sonó el móvil. Era Zack.

–¿Te has trasladado ya?

–Estoy empezando a cargar las cosas ahora mismo.

–Cambio de planes.

–¿Qué quieres decir?

Zack carraspeó.

–¿Has hablado con Kimmie?

–¿Sobre qué? –preguntó Jan–. Mi madre ha ido a recogerla al colegio.

De repente, oyó la voz de Berry, preguntando al fondo: –¿Cuándo vienen?

–Espera –le dijo Zack a Berry y luego, de nuevo a Jan–: Parece que nuestras hijas se han puesto de acuerdo para que las dos os trasladéis aquí hasta que podáis encontrar otra casa. Ha habido alguna mención relativa a la salvación de la vida de un gato.

Jan volvió a oír la voz de Berry de fondo.

–¡No te olvides de la cama!

–Y de una cama de dosel que va a cambiar de manos temporalmente –le recordó Zack–. He contratado una niñera para Berry. ¿Te parece bien que me acerque?

–Será mejor que te des prisa –dijo Jan.

Hacer cambios tan trascendentales en el último minuto iba en contra de la naturaleza de Zack. Y el alboroto que montaron los trabajadores de la empresa de mudanzas cuando sacaban la cama desmontada del apartamento de Jan contribuyó a la sensación de pérdida de control.

–Yo te sugeriría que te lo pensaras bien, porque, una vez que te hayas trasladado a la casa de tu madre, dudo que quieras volver a mudarte en unos cuantos días.

Jan apretó los labios como si estuviera procesando lo que él acababa de decirle. Kimmie había acorralado a Berry a la hora de comer y la había persuadido de que trasladarse a su casa sería algo bueno. Le había ofrecido hasta su cama de estilo con dosel. Eso parecía haber constituido un fuerte atractivo para Berry, al igual que la perspectiva de rescatar a un gato callejero.

–¿Por qué haces esto? –le preguntó Jan.

–Porque significa mucho para las chicas, y porque estoy contento de ver que se llevan bien. Además, de esa manera podré pasar más tiempo con Kimmie –la sinceridad le impulsó a añadir–: Aparte de que preferiría no pasar a la historia familiar como un asesino de gatos.

–Y yo –repuso Jan con tono triste–. Y ahora quedaré como la mala de la película si me niego a irme a vivir contigo. ¿Has tenido en cuenta lo que dirán de nosotros en el trabajo?

–Ahora que han empezado a hablar, que sigan hablando todo lo que quieran.

Aquello le arrancó una sonrisa.

–¿Qué hay de la logística de las habitaciones?

–Las chicas pueden compartir una. En el dormitorio de Berry caben dos camas. Tú ocuparás la habitación de invitados. En el garaje meteremos todo lo que no quepa.

Zack observó que los empleados estaban terminando de cargar los muebles de Kimmie. No tardarían en ponerse con los de Jan. Le gustase o no, había que tomar rápidamente una decisión.

–A mí me gustaría estar más cerca de Berry, ahora que nuestras vidas están ligadas –concedió Jan–. ¿Pero cómo crees que reaccionarán cuando encuentre otro apartamento y tengamos que mudarnos?

–Se adaptarán –o al menos eso esperaba Zack.

–Fijar una fecha tope para marcharnos reduciría la incertidumbre –propuso Jan–. ¿Qué tal diciembre? Eso me daría dos meses para encontrar casa, y para Navidad podríamos estar ya establecidas.

–Me parece bien –hablando de fiestas…–. ¿Qué hay del Día de Acción de Gracias?

–Nosotras lo pasamos en casa de mi madre –se apresuró a responder Jan–. Estoy segura de que los dos seríais bienvenidos.

–Nosotros comemos en la de mis padres –una ocasión siempre tensa, pero al menos los Sargent siempre invitaban al hermano de Rima, para alegría de Berry–. Bueno, ya lo hablaremos más adelante. ¿Y bien? ¿Qué decides?

–Puede que me arrepienta de esto –se retorció el borde de su camiseta rosa–. Supongo que a mi madre no le importará. No le di muchas posibilidades de decir nada cuando nos vinimos aquí.

–A mí siempre me cayó bien tu madre.

–Y tú a ella.

–¿De modo que eso es un sí? –le preguntó Zack.

Sus miradas se encontraron durante un momento electrizante. Zack no podía negar la fuerte atracción física que sentía hacia ella, pero el dolor que se interponía entre ambos era demasiado intenso. Tenían que concentrarse en ser buenos padres para sus hijas y en limar las asperezas de la relación entre Berry y Kimmie.

–Daré la nueva dirección a los empleados de la mudanza – dijo Jan–. Y ahora será mejor que intentemos atrapar a ese gato.

«Debes de estar loca». Jan no solo se repetía la frase para sí misma, también esperaba escucharla de labios de su madre. Al teléfono, sin embargo, Maria se limitó a decirle: –Kimmie me ha estado contando sus planes. Esa niña es fantástica.

–Gracias por apoyarme, mamá.

–Todo sea por una excelente causa.

Jan no se atrevió a preguntarle a qué se refería.

–Buena suerte con el gato.

Al fondo, se oyó a Kimmie gritar:

–¡Mira en los arbustos de al lado del local!

–Lo encontraremos –respondió Jan.

En la zona cercana al local que los vecinos solían alquilar para fiestas, solía haber comida tirada o desperdiciada. Era el lugar ideal para un gato callejero.

Mientras colgaba el teléfono, Jan vio a Zack hacer lo mismo con su móvil.

–He llamado a mi vecina, Ilsa Ivy, la directora del albergue de animales. Me ha dicho que podemos dejar al gato allí y que lo mandará estilizar.

–Qué amable –Jan no tenía ninguna gana de que se repitiera una noche como la que había vivido.

Mientras los empleados de la empresa de mudanzas seguían trabajando, Jan y Zack salieron de la casa provistos de la jaula de plástico y una lata de atún. Estaba cayendo la tarde.

–No tenemos ninguna garantía de que Gorila vaya a confiar en mí –le advirtió ella, preocupada.

–Si no lo cazamos hoy, las niñas se pondrían nerviosas. Ya he hecho todos los preparativos –le recordó Zack.

–No has venido vestido precisamente para cazar gatos.

Zack bajó la mirada hacia la chaqueta de tweed, el polo y los pantalones recién planchados.

–Correré el riesgo.

Doblaron una esquina y se aproximaron al local, situado en un edificio de una planta con doble puerta de cristal. Solo las luces exteriores estaban encendidas. La temperatura había alcanzado por el día los veintiséis grados, pero las noches enfriaban rápidamente en octubre.

–Se supone que Kimmie no debería salir sola sin permiso, y menos aún tan lejos –gruñó.

–Tengo la impresión de que no le importan mucho las normas.

Zack se detuvo de pronto, escrutando las matas de azalea y calas que rodeaban el edificio.

–Es una verdadera fiera cuando cree que tiene razón.

–Eso no es tan malo –murmuró él.

–Creía que tú eras un defensor de la necesidad de no desviarse nunca del camino recto.

–Solo tiene siete años –Zack se agachó y dejó la jaula en el suelo de cemento–. ¿Gorila tiene una mancha blanca en la cara?

–Sí. Y en el pecho.

Zack señaló los arbustos.

–Nos está observando.

Jan escuchó un leve movimiento y vio temblar un arbusto. Después de haber capturado a unos cuantos gatos callejeros en Houston, no tuvo ningún problema para diseñar una estrategia.

–Dejemos la lata de atún abierta dentro de la jaula. Si nos acercamos demasiado, no vendrá.

–La trampilla no se cierra sola –le recordó Zack–. Podría escaparse cuando vengamos a buscarlo.

–Ya veremos –Jan se arrodilló y abrió la lata. El aroma de pescado impregnó el aire.

El arbusto volvió a moverse.

–Está olisqueando –Zack parecía divertido.

–¡No puede haberlo detectado tan rápido!

Gorila debía de encontrarse a más de quince metros de distancia.

–Los gatos tienen un olfato quince veces más potente que el de los humanos –le explicó Zack–. Y tienen un órgano especial en el velo del paladar.

¿Cuándo se había convertido en un experto en gatos?

–No me digas que esas cosas las enseñan en la facultad de medicina.

–Wikipedia –sonrió él–. Influencia de Berry.

Jan deslizó entonces la lata dentro de la jaula. Mientras lo hacía, el cuerpo de Zack, tan cerca del suyo, pareció envolverla en un delicioso calor.

–Ya está. Si quiere probarlo, tendrá que meterse hasta el fondo.

–Le costará darse la vuelta. Quizá no sea tan difícil capturarlo –Zack se apoyó en su hombro para sujetarse, mientras se mantenía en cuclillas.

–Pero pueden retroceder rápido –le advirtió Jan–. Y cuando se enfadan, sacan las garras.

–La ropa no me importa, pero tendría que haberme traído unos guantes gruesos –comentó Zack, frunciendo el ceño.

–Yo me encargaré de cerrar la trampilla –Jan reconocía la importancia de proteger las manos de un cirujano–: Tengo más experiencia. Antes recogía cachorritos para un refugio de animales.

–¿Existen esas cosas?

–Desde luego.

Se alejaron hasta la acera y Jan se sentó en el suelo. Aunque estaba duro y frío, lo prefería a la hierba casi empapada.

–Agáchate. Así será más difícil que nos vea.

Zack miró dubitativo el suelo de cemento antes de agacharse a su lado.

–¿Tienes frío?

–Un poco.

Zack se quitó la chaqueta y se la echó a Jan por los hombros, rodeándola de su fragancia.

–¿Mejor?

–Mucho. Gracias.

Zack estiró sus largas piernas al lado de las de Jan, más cortas. El contacto resultaba cálido, reconfortante.

Permanecieron sentados en silencio a la luz del crepúsculo. El rumor de un programa de noticias de televisión llegó hasta ellos procedente de un apartamento cercano. Una mujer caminó apresurada por la acera, haciendo resonar sus altos tacones.

Gorila, que se había estado acercando sigilosamente, se apresuró a huir en cuanto oyó el ruido.

–Es muy asustadizo –murmuró Zack.

–Consecuencia de vivir peligrosamente –a Jan no le había pasado desapercibida la cicatriz que le cruzaba la cara, recuerdo sin duda de su última batalla.

–Es libre como el viento… –la voz de Zack vibró en su oído.

–Pero se siente solo.

–Y tiene hambre –añadió él.

Una vez más, Gorila se atrevió a abandonar su escondite. Poco a poco, se fue acercando hasta la jaula, tensando cada músculo como si estuviera acechando una presa.

Zack le deslizó entonces a Jan un brazo por los hombros.

–Te estabas tambaleando –le dijo en voz baja–. Tenía miedo de que fueras a perder el equilibrio.

Era un comentario ridículo.

–¡Pero si estoy sentada…!

–Shh. Cállate o asustarás al gato.

Jan le dio un ligero codazo en las costillas como castigo por su burla. En respuesta, Zack mantuvo la mano firme en su hombro, y ella, en vez de apartarle, se apoyó contra él. Al fin y al cabo, debía de tener frío sin la chaqueta, y apoyar la cabeza en su hombro era muy agradable.

El gato se acercó, estudiándolos.

–Tranquilo –le dijo Jan–. Puedes confiar en nosotros.

–Venimos en son de paz –añadió Zack, y el gato se tensó.

–Shh –aquella vez fue Jan quien le ordenó que se callara.

–Lo siento –se disculpó Jan, y le acarició el cabello con la nariz.

Gorila estudió la situación. La tentación de huir quedaba contrarrestada por el incentivo del atún.

Mientras esperaba al siguiente movimiento del animal, Zack acarició la sien de Jan con los labios, provocándole un delicioso cosquilleo por todo el cuerpo.

Después, ella frotó la mejilla contra la sombra de barba que le cubría la mandíbula. Cuando sintió el dedo de Zack bajo la barbilla, levantó la cabeza y entreabrió los labios, dándole la bienvenida.

La caricia de su lengua fue como una descarga eléctrica. Le abrazó, deleitándose en la fortaleza de su cuerpo y en el latir de su corazón, reflejo de su propio pulso acelerado. Cuando Zack saboreó su boca, la piel empezó a arderle y los pezones se le endurecieron como si le estuviera acariciando los senos.

Quería más, pero la conciencia que tenía de encontrarse en un lugar público la detuvo.

Mientras se apartaba, advirtió la tensión de Zack, que, con un reacio suspiro, la soltó. ¿Había sido un error? A ella no se lo parecía. Y, sin embargo, era tanto lo que se jugaban que sabía que lo más prudente para los dos era olvidar lo ocurrido. A unos pocos pasos de distancia, Gorila se estaba comiendo el atún dentro de la jaula, asomando solamente la cola.

Jan se incorporó, recorrió la corta distancia que la separaba del gato, le metió el rabo dentro y cerró la jaula.

–Perdona –le dijo Jan a Gorila, que la miraba como si hubiera traicionado su confianza–. Te aseguro que estarás mejor con

nosotros.

Un furioso maullido turbó la paz de la tarde.

–Pues sí que está enfadado –observó Zack mientras se levantaba–. ¡Buen trabajo, Jan!

–Me siento como una sucia rata –admitió ella.

–Ya, pero ha sido por una buena causa –Zack recogió la jaula y se dirigieron hacia el aparcamiento.

Para cuando Zack se sentó al volante, el gato ya se había tranquilizado. En el último momento, cuando Jan se acercó para echarle un vistazo, soltó un maullido lastimero.

–Te encantará tu nuevo hogar –le aseguró–. Te lo prometo.

Esperaba poder decir lo mismo para los cuatro humanos que acababan de dar un salto en el vacío. Pero la solución era simplemente temporal, se recordó mientras volvía a su apartamento.

Capítulo 12

La secretaria del administrador clavaba las listas con las clasificaciones semanales del Desafío Esperanza en la sala de médicos los viernes a mediodía. Cuando quedaba cerca de mes y medio, Zack había ido ganando posiciones hasta quedar en tercera posición, detrás de Owen Tartikoff y de Mark Rayburn.

Zack apretó los dientes cuando miró la última lista, en la que había descendido hasta la cuarta posición. Algo injusto en un momento en el que estaba sumando pacientes y su ratio de concepciones exitosas había mejorado.

Él esperaba subir a la segunda plaza aquella semana o la siguiente. Y, en lugar de ello, encontraba un nuevo nombre encima del suyo: el doctor Cole Rattigan. El urólogo había llegado unos pocos meses atrás para liderar un programa de fertilización masculina y estaba haciendo un trabajo impresionante. ¿Pero desde cuándo los hombres se quedaban embarazados?

Zack desvió la mirada y se encontró con la de la doctora Nora Franco. Como trabajaba a media jornada desde que había vuelto de su permiso de maternidad, la obstetra estaba en los últimos puestos de la clasificación.

–No te habrá gustado nada que te haya superado un recién llegado –le comentó a Zack.

–Lo que no entiendo es cómo funciona esto. Cole trata a hombres.

–A lo mejor no has leído el correo electrónico. Las parejas cuentan dos veces si Cole trata al marido, así los dos médicos salen beneficiados –Nora se encogió de hombros–. Sospecho que el doctor T. ha traído a Cole para caldear el ambiente.

–¿Tienes idea de a qué proyecto donaría Cole el premio?

–Apenas le conozco.

Nora concentró su atención en la lista de turnos de guardia que estaba clavada en el tablón. Aunque un obstetra de plantilla hacía guardias de noche regulares, los demás se turnaban los fines de semana.

–No me había dado cuenta… –empezó a decir vacilante.

–¿Qué pasa? –le preguntó Zack.

Nora exhaló un profundo suspiro.

–Hasta ahora, me he sentido muy orgullosa de lo bien que he conciliado la medicina con la maternidad, pero… Zack, detesto pedirte este favor, sobre todo cuando todavía te estás adaptando a tu nueva situación familiar –alzó una mano con un gesto de disculpa–. Perdona. No quería mencionar el tema.

–Ya estoy acostumbrado –durante los cuatro últimos días,

Zack se había ido acostumbrado a las miradas de especulación que saludaban sus apariciones en la cafetería–. ¿Cómo puedo ayudarte?

–Operan a Neo de los oídos esta tarde y yo tengo guardia mañana por la noche –Neo era el hijo de Nora–. Leo se ha encontrado con un caso difícil y puede que tenga que quedarse de guardia. Mi cuñada y yo nos ayudamos mutuamente, pero Brady ha agarrado un resfriado y no quiero que Neo se acerque a él tan pronto después de la operación. Y Paige está de luna de miel –lanzó a Zack una mirada anhelante.

–Yo te cambio la guardia.

El alivio se reflejó en el rostro de Nora.

–¿Estás seguro?

–No hay problema. Avisaré a la plantilla.

–Yo me encargo de eso –dijo Nora, y le dio un abrazo–. Eres un cielo. Te devolveré el favor.

Zack siempre se había tomado con mucha filosofía la esclavitud de las guardias. Y también Berry, que hasta hacía poco tiempo había disfrutado compartiendo aquellas noches con la pequeña Rachel. Estaba a punto de llamar a Mary Beth Ellroy para preguntarle si podía hacerse cargo de su hija el sábado, cuando se le ocurrió que Jan podría encargarse de las dos.

Jan no era la madrastra de Berry, ni nada más importante que una compañera de casa temporal. ¿Cómo reaccionaría Berry si la dejaba a su cuidado durante una noche entera? Y si se estrechaban los lazos entre ellas, ¿qué pasaría cuando tuviera que marcharse al cabo de unos pocos meses? Pero verse desterrada a casa de Mary Beth podría ser aún peor para Berry. Zack miró el reloj y calculó que todavía disponía de unos minutos para tratar del asunto con

Jan.

Una vez en la planta baja, se alegró de no hallar rastro alguno de la indiscreta recepcionista. Cuando se acercaba al despacho de Jan, sin embargo, se abrió la puerta contigua y se topó frente a frente con Cole Rattigan.

Zack le saludó con un gesto cordial. Aunque era solo unos pocos años mayor que él, el urólogo tenía siempre un aire de superioridad.

–¿Querías hablar conmigo? –le preguntó Cole–. Me disponía a salir ahora mismo.

Zack pensó que aquel podía ser un buen momento para intercambiar impresiones.

–Enhorabuena. Figuras en tercer lugar.

–¿En qué, exactamente? –Cole parpadeó varias veces, aparentemente perplejo.

–En el Desafío Esperanza –precisó Zack.

–¡Ah, eso! Ya. ¿Y bien? –dijo con indiferencia.

–¿Estás al tanto de los programas que compiten por hacerse con el dinero del premio?

–Alguien me lo comentó –respondió Cole vagamente–. El ganador es libre de donarlo de la manera que guste, según tengo entendido.

–Un programa de becas podría significar mucho para nuestros pacientes –le recordó Zack.

–Es al doctor T. a quien tienes que convencer. Es casi seguro que ganará él. O a Rayburn, pero dado que su esposa está detrás del Centro de Apoyo Psicológico, supongo que con él no tendrás mucha suerte –dijo el hombre con toda naturalidad–. Hasta luego, Jack.

Y después de darle una palmadita en el hombro, se marchó. Zack no se molestó en corregirle el error del nombre. Jan se asomó de repente a la puerta de su despacho.

–¿Es vapor lo que te está saliendo de las orejas?

–¿Lo has oído? –por supuesto que había escuchado la conversación–. ¡Maldita sea!

–Por si te sirve de algo, yo escogería el programa de becas, pero

mi opinión no cuenta. ¿Qué puedo hacer por ti?

Zack miró a su alrededor, precavido. Desde que habían dado a conocer la noticia de su paternidad compartida, habían tenido un especial cuidado en evitar toda conversación personal en el trabajo. Jan le señaló su escritorio vacío y las puertas abiertas de los demás despachos.

–Ha salido todo el mundo –le dijo–. Pasa y dime qué ocurre.

Pendiente en todo momento del regreso de Caroline, Zack le explicó la petición de Nora.

–Supongo que debería haberlo consultado antes contigo. Puede que tengas otros planes.

–Francamente, estoy encantada.

–¿Estás encantada de que desaparezca una noche de casa?

–¡Qué susceptible! No, es solo que todavía no he podido pasar tiempo a solas con las niñas.

–¿Y eso es un problema?

–No te estoy criticando –le dijo–. ¿Por qué estás tan tenso?

–Es el maldito concurso –«bueno, no del todo», añadió para sus adentros–. Y estoy preocupado por Berry.

–¿Porque las chicas están discutiendo? –Jan se apoyó en el borde de su escritorio–. Es un alivio. Yo ya me estaba preguntando cuándo sacarían las uñas.

¿Cómo podía tomarse todo aquello tan a la ligera? Cuando la gente no controlaba sus emociones, el resultado podía llegar a derivar en una abierta hostilidad.

–Ambos necesitamos… –estuvo a punto de decir «sentar las reglas», que era lo que habría dicho su padre, pero se corrigió–: Mediar entre ellas. Y darles seguridad.

–Están en un periodo de adaptación –le recordó Jan–.

Tienen que aprender a convivir.

–No están casadas.

–Cualquier relación seria atraviesa por un periodo difícil hasta que la gente descubre en qué situación se encuentra – replicó Jan.

–No necesariamente.

Su relación con Rima durante su primer año de convivencia había marchado muy bien. Por supuesto, Zack había tenido que hacer concesiones en atención a su mala salud, y ella había sido la bondad personificada con su hija.

–La mayor parte del tiempo –insistió Jan–, la gente fuerza los límites. Inconscientemente. Es como una manera de averiguar hasta qué punto puede uno confiar en los demás. Además, a las niñas podría venirles bien pasar una noche alejadas de ti.

–No le veo el sentido.

Kimmie ya había pasado siete años alejada de él. Eso era más que suficiente.

Jan alzó las manos en un gesto contemporizador.

–Cuando tú estás presente, las dos rivalizan por tu cariño. Esta podría ser una oportunidad para que encontraran un terreno común. Yo soy más bien una figura neutral.

Pero Zack no estaba convencido.

–Tú no eres neutral. Kimmie y tú compartís un fortísimo lazo que deja fuera a Berry.

–Berry y yo formamos ya parte cada una de la vida de la otra –repuso Jan–. Y espero que sea siempre así, debido a tu implicación con Kimmie. Berry es consciente de que nos mudaremos en diciembre. Si establecemos una relación ahora, podré continuar siendo su amiga. Es lo único que estoy sugiriendo.

–Supongo que Berry tendrá que aceptarte de momento como niñera. Después, ya veremos.

Jan cerró los puños, pero, con un evidente esfuerzo de voluntad, los abrió y juntó las manos sobre su escritorio.

–Trataré a las dos por igual.

–Intentaremos improvisar –concedió Zack–. Te agradezco que estés dispuesta a cuidar de Berry. –Y yo me alegro de poder hacerlo.

–Mi guardia comienza a las ocho, así que me dará tiempo a cenar en casa. ¿Alguna idea de lo que haremos?

–¿Espaguetis? –era uno de los platos de último recurso de Jan.

–Eso les gustará –aunque tampoco le entusiasmaba que comieran tantos carbohidratos–. Aprovecharé el fin de semana para elaborar una lista de comidas sanas. Hamburguesas de pavo,

algunos platos vegetarianos… Tú podrás añadir platos, por supuesto, y nos turnaremos con las compras y la cocina. ¿Qué te parece?

–Perfecto –señaló con la cabeza la oficina exterior, por la que Caroline acababa de aparecer–. Gracias por su ayuda, doctor Sargent.

–Ha sido un placer.

Llevaba recorrido medio pasillo cuando se dio cuenta de que habían discutido para terminar arreglándose al final. Quizá ellos también estuvieran atravesando su propio periodo de adaptación. Si así era, acababan de capear una tormenta. Y eso le hacía sentirse bien.

Demasiado nerviosa como para quedarse sentada en el despacho, Jan pasó el resto del viernes revisando las instalaciones del hospital disponibles para el banco de donación de óvulos.

La visita a las instalaciones le inspiró nuevas ideas, pese a que ya las había revisado antes. Utilizar la escalera en lugar del ascensor le sirvió para desahogar su nerviosismo. Se alegraba de haber controlado su genio con Zack, a la vez que entendía los temores que sentía él por Berry. ¡Ojalá estuviera más dispuesto a confiar en ella!

Aunque problemas de confianza los tenía ella también. Durante años, había criado a su hija sola, ignorando los ocasionales ataques de nostalgia que la habían hecho desear tener un hombre al lado. Un hombre con quien reír, un hombre que la abrazara, como lo había hecho Zack la tarde que habían capturado a Gorila.

Sin embargo, a pesar de la inequívoca respuesta física que seguía despertando en ella, la brecha que se abría entre ellos era tan grande como siempre.

Pero aquel no era momento para pensar en ello, se dijo. El desafío inmediato era reconciliar a las niñas y a los gatos. Y demostrarle a Zack que el hecho de que ella estuviera cerca de Berry era bueno para la niña.

El sábado por la mañana, Berry se fue a jugar a casa de una amiga y Kimmie pudo así disfrutar de la oportunidad de jugar con Manchita. Con su permiso, sacó a la gatita al patio. Dentro, Gorila saltó al regazo de Jan y allí permaneció mientras ella trabajaba con

el portátil.

Zack se reunió un rato con Kimmie y después se llevó a Berry al parque, donde les gustaba echar carreras por la pista de atletismo. Cuando volvieron, Berry parecía tranquila y feliz… hasta que descubrió que Kimmie había sacado a la gatita.

–Es mía –dijo Berry, plantándose en medio del salón.

Jan lanzó una mirada de advertencia a Kimmie. Su hija pareció a punto de discutir, pero al final se encogió de hombros.

–Me da igual.

–¡No vuelvas a hacerlo!

–Hora de dormir la siesta –anunció Jan para poner fin a la riña–. ¿Quién quiere dormir en mi habitación?

–¡Yo! –gritó Kimmie.

Berry se cruzó de brazos.

–Yo prefiero jugar con Manchita en mi habitación.

–También es mi habitación –le recordó Kimmie–. No olvides que estás durmiendo en mi cama.

–Es la cama de Berry mientras nosotras nos quedemos aquí –la corrigió Jan.

–De todas formas, a mí nunca me gustó esa cama –replicó su hija.

Desde la mesa de la cocina, donde estaba sentado leyendo su tableta, Zack gritó:

–¡Lo de dormir la siesta me parece una buena idea!

–Yo soy mayor para dormir siesta –protestó Berry.

¿Estaba respondiendo a su padre? Aquello era una novedad, reflexionó Jan.

–Pues en vez de dormir, reposa un poco por lo menos –le sugirió ella–. En la mesa hay una revista de moda que puedes hojear, si a tu padre no le parece mal.

Zack no puso ninguna objeción.

–¡Bueno! –Berry agarró la revista y salió corriendo.

Kimmie se quedó dónde estaba.

–Léeme un cuento –miró a su madre con expresión zalamera.

Demasiado zalamera. Por mucho que Jan disfrutara leyendo a su hija, no quería pecar de lo que podría parecer favoritismo.

–Esta también es mi hora de tranquilidad –repuso Jan–. Además, cuanto más tiempo dediques a leer sola, más te gustará la lectura.

–Me da igual.

Aquella parecía haberse convertido en la frase favorita de Kimmie. Y la que menos le gustaba a Jan.

Zack se quedó mirando a Kimmie mientras se retiraba a la habitación.

–Has resuelto la situación bastante bien –le dijo a Jan.

–Gracias –abrió el lavavajillas y empezó a sacar los platos–. Periodo de adaptación. Si me repito esa frase lo suficientemente a menudo, creo que conseguiré no ponerme a gritar.

–Hagamos algo juntos antes de que termine la hora de tranquilidad –propuso Zack, pero de repente le sonó el teléfono–. ¿Habré tentado al destino al decir eso?

–Es posible.

Varias pacientes de Zack se habían puesto de parto y necesitaban de su atención personal, según le explicó cuando terminó de hablar. Aunque eran las tres y no tenía que presentarse hasta cinco horas después, los obstetras tenían que ser flexibles.

–Algunos días son así –Zack apagó su tableta–. Me alegro de no tener que recurrir a la señora Ellroy para que se encargue de Berry esta tarde. Jan, te agradezco tu ayuda.

–Es un placer.

–Menos mal que ya tengo la maleta hecha –le había explicado que dormía en la sala de médicos de guardia en noches como aquella–. Me despediré de las niñas.

–Te veré mañana por la mañana.

La perspectiva de pasar la noche allí sin Zack la inquietaba un poco. Curiosamente, en menos de una semana se había acostumbrado a su compañía por las noches, cuando las niñas se iban a la cama. Por lo general leían en el salón en medio de un cómodo silencio, poniéndose al día con las revistas profesionales, o veían documentales y programas de noticias.

Pero solo sería una noche. No pasaría nada.

Aun así, cuando oyó el coche de Zack saliendo del garaje, Jan experimentó una repentina sensación de vacío. No solo porque le iba a echar de menos, sino por aquello a lo que iba a enfrentarse durante las horas siguientes.

Había confiado en que sabría guardar la paz y transformar a las niñas en buenas amigas. Incluso había pensado que podría convertirse ella misma en una especie de tía para Berry. En ese momento iba a poner a prueba sus teorías.

Capítulo 13

Para cuando comenzó oficialmente su turno de guardia, Zack ya había atendido cuatro partos. Cada nacimiento lo llenaba de júbilo y de orgullo por haber sido testigo de un milagro.

Qué irónico que se hubiera perdido el nacimiento de su propia hija. De sus dos hijas, aunque difícilmente habría podido asistir al de Berry. Sin embargo, las circunstancias de sus nacimientos no eran importantes. Era un afortunado al poder tener a las dos en su vida, y también de poder formar parte de aquella experiencia tan especial para sus pacientes.

Por lo demás, eran las ocho y cuarto y todavía no había cenado. Estaba a punto de bajar desde el tercer piso a la cafetería cuando una de las enfermeras fue corriendo a buscarlo.

–¡El bebé de la señora Murdock está a punto de nacer! – gritó–. Le necesitamos rápido. El doctor Rayburn está en camino, pero ella no puede esperar más.

Sarah Ann Murdock era una paciente de treinta y dos años de edad. Había ingresado tres horas antes en el paritorio, embarazada de su primer bebé.

La última vez que Zack la había visto, había calculado que tendría todavía para varias horas. Obviamente, la dilatación había progresado con mayor rapidez de la esperada.

La enfermera le aseguró que no había señal alguna de problemas, ni para la madre ni para el bebé.

–Nos dijo que las mujeres de su familia siempre han dado a luz muy rápido, incluso la primera vez. Deberíamos haberle hecho caso.

Zack entró en el paritorio, donde las enfermeras estaban urgiendo a la nerviosa madre a reprimir la necesidad de empujar. De pie junto a su esposa, el marido saludó aliviado a Zack.

–¡Cariño! El doctor ya está aquí.

Sarah le fulminó con la mirada.

–¡Usted no es el doctor Rayburn!

–Está en camino. No sabíamos que iba usted a batir un récord olímpico –Zack comprobó que todo iba sin complicaciones ni para

la madre ni para el bebé–. Ya puede empujar.

–¡Gracias a Dios!

Minutos después, la paciente estaba acunando a su bebé mientras el padre hacía fotos. Mark Rayburn entró apresurado y, con una expresión de disculpa en la mirada, se dirigió a su paciente:
–Ya me han dicho que has decidido acelerar las cosas.

¿Cómo te encuentras, Sarah Ann?

–Como si acabara de dar a luz a una ballena –lágrimas de felicidad le corrían por el rostro–. Pero ha merecido la pena.

Durante años, la pareja había estado intentando tener hijos. Como la cirugía en las trompas de Falopio no había obrado el efecto deseado, habían conseguido aquel embarazo gracias a la fertilización in vitro.

–La próxima vez vendré en cuanto empieces con las contracciones –le aseguró Mark.

Marido y mujer intercambiaron una mirada.

–No habrá una próxima vez –dijo el marido con voz triste–. Bastante tendremos con mantener a este hasta que ingrese en la universidad…

–Pero disfrutaremos de cada momento –añadió la mujer.

–¿Ya han elegido un nombre? –quiso saber Zack.

–Simón –respondieron ambos al unísono.

–Bonito nombre –aprobó Mark.

En el momento en que Zack abandonó la sala, una enfermera le llevó un sándwich de pavo.

–Tenemos dos más de parto y otra paciente acaba de ingresar.

–Qué amabilidad. ¿Qué te debo?

–Te lo pondré en la cuenta.

Y, sin lugar a dudas, la cuenta crecería a lo largo de la noche, pensó Zack mientras le daba las gracias.

Estaba comiendo el sándwich en la sala de médicos cuando entró el administrador.

–Solo quería felicitarte por el gran trabajo que has hecho.

–Es un niño precioso.

Mark miró la tabla de anuncios con la clasificación del concurso.

–Deberíamos compartir este caso –comentó el administrador.

–Es tu paciente –le recordó Zack–. Los partos no cuentan.

Mark frunció sus negras cejas.

–No me gusta que las parejas renuncien a tener más hijos por razones económicas.

–¿Estás pensando en un programa de becas?

–Es una gran idea. Ojalá pudiéramos montar uno.

–Eso te coloca en una situación difícil –observó Zack.

–Samantha y yo no tenemos por qué pensar igual –evidentemente, no pensaba asignar el dinero del premio al centro de apoyo psicológico de su mujer–. Francamente, estoy pensando en salirme del concurso. Para mí esto es un conflicto de intereses.

Por mucho que le hubiera gustado a Zack ascender algún puesto, no pudo menos que oponerse.

–Tú no eres juez y parte. Tus pacientes se quedan embarazadas o no se quedan. Y el destino del dinero es elección del ganador.

–Imaginaba que me animarías a retirarme del concurso.

–Probablemente gane el doctor T. –replicó Zack–. Pero no tiene por qué importarme. Él tiene tanto derecho como los demás.

–Eso es discutible –Mark miró ceñudo el tablón–. La intención del concurso es generar confianza en la plantilla y una publicidad positiva.

–Gane quien gane, el dinero de la corporación irá a parar a una buena causa –le recordó Zack–. Siempre podemos buscar otras fuentes para financiar un programa de becas.

–Me lo pensaré. Pero una importante donación sería un buen comienzo.

–Supongo que tendré que inspirar a mis pacientes para que aumenten su tasa de fertilidad –sonrió, irónico.

–Parece que estás empezando a desarrollar el sentido del humor.

¿Acaso no lo tenía ya?, se preguntó Zack. ¿Realmente proyectaba una imagen tan seria?

Mark se despidió y se marchó, sin duda alguna para compartir una guardia informal con su esposa y los trillizos. Mientras que Jan, se recordó Zack, tenía que lidiar con sus dos hijas.

Agradecía la ayuda de Jan. Y esperaba que ella también se tomara la tarea con sentido del humor, porque probablemente iba a necesitarlo.

¿De cuántas maneras diferentes podían dos niñas fastidiarse la una a la otra y amargarle la vida al adulto? Para media tarde, Jan había perdido la cuenta.

Riñeron por quién tenía que jugar con el gatito y por el tiempo que podía pasar Gorila en el salón, cosa que significaba desterrar a Manchita al dormitorio. Discutieron por la cena, obligando a Jan a tomar una decisión ejecutiva. Las niñas acabaron en seguida con la pizza de verduras y con la ensalada, pero como si fueran incapaces de soportar unos pocos minutos de tranquilidad, compitieron por la última media cucharada de helado.

Jan intentó razonar con ellas, juntas y por separado. Ambas la escucharon con gesto hosco, para, inmediatamente, entablar una nueva discusión.

Aunque le disgustaba recurrir a la televisión como niñera, hizo un intento desesperado de sentarlas a ver un documental sobre loros, uno de los animales favoritos de Kimmie. Su hija se apresuró a tumbarse en el sofá junto a ella, sin dejar espacio a Berry.

–¡Tú eres mi mamá! –dijo–. ¡Tengo que sentarme aquí!

–Hay espacio para las dos a cada lado.

–¡Oh, ella puede sentarse donde quiera! ¿A quién le importa? Es como una bebé –con los brazos cruzados, Berry se dejó caer en el sillón y plantó los pies sobre la mesa.

Cuando las niñas empezaron a lanzarse miradas asesinas, Jan se sintió a punto de estallar.

–Ya está bien –apagó el DVD–. Vamos a dar un paseo.

–¡Hace frío! –protestó Kimmie.

–Papá y yo ya hemos hecho ejercicio hoy –gruñó Berry.

Ambos lanzaron sus objeciones a Jan, que se lo tomó como un

paso en la dirección correcta. El hecho de unirlas contra ella representaba un cierto progreso. Aunque bastante incómodo.

–Os estáis peleando como un par de gatos callejeros –las regañó–. Ya veremos quién termina reclamando su lado de la acera.

–¡Este barrio era mío mucho antes! –protestó Berry.

Jan se echó a reír.

–¿Qué pasa? –preguntó Berry.

–Eso, ¿qué es lo que te hace tanta gracia? Además de su cara, claro –preguntó Kimmie.

–¡Poneos los abrigos, ahora mismo! –pensó que el ejercicio les serviría para desahogarse. Seguro que Zack lo aprobaría.

Jan admiraba la insistencia de Zack en los saludables hábitos alimenticios de Berry, aunque fuera un poco rígido. Enfrentada a la presión del tiempo, ella a menudo recurría a la salida fácil con Kimmie, cenando comida rápida y tirándose delante del televisor. Zack era una buena influencia, siempre y cuando ella pudiera evitar que las niñas se convirtieran en enemigas…

Una vez fuera, el frío aire de la tarde arrancó otra protesta a Kimmie, que hizo que Berry la llamara «quejica».

–No habléis –ordenó Jan–. Una golosina sin azúcar para la primera que vea un gato callejero.

Las niñas se quedaron calladas, escrutando el entorno a la débil luz de la tarde.

–¡He visto uno! –gritó Berry.

–¡Yo lo he visto primero!

Las niñas señalaron un gato pardo que acechaba detrás de una esquina de la calle.

–Habéis ganado las dos –Jan entregó una golosina a cada una–. No tiréis el papel.

–¿Podemos seguir jugando a esto un rato más? –preguntó Kimmie.

–Claro.

Acababan de doblar la esquina cuando Kimmie dijo:

–¡Oh, mira!

Se dirigía hacia ellas una mujer alta de pelo gris, llevando dos perros de la correa, un fibroso terrier y un chucho de paso tranquilo y orejas gachas que triplicaba a su compañero en tamaño.

–Son perros, no gatos –se burló Berry.

–Ya lo sé –replicó Kimmie–. Es Ilsa Ivy. La directora del albergue de animales.

«Una buena persona a la que conocer», pensó Jan.

–Hola –la saludó–. Soy nueva en el barrio –se presentaron y se dieron la mano, mientras los perros esperaban obedientes.

–Se acuerda de mí, ¿verdad? –dijo Kimmie, confiada.

–Claro que sí.

–Esta es Berry, la hija mayor de Zack Sargent –al ver la perpleja expresión de Ilsa, Jan decidió explicarse–: Mi hija Kimmie y yo nos hemos venido a vivir con los Sargent mientras buscamos un apartamento que acepte mascotas. Tenemos a Gorila, el gato que esterilizaron en el albergue. Gracias por haber cuidado de él.

–Siempre es una alegría ayudar a un animal.

–¿Podemos acariciar a los perros? –preguntó Kimmie.

–Sí, y gracias por pedir permiso.

Kimmie se arrodilló para acariciar al terrier, que se puso a mover la cola a toda velocidad. También soltó un par de ladridos agudos. Se llamaba Yappy, según les contó su dueña. Berry se concentró en el mucho más tranquilo Pal, una mezcla de labrador y perro pastor.

–Se portan muy bien. Están muy bien educados –comentó

Jan.

–Los dos eran perros abandonados –informó Ilsa–. No os imagináis el trabajo que nos costó que se llevaran bien.

–Como Berry y yo –dijo Kimmie.

–Yo tengo que compartir mi dormitorio con ella –se quejó Berry.

–Eso nunca es fácil –la compadeció la directora del albergue–. ¿Sabéis una cosa? Tengo un proyecto en el que ambas podríais participar. Os daría a ambas una actividad común y ayudaríais así a los animales.

–¡De acuerdo! –Kimmie no lo dudó.

Berry se mostró más cautelosa.

–¿De qué se trata?

–En lugar de pedir dulces y golosinas en Halloween, algunos niños recaudan dinero para buenas causas –les explicó Ilsa–. Nuestro albergue tendrá que cerrar si no reformamos nuestras instalaciones de fontanería y calefacción.

–Necesitan un millón de dólares –intervino Kimmie.

–Veinte mil, pero a nosotros nos parece un millón. Y eso que el proyecto no incluye la ampliación de las perreras –la mujer se interrumpió para acariciar a cada perro y pedirles que se sentaran con un gesto–. Hemos impreso unos folletos para difundir nuestro proyecto y pedir donaciones en lugar de golosinas, a la vez que explicamos para qué es el dinero. Así, aunque la gente no pueda donar en el momento, siempre podrá ayudarnos más tarde.

Jan tenía que admitir que la idea representaba una bienvenida solución a su preocupación por las golosinas. Y a juzgar por la atención con que ambas niñas estaban escuchando, bien podrían estar dispuestas a trabajar juntas.

–¿Qué os parece, chicas?

–¿Nada de golosinas? –pese a su tono decepcionado, Kimmie cuadró los hombros–. De acuerdo.

–¿Podremos llevar disfraces? –quiso saber Berry.

–Eso depende de vuestros padres –Ilsa miró a Jan con expresión interrogante.

–Disfraces… sí. En cuanto a lo de la recaudación de fondos, tendremos que hablarlo con Zack –a juzgar por los saltos de alegría que estaban dando las niñas, dudaba que tuviera muchas posibilidades de elección.

–¡Me disfrazaré de gatita! –anunció Kimmie.

–¡Yo soy la mayor! ¡Yo elegiré primero! –le espetó Berry. –Pero tenéis que colaborar entre vosotras –Ilsa lanzó a Jan una sonrisa cómplice–. Si os peleáis, daréis un mal ejemplo a los perros. ¿Veis lo que bien que se llevan ellos?

–Sí –Kimmie dio otra palmadita a Yappy–. Podemos disfrazarnos de gatas.

–Yo con rayas naranjas, como Manchita –dijo Berry.

–Y yo gris, con manchas blancas.

–Será mejor que acabemos nuestro paseo y nos pongamos a diseñar los disfraces.

Pese a que habría preferido esperar el visto bueno de Zack, decidió aprovechar inmediatamente la buena disposición de las niñas para trabajar juntas.

Capítulo 14

Por lo general, Zack se quedaba profundamente dormido entre parto y parto. Ni el bullicio del hospital, ni las incómodas literas de la sala de guardia le impedían conciliar el sueño.

Aquella noche, sin embargo, permaneció despierto, preocupándose por Berry. Se preguntaba si no habría optado por su propia conveniencia sin sopesar adecuadamente lo que significaba dejar a Berry a cargo de Jan. Berry podría sentirse aislada y encerrada en su propio hogar.

Quizá no debería haber dejado que Jan y Kimmie se trasladaran tan rápidamente a su casa. Aunque lo mejor que podía hacer en ese momento era serenar su cerebro y dormir un poco.

Al final, el agotamiento se impuso.

Cuando terminó su turno a las ocho en punto de la mañana, condujo hasta su casa en medio de una sensación de aprehensión. Como padre de ambas niñas, las quería por igual, pero Berry le parecía la más vulnerable de las dos.

Entró en la cocina a través de la puerta que comunicaba aquella habitación con el garaje. Esperaba ver a las niñas desayunando, pero la habitación estaba vacía. Al oír un murmullo de voces procedente del salón, se dirigió sigilosamente hacia allí. El rayo de sol que entraba por las puertas correderas de cristal le deslumbró, y tuvo que hacerse a un lado. Cuando se aclaró su visión, vio a las niñas y a Jan sentadas en el suelo, medio ocultas por los sillones y el sofá. Estaban estudiando su portátil, abierto sobre una mesa baja.

Kimmie llevaba unos tejanos y una camiseta que reconoció como pertenecientes a Berry. Ella, a su vez, se había puesto un top rosa con flores estampadas que nunca le había visto.

–Es ridículo –Kimmie señaló la pantalla–. ¿Quién ha visto nunca una gatita rosa?

–Y los gatos no llevan vestidos con dibujos de gatitos – añadió Berry, despreciativa.

¿Estaban discutiendo? Zack se tensó, sorprendido de que no hubiera advertido su presencia, pero deseando escucharlas a escondidas hasta enterarse bien de lo que estaba pasando.

–Solo quería asegurarme de que no habíais cambiado de opinión desde anoche –les dijo Jan a las chicas mientras cerraba el ordenador–. Muy bien. Berry, ¿seguro que no te importa que Kimmie se ponga tus leotardos y tus mallas negras?

–De todas formas, me quedan demasiado pequeñas. Yo tendré que comprarme otras, ¿no? ¿Del mismo color que Manchita?

–No puedo garantizarte que encontremos el color exacto, pero lo intentaremos –respondió Jan.

Tal vez ellas no hubieran advertido su llegada, pero había quien sí lo había hecho. Hacia él se dirigía un peludo gato gris, haciendo eses con el rabo. Gorila se quedó mirando fijamente a Zack, que se sintió como si estuviera siendo escrutado por un potencial rival masculino. ¿En serio? ¿De verdad iba a tener que enfrentarse a un gato?

Aparentemente, la firmeza de su mirada consiguió amedrentarlo. Gorila se sentó a los pies de Zack, meneó la cabeza y soltó un maullido.

–Quiere que lo cojas en brazos –le explicó Kimmie.

–¡Papi! –pese a su entusiasta grito, Berry permaneció sentada–. Vamos a vestirnos de gatas para Halloween.

–Y a recoger dinero para el albergue de animales –añadió Kimmie.

–Vamos a comprarnos máscaras de gato y a pintarlas como Manchita y Gorila –anunció Berry.

–¡Y nos fabricaremos rabos! –exclamó Kimmie.

–Espero que no te importe –le dijo Jan a Zack.

–¿Que si me importa, dices? Esto es increíble.

Las niñas no solamente parecían capaces de convivir, sino que además acababan de revelarse como entusiastas colaboradoras. Se pusieron a hablar a la vez. Que si habían dado un paseo, que si se habían encontrado con la señora Ivy, que iban a salvar a los animales… Que si iban a recoger dinero en vez de golosinas…

Resplandecían de emoción. En cuanto a Jan, sus mejillas tenían un tono rosado, estaba radiante.

–Chicas, enseñadme lo que habéis estado planeando y después nos vestiremos para ir a la iglesia.

–¿Podemos ir nosotras también? –preguntó Kimmie.

–Si a tu madre le parece bien… –Sería estupendo –dijo Jan.

–Reconocerás a algunos empleados del hospital entre la congregación –le advirtió Zack, antes de concentrar su atención en sus hijas–. ¿Pensáis llevar cada una la ropa de la otra a misa?

Se apresuraron a levantarse.

–¡En seguida nos cambiamos!

No estaba seguro de cuál de ellas había dicho eso. Quizá habían sido las dos a la vez.

Mientras se alejaban corriendo, Jan se levantó y se sacudió los tejanos.

–Antes de prepararme…

–Gracias –Zack tomó las manos de Jan entre las suyas–. Francamente, estaba preocupado.

–Tenía intención de consultarte todas estas decisiones…

–Has decidido bien –el solo hecho de estar cerca de ella le llenaba del mismo entusiasmo que había visto en los rostros de sus hijas.

–Yo solo… –el brillo de sus ojos advirtió a Zack de que las revelaciones de aquel día aún no habían acabado–. Esto solo es un comienzo. Ahora creo que deberíamos pasar el Día de Acción de Gracias juntos, como una familia. Aquí, en esta casa. Deberíamos intentar unirlas. Y si lo celebramos aquí, podremos invitar a nuestros respectivos parientes. Las niñas pueden ayudar a decorar la casa. Significaría mucho para ellas.

A Zack le gustaba la idea. Aunque sus padres todavía no conocían a Kimmie, un asunto que pretendía remediar pronto.

–¿No te preocupa la reacción de mis padres? Mi padre puede llegar a ser una persona muy difícil.

–A mí nunca me cayó bien –reconoció ella–. Pero tampoco llegó nunca a conocerme realmente.

Tanto Zack como ella trabajaban en aquel entonces durante largas horas, y ni siquiera habían tenido una fiesta de compromiso o hecho planes de boda antes de su ruptura.

–También les costó lo suyo encariñarse con Rima.

La mujer de Zack había dedicado un gran esfuerzo a conectar con ellos. Como había perdido a sus padres, consideraba a los abuelos paternos figuras fundamentales en la vida de Berry. La madre de Zack había reaccionado con su pasividad habitual, y con el tiempo, su padre se había dignado a saludarla con un abrazo en las pocas ocasiones en que se habían visto.

–Seguro que querrán pasar el Día de Acción de Gracias con sus dos nietas –señaló Jan.

–¿Y tu madre? Seguro que esperará que vayamos todos a su casa –una invitación a cenar en casa de los García significaba una mesa llena de platos caseros, rodeados de fotos de familiares y recuerdos en las paredes.

–Últimamente, la artritis la tiene algo limitada. Seguro que agradecerá no tener que trabajar tanto. Y le pediré ayuda a mi hermano. En serio, será interesante que se conozca todo el mundo.

–¿Incluido el tío de Berry? Mis padres siempre le invitan.

–¡Por supuesto!

Las manos de Jan seguían entre las suyas, no las había retirado. Estando tan cerca de ella, Zack sintió la tentación de inclinarse para rozar sus labios.

«Las niñas volverán en cualquier momento», se recordó.

–Tú no estarás aquí el año que viene. ¿Qué clase de expectativas…?

–El año que viene ya me las arreglaré yo sola –asomó a sus ojos oscuros el brillo de las lágrimas–. Solo he pasado dos fiestas de Acción de Gracias desde que perdimos a mi padre. Uno nunca sabe lo que pasará el año que viene. Disfrutemos de nuestra compañía mientras podamos.

–Está bien. Persuadiré a los míos mientras tú te encargas de los tuyos.

–Hecho –la sonrisa que lanzó hizo palidecer a la luz del sol que entraba en la habitación.

Cuando Jan se marchó, dejó un calor en las manos de Zack que desapareció con demasiada rapidez.

Pavo relleno. Zack se imaginó una larga mesa llena de sabrosos platos y rodeada de rostros queridos. Una cosa era segura, sacaría muchas fotos. Como decía Jan, uno nunca sabía lo que el futuro

podía depararle.

Para cuando llegó la semana de Acción de Gracias, Jan se sentía como si hubiera estado corriendo a toda velocidad durante un mes entero. Pero eran tantas las cosas maravillosas que habían sucedido que no le importaba.

En el hospital, su amiga Erica dio a luz un hermoso bebé de cuatro kilos llamado Jordan. Mientras tanto, el Desafío Esperanza se estaba acercando a su conclusión con los doctores Tartikoff y Rayburn en cabeza, y Zack y Cole Rattigan disputándose el tercer puesto.

En casa la colaboración era perfecta. Entusiasmados con los planes para la fiesta, Zack y ella se turnaban cocinando y coordinaban las actividades de las niñas. Con el permiso de Jan y su tarjeta de crédito, se había llevado a Berry a comprar ropa nueva, mientras Kimmie se esforzaba por cumplir las reglas porque deseaba complacer a su padre.

Tras una inicial resistencia, los padres de ambas familias habían consentido en cenar en casa de Zack, con la idea de que todo el mundo aportara sus platos favoritos. Y aunque Jan aún no había tenido oportunidad de verse con los Sargent, Zack le contó que sus padres habían recibido a Kimmie con los brazos abiertos. Cuando llevó a Kimmie a su casa, el matrimonio la abrumó a regalos, incluida una muñeca y un osito de peluche. Al parecer, no se les ocurrió comprarle nada a Berry, que se había quedado en casa. A su vuelta, Kimmie tuvo el bonito gesto de regalarle la muñeca.

–Espero que no estropeen el Día de Acción de Gracias mimando demasiado a su nieta biológica en detrimento de Berry –le comentó Jan a su madre al día siguiente, después de ir a buscar a Kimmie al colegio.

–Tengo una idea. Deja que me las lleve a los dos a dormir a casa después de la cena de Acción de Gracias. De esa manera, yo no echaré tanto de menos a tu padre y mantendremos la tradición. Y es justo que Berry gane otra abuela.

–Te quiero, mamá –la abrazó.

–Yo también te quiero, hija mía. Por cierto, ¿cómo va la convivencia de las dos niñas en casa?

–Discuten de vez en cuando, como cualquier par de hermanas. Pero la mayor parte del tiempo se llevan muy bien – la hostilidad inicial había desaparecido, para alivio de Jan.

En Halloween, las dos habían ido de casa en casa con sus disfraces de gato. Habían recogido treinta y siete dólares para el albergue de animales, más una donación de veinte de Jan y de Zack. Desde entonces, habían trabajado codo a codo con otras compañeras de colegio para idear otras formas de recaudar fondos. La madre de Brady, Kate, y la madrastra de Fiona, Patty, parecían encantadas de apoyar aquel esfuerzo, de manera que Jan lo había dejado en sus manos.

También se había alegrado de resolver la cuestión económica con su antiguo casero. El hombre había reparado los desperfectos mandando lavar las moquetas y repintando el salón. A Jan le había cargado la mitad de la factura total de seiscientos dólares, menos de lo que había temido.

Una vez arreglado aquel asunto, Jan había continuado mirando anuncios de apartamentos. Diciembre se acercaba rápidamente y le había prometido a Zack que estaría instalada para Navidad. Pero no estaba poniendo su corazón en ello.

Conforme volaban las semanas, el programa de donación de óvulos iba tomando forma. El lunes, antes de Acción de Gracias, Jan dedicó la mayor parte de la tarde a trabajar con la doctora Samantha Forrest sobre cómo explicar los riesgos a las potenciales donantes.

–Estadísticamente hablando, es seguro que algunas jóvenes terminarán tropezando con problemas –le advirtió la pediatra.

Estaban sentadas en la sala de reuniones del cuarto piso, ante una gran mesa llena de los folletos y solicitudes que habían recogido de otros programas similares.

–Es importante que no desinformemos a nadie minimizando la importancia de aquello a lo que se exponen –continuó.

–No hay problema. Estamos de acuerdo en eso –le aseguró

Jan.

–Perfecto. La gente debe estar completamente informada.

La doctora Sam había protestado algo al principio, pero al final se había mostrado deseosa de llegar a un compromiso. Había aceptado empezar el folleto con una advertencia general sobre los

efectos secundarios que podía ocasionar el tratamiento.

Jan cerró el archivo de su portátil.

–Haré un esquema para que podamos revisarlo en profundidad –una vez concluido aquel asunto, pasó a un tema más ligero–. ¿Qué planes tienes para Acción de Gracias?

–Tendremos la casa llena de gente. Mis padres vendrán de México y la hermana de Mark piensa venir desde Arizona.

–Suena divertido.

–Más bien caótico, con los trillizos de por medio. Pero me gusta estar ocupada –tamborileó con los dedos sobre la mesa.

–¿Te preocupa algo?

La pediatra asintió con gesto triste.

–Esta misma mañana me he enterado de que la directora del Centro de Apoyo Psicológico se marcha. Eleanor es una dinamo humana. Sin su apoyo, no sé cómo vamos a poder continuar.

–Es una pena –aunque aquello podía incrementar las posibilidades que tenía el proyecto de Zack de ser apoyado por quienquiera que ganara el concurso, Jan detestaba ver cómo el centro se hundía.

–A lo mejor he sido demasiado idealista –continuó Sam–. Me preocupa el riesgo que corren esas mujeres y adolescentes de caer en la marginación. Los psicólogos pueden hacer mucho bien.

–¿Por qué se marcha la directora? –preguntó Jan.

–Está desanimada. Eleanor se mata por recaudar fondos entre sus amigas adineradas, pero es mucha la competencia entre causas benéficas en la situación económica actual. No soporto la idea de que se vaya.

Pese al poco tiempo que llevaba en Safe Harbor, Jan había oído hablar y bien sobre el Centro de Atención Psicológica. Lamentaba que se perdiera un recurso tan valioso en una época con tanto desempleo y un estrés cada vez mayor.

–¿Has elaborado un plan de viabilidad económica? –a Jan le parecía algo básico, pero, por lo que había oído decir, el centro operaba con grandes dosis de improvisación.

–¿Para qué?

–Para poder prever mejor el futuro del centro.

Sam sacudió la cabeza.

–No sabría por dónde empezar.

–Puedes encontrar artículos y formularios en Internet –dijo Jan–. Estoy segura de que hay páginas específicas para asociaciones de voluntarios.

–El centro siempre ha tenido un carácter informal.

–Eso no tiene por qué cambiar –le aseguró Jan–. ¿Cuentas con una declaración de objetivos fundamentales?

–Supongo que sí –Sam parecía dudar–. Lo que queremos es ayudar a la gente.

–Hay que fijar el perfil de los clientes y la manera de ayudarlos. Y después deberías hacer un análisis de mercado. ¿Qué lugar ocupa el centro entre otras entidades que atienden a una clientela similar?

Jan tenía la cabeza llena de ideas. La doctora Sam empezó a tomar notas.

–¿Cuánta financiación necesitas? ¿Qué clase de gastos necesitarás cubrir? ¿Cuentas con una junta de dirección? –Formalmente no –admitió Samantha.

–Piensa en los miembros destacados de la comunidad que podrían participar en una junta de dirección –continuó Jan, cada vez más entusiasmada–. Si pones todo eso por escrito, tendrás una idea mucho más detallada de la situación en la que te encuentras y de lo que quieres conseguir.

–A Eleanor le gustará –Sam seguía tomando notas en su tableta–. Hablaré con ella. Pero me temo que tampoco sabe mucho sobre todo esto.

–Si tienes alguna pregunta, solo tienes que llamarme.

–¿En serio?

–Me encantará colaborar en todo lo posible.

–Gracias –la pediatra se levantó–. Aprecio muchísimo tu ayuda –después de recoger sus cosas, le estrechó la mano y se alejó con su paso rápido de siempre.

Mientras reunía sus cosas, Jan experimentó una punzada de preocupación por lo que aquello pudiera parecerle a Zack. Pero

aquel no era un asunto familiar. Siempre y cuando ella actuara correctamente, él tendría que respetar sus decisiones.

Capítulo 15

Varios años atrás, Zack había comprado una cámara de buena calidad para capturar los momentos especiales que pasaba junto a Berry. A veces, sin embargo, se olvidaba de llevarla. Otras veces se limitaba a sacar unas cuantas fotografías y luego la guardaba. Tomar fotos era para él como un deber, algo importante pero secundario. Lo que verdaderamente importaba era la experiencia vivida.

Y aunque esa prioridad no había cambiado, el Día de Acción de Gracias se alegró de poder refugiarse detrás del objetivo. Tomar fotos le proporcionaba una excusa para verlo todo con una mirada fresca, renovada.

Siempre le habían gustado las comidas y los aromas de la cocina casera. Aquel día no solo se divirtió preparando los platos con las niñas y con Jan sino que, mientras tomaba fotos, tuvo ocasión de admirar los contrastes del verde de la lechuga y el rojo del tomate, el pardo dorado del pavo asado y el brillante color burdeos de la salsa de arándanos.

Pero lo que más le entusiasmó fueron los rostros felices de la gente que amaba. A Berry no la había visto tan radiante desde la muerte de su madre, mientras que Kimmie resplandecía de alegría. Jan parecía como bañada en una luz dorada mientras iba de la cocina al comedor, donde habían añadido un par de mesas de tablero que habían cubierto con sendos manteles.

Conforme iba llegando la gente, las imágenes se fueron grabando en la mente de Zack. María García abrazando a las dos niñas. El hermano de Jan, Bernardo, de pelo oscuro, y su esposa pelirroja, Ginger, con sus dos hijas preadolescentes. El hermano de Rima, Edgar Williams, y su encantadora novia, peluquera de profesión, dejando sobre la mesa una olla de sabrosos boniatos. Edgar, fontanero, le explicó que había conocido a Alicia mientras reparaba las tuberías de su casa.

Los padres de Zack llegaron a las cuatro en punto y miraron a su alrededor con cierta desaprobación cuando descubrieron que los demás se les habían adelantado. Zack confiaba en que no hubieran estado esperando dentro del coche, fieles a la vieja norma de no presentarse demasiado pronto a una cena.

Los Sargent aparecieron con tartas y con unos pingüinos de juguete para las niñas. Regalos iguales para las dos, advirtió complacido Zack. En un correo electrónico les había mencionado lo mucho que le había gustado a Berry la muñeca y, aparentemente, habían entendido la indirecta.

Durante la comida, Zack dejó a un lado la cámara. Sus padres parecieron sorprenderse de la tradición de los García de darse las manos alrededor de la mesa, pero se unieron de buena gana a la plegaria de agradecimiento. Después, nadie necesitó que le animaran para comer y pasar la comida.

Cuando el padre de Zack recibió de manos de María el plato de tamales, en un primer momento lo miró con una leve mueca de asco. Estaba a punto de pasárselo a Bernardo sin probarlo cuando este le comentó:

–A mis estudiantes de Historia les digo que la de Acción de Gracias fue una fiesta multicultural, ya desde el principio.

–¿Es usted profesor? –nada deseoso de quedar mal ante un compañero de profesión, Norbert aceptó un tamal.

–Y mi esposa también –explicó Bernardo–. Tengo entendido que es usted director jubilado.

–Antes de eso, también enseñaba historia –y se puso a hablar de los cambios más recientes introducidos en el currículum escolar.

Al final, advirtió Zack, su padre no solo se terminó el tamal, sino que tomó otro.

En cuando a las niñas, las primas de Kimmie comentaron que tenían dos perros y un gato, así que Berry y Kimmie aprovecharon para hablarles de la recogida de fondos que estaban haciendo para el albergue. Después de la cena, las cuatro subieron para jugar con los gatos, una escena que Zack tuvo el privilegio de presenciar. En otras circunstancias, no habría entrado en la habitación, pero con la cámara en la mano se convirtió en parte de la diversión.

Pero la estrella del día fue Jan. Mientras la fotografiaba charlando con Alicia, ayudando a una de sus sobrinas a hacerse una trenza o conversando plácidamente con su madre, Zack fue consciente de la naturalidad con la que unía a la gente. Incluso sorprendió a su madre dándole uno de sus raros abrazos. En cuanto a su padre, terminó relajándose lo suficiente como para ponerse un delantal y fregar los platos con Jan.

–A Bert le entristece que Jan no te dijera ni a ti ni a nosotros nada de Kimmie –le confió su madre a Zack–. Pero también se alegra de que no la entregara en adopción.

–Me ha sorprendido verle con delantal. Nunca había visto a papá fregando los platos.

–La jubilación le ha ablandado –explicó ella.

–Seguro que tú has tenido algo que ver en eso –ante el resto del mundo, Elspeth Sargent podía parecer dócil y sumisa, pero su hijo sabía que por dentro era fuerte como el acero.

–Le dejé muy claro que, puesto que él está jubilado y yo no, es justo que se encargue de los trabajos de la casa –le dijo su madre–. Le dejo escoger las tareas.

–¿Fregar platos y cazuelas?

–También se le da bien pasar la aspiradora –sonrió. Estaba tan contenta que incluso parecía más joven.

No solo se consolidaban las viejas amistades, Zack fue testigo de cómo se establecían nuevas conexiones. Después de la cena, mientras la mayoría de los invitados se reunían en el salón a ver un partido de fútbol, Jan y Edgar se quedaron charlando tranquilamente en el comedor delante de una fotografía enmarcada de Rima. No parecieron advertir la presencia de Zack en el umbral, capturándolos a los dos con la cámara, con la imagen de su difunta esposa de fondo. Mientras los observaba a través del objetivo, tuvo la sensación de que también Rima estaba presente en la conversación.

–Las afecciones cardiacas son comunes en nuestra familia – oyó que le decía Edgar–. Yo estoy obligado a hacer mucho ejercicio y a comer sano. Pero puede que me coma un pedazo de esa tarta.

–Supongo que por eso Zack es tan estricto con la dieta de Berry –aventuró Jan.

–No habría podido pedir un mejor padre para mi sobrina.

Con su uno ochenta y ocho de estatura, Edgar se cernía casi amenazadoramente sobre Jan, pero su hablar suave y dulce hacía que ella se sintiera perfectamente relajada.

–Ojalá hubiera podido frecuentar más a mi hermana mayor. Estando en los marines, pasaba mucho tiempo fuera.

–¡Ojalá la hubiera conocido! –contestó Jan. De repente, al ver a

Zack, le comentó–: Debes de haber hecho un centenar de fotos hoy.

–Afortunadamente, tengo una buena tarjeta de memoria –replicó, contento.

Se acercó a Jan. Hasta ese momento, había evitado acercarse demasiado para que los demás no pensaran que eran pareja. Pero echaba de menos tocarla, aspirar el aroma de su pelo. Guardar las distancias le estaba costando cada vez más.

–Será mejor que vaya a ver quién está ganando el partido – dijo Edgar antes de marcharse al salón.

–No era mi intención ahuyentarle –se lamentó Zack mientras apagaba la cámara.

¿Tan obvias eran las ganas que tenía de estar a solas con ella?

Jan se acercó más a él.

–Gracias por el día de hoy.

–¿Por qué me das las gracias? –era una lástima que en aquella fiesta no se colgara la ritual ramita de muérdago y así tener una excusa para besarla.

–Puedo llegar a ser bastante impositiva cuando se me mete una idea en la cabeza –le acarició ligeramente el brazo–. Te has portado muy bien al invitar a tanta gente a tu casa.

–¿Crees que me está costando algún esfuerzo? –Zack le dio unos golpecitos en la nariz con un dedo–. Es el mejor Día de Acción de Gracias que he disfrutado en años.

Se hizo un silencio. Repentinamente consciente de su cercanía, Jan retrocedió un paso y desvió la mirada. Pero Zack no quería dejarla todavía. Anhelaba aquella tentadora proximidad.

Jan señaló la fotografía de Rima.

–Debes de echarla mucho de menos, sobre todo en días como estos.

La referencia a su difunta esposa le hizo bajar a la tierra, que era sin duda lo que Jan había pretendido. Y le recordó también algo que había tenido intención de explicarle. Su compromiso con Rima había destruido cualquier posibilidad de que se reconciliara con Jan, que se merecía comprender lo que había sucedido.

–Rima significó mucho para mí… –empezó a decir.

–Deberíamos volver con nuestros invitados.

–Todavía no –tomándole la mano, continuó–: Rima era una paciente de corazón del hospital cuando la conocí. Había perdido su trabajo como dependienta porque no podía permanecer todo el día de pie, y se le estaba acabando el seguro. Además, estaba teniendo problemas para cuidar a Berry. Servicios sociales amenazaba con quitarle a Berry y llevarla a una casa de acogida.

–Qué horrible… –comentó Jan, sin aliento–. ¿No tenía más parientes?

–Los padres de Rima habían fallecido y el padre de Berry murió en un accidente de moto un año antes. Por entonces, estaba triste y deprimido. Seguía amándote, pero sentía que me habías traicionado. Estaba teniendo pesadillas por la decisión que había tomado de renunciar a nuestra hija. No es que esté buscando excusas para el comportamiento que tuve contigo. Lo que pretendo decirte es que Rima y Berry llenaron el gran vacío que sentía en mi corazón.

Jan suspiró profundamente, pero no se apartó de él.

–Y te enamoraste de ella.

–Rima se convirtió muy pronto en una parte muy importante de mi vida.

Zack no supo qué otra cosa responder. Sí, había llegado a amar a Rima, pero no con la intensidad que había experimentado con Jan. Sin embargo, no podía decírselo porque, si lo hacía, se arriesgaba a que Berry lo averiguara.

–Jan, cuando le pedí a Rima que se casara conmigo, ella se volvió loca de alegría. Fue como si le hubiera entregado el mundo en bandeja. Le estaba ofreciendo un futuro para ella y para su hija.

–Y tú no podías echarte atrás, incluso en el caso de que lo hubieras querido –terminó Jan por él.

Zack le acunó el rostro con la mano. Cuánto ansiaba besarla… por lo comprensiva que era, y por el simple hecho de estar allí, a su lado.

–Sentía que debías saberlo.

–Eso ayuda –un brillo de tristeza asomó a sus ojos–. Siempre me pesó que te olvidaras de mí tan rápido. Como si yo no hubiera sido real.

–Lo fuiste –no podía ir más allá, todavía no. Pero estaba empezando a pensar que la brecha que se había abierto entre ellos en el pasado, podría llegar a salvarse.

Las risas y las pisadas de las niñas en las escaleras les hicieron desviar la mirada hacia el pasillo. Zack se apartó rápidamente.

–¿Podemos tomar el postre ahora, tía Jan? –le preguntó una de las sobrinas de Zack.

–Claro –respondió Jan–. Vamos a cortar las tartas.

Berry se quedó dónde estaba mientas los demás se alejaban.

–¿Papá?

Por regla general, le prohibía los dulces. Pero aquel día era diferente.

–Cariño, hoy es fiesta. Por supuesto que puedes comer tarta.

–¡Gracias! –la niña dio un salto de alegría y se lanzó a abrazarlo.

En ese momento, Zack revivió el primer abrazo que le dio Berry cuando todavía era un bebé. Una vez más, le embargó la urgente necesidad de protegerla.

–¡Genial! –gritó la niña, y se alejó corriendo.

Aquella fue la más sentida declaración de agradecimiento que oyó aquel día.

Capítulo 16

Para las nueve en punto, el último de los invitados se había marchado. Kimmie y Berry, preparadas con sendos sacos de dormir, se despidieron de los gatos y se marcharon contentas con María.

Jan estaba encantada de lo bien que habían congeniado sus familias. El padre de Zack había pasado una hora hablando de cuestiones educativas con Bernardo y con Ginger, y Alicia y Edgar habían estado jugando al bridge con María y con la madre de Zack. Jan nunca había visto a Elspeth Sargent tan animada.

Durante toda la velada había sido consciente de que Zack estaba siempre pendiente de ella, con independencia de lo que estuviera haciendo. Sus miradas se encontraban y Zack se volvía después para llenar un vaso, para bromear con las niñas o para ver un resumen de los mejores momentos del partido por la televisión.

La piel le ardía de excitación. Aquella noche iban a quedarse solos. Sabía lo que eso quería decir y, a juzgar por la manera en que le oía contener la respiración cada vez que se acercaban, él también.

Desde que había visto a Zack a la salida del aula de tercer curso hacía ya un par de meses, Jan había deseado acariciarle.

No podía detenerse en aquel momento, pese a que su intuición le advertía de que podía correr un gran riesgo. Si aquella relación les explotaba en la cara, el delicado equilibrio que habían alcanzado con Kimmie podía perderse. «Por muy cautelosa que me haya vuelto, sigo siendo impulsiva», reflexionó. Y aquel particular impulso se negaba a ser ignorado.

Vagaron por la casa vacía recogiendo un vaso aquí, limpiando unas migas allá, recolocando sillas, alineando una mesa. Cuando Zack fue a colocar bien un plato de dulces y le rozó la muñeca, la intensidad de aquel fugaz contacto fue tan intensa que se ruborizó.

–Jan… –murmuró él, plantándose ante ella en el salón.

–¿Sí? –alzó las manos y las posó en sus hombros.

Zack deslizó las palmas por su cintura y sus labios se encontraron. Fue un contacto suave, ligero. Jan se puso de puntillas y lo acarició, rememorando el perfil de su mandíbula y el pulso de

su garganta. Y descubrió asombrada que estaba temblando.

–¿Zack?

–Subamos.

Hasta ese momento, Jan nunca se había atrevido a entrar en el dormitorio principal. Aquella vez penetró tímidamente en la habitación, reparando en el escritorio de madera de roble, el cabecero de bronce de la cama y la colcha azul marino. Los muebles mezclaban la masculinidad con la dulzura, eran un reflejo del hombre en que se había convertido Zack. Aunque, por supuesto, los habría elegido su mujer.

Al ver que vacilaba, Zack le puso una mano en la espalda.

–Los compré después de trasladarme aquí –le explicó.

–No importa –aunque sí importaba.

Pero en cuanto la hizo entrar del todo en la habitación, Jan se olvidó de todo lo demás. Cuando le acunó el rostro entre las manos para besarla, se perdió en su ternura. Se sentía como si ambos hubieran retornado a casa después de un largo viaje.

Mientras le desabrochaba los botones de su blusa rosa, Zack murmuró:

–Te has puesto esto para frustrarme, ¿verdad?

–Unos simples botones no deberían representar un desafío para un cirujano –se burló Jan–. Esos dedos tan hábiles…

–¡Ah! Así que te gustan, ¿eh? –descubrió por fin su sujetador con ribete de encaje–. Siempre has tenido un gusto exquisito en lencería.

–¿Te acuerdas?

–Te sorprenderías de todas las cosas de las que me acuerdo.

Ansiosa por sentir su piel, Jan le levantó el jersey verde, mostrando su pecho desnudo. Inclinó la cabeza y deslizó la lengua por el centro de su torso.

Zack gruñó. Con un esfuerzo, terminó de sacarse el jersey por la cabeza y lo arrojó a un lado.

–Quienquiera que inventara la ropa era un imbécil.

–Tengo entendido que es algo muy útil en los climas fríos –murmuró Jan.

–¡Menos mal que estamos en California del Sur!

La blusa rosa y la falda de lana beis terminaron junto a los pantalones de Zack, en un montón en el suelo. Años atrás, Zack solía doblar cuidadosamente la ropa antes de hacer el amor, recordó Jan, casi esperando que se tomara unos segundos para hacerlo.

–¡Ajá! –Zack la tumbó por sorpresa en la cama–. Te he pillado desprevenida.

–Pero tú tenías por costumbre…

–Eso ahora no importa. He madurado –sonrió–. ¡Oh! Espera –se levantó y volvió segundos después con un preservativo–. Un bebé sorpresa es un regalo. Pero dos son un descuido.

–Sobre todo a la vista de nuestras profesiones.

Zack rasgó el envoltorio y extrajo la protección. Mientras le ayudaba a enfundársela, Jan se entretuvo acariciando su miembro. Luego empezaron a tocarse mutuamente. Cuando él se cernió sobre ella y la besó, sus cuerpos se fundieron como la plata fundida.

Jan no podía estar más excitada. Por un instante se quedaron inmóviles, sintiendo la conexión, sin atreverse apenas a moverse. Luego, con un jadeo, Zack comenzó a empujar. La alegría corría por las venas de Jan. Durante todos aquellos años, casi sin ser consciente de ello, había estado esperando a que Zack volviera a su lado.

Conforme el ritmo iba haciéndose más rápido y salvaje, fue como si se alzaran de la tierra para volar hacia el sol y explotar en un gran estallido de euforia. Sus cuerpos vibraron hasta que, lentamente, se deslizaron de vuelta a la realidad y aterrizaron con la ligereza y la suavidad de un suspiro.

Jan permaneció satisfecha en la cama. Zack la arropó y ella se acurrucó contra su pecho. Las palabras «te quiero» se le escaparon en un suspiro.

Él no respondió. ¿La habría oído?

No debería haber dicho nada, se regañó Jan. Era demasiado pronto. Y demasiado tarde, porque, a pesar de lo mucho que había luchado para no entregarle el corazón, al final había terminado haciéndolo.

«Yo también te quiero». Las palabras se formaron en la mente de Zack, pero no llegaron hasta sus labios.

Deseaba quedarse junto a Jan, intercambiando palabras cariñosas, gozando de la maravilla que acababan de vivir. Y sin embargo, si pronunciaba aquella frase, todo cambiaría. No estaba preparado para dar el paso. Y, más importante todavía, Berry tampoco lo estaba.

–Sobre lo que acaba de pasar… –empezó a decir Zack al cabo de un rato.

–Yo no estoy haciendo ninguna suposición –le interrumpió Jan con suavidad.

A Zack le dolió ver un rastro de tristeza en sus ojos.

–Ha sido maravilloso. Por favor, no pienses que…

–No volverá a suceder. Por ahora –la tensión teñía su voz–. Tenemos que sentar un buen ejemplo para las niñas. ¿Es eso lo que quieres decir?

No exactamente, pero no iba descaminada.

–Es mejor tomarse las cosas con calma –¿podrían llegar a convertirse en una familia, los cuatro? ¿Con espacio suficiente como para que Berry pudiera sentirse querida y plenamente aceptada?

–De acuerdo. Improvisaremos –dijo Jan, sentándose y abrazándose las rodillas.

–Eso es. ¿A qué tanta prisa, además? –le acarició el cabello. A la luz de la lámpara, su piel adquiría el brillo dorado de una pintura renacentista–. Eres preciosa.

–Y tú también –le acarició la mejilla. De repente se levantó y empezó a recoger su ropa–. Dormiré en mi habitación. Si las niñas se empeñan, es posible que mi madre tenga que traerlas antes de la hora prevista.

Zack no había pensado en ello.

–Tienes razón –dijo. Y sin embargo habían dejado demasiadas cosas sin hablar–. Jan, deberíamos… –no supo cómo terminar la frase.

–Piensas demasiado –respondió Jan, y abandonó la habitación.

Por lo menos, se marchó sonriendo.

Las niñas volvieron al día siguiente, parloteando sobre algún proyecto que habían ideado para apoyar el albergue de animales.

–¿Podemos ir a casa de Brady? –preguntó Kimmie tan pronto como María se marchó.

–¿Que pasa? –preguntó Jan, sorprendida de que tuvieran tanta prisa por volver a marcharse.

–¡Es un secreto! ¿Podemos, por favor?

–No deberíais ocultar secretos a vuestros padres –le advirtió Zack con suavidad.

–Este tipo de secretos, sí –protestó Kimmie–. No es nada malo.

Era maravilloso que las niñas se hubieran unido tanto.

–No veo qué daño pueda hacer –las apoyó Jan después de mirar a Zack, que asintió aprobador–. Llamaré a la madre de Brady. Si a ella le parece bien, os llevaré yo.

–Sugeriría que fuéramos todos juntos, pero tengo que trabajar –aunque la mayoría de los médicos libraban el viernes después de Acción de Gracias, Zack tenía guardia.

Había tenido razón con lo de anoche, reflexionó Jan mientras preparaba a las niñas. Hacer obvio el cambio que había experimentado su relación en aquel momento podría afectar a la armonía que tanto les había costado conseguir. Pero, aun así, le dolía que Zack no le hubiera dicho que la amaba.

No sabía qué hacer con respecto a lo de encontrar un nuevo lugar donde vivir. Hasta el momento, su búsqueda no había dado ningún fruto.

Aunque no le entusiasmaba dejar un asunto como aquel en el aire, estaba demasiado ocupada para pensar demasiado sobre ello. Coordinar las actividades de las niñas, formalizar los protocolos del banco de óvulos, rematar el folleto para las posibles donantes… todo aquello le estaba llevando más tiempo del esperado. Además, tenía una reunión la semana siguiente con el doctor Forrest para revisar las correcciones del folleto.

Poco después de que terminaran de discutir los cambios sugeridos por los otros miembros de la plantilla, la pediatra volvió a sacar a colación el tema del Centro de Atención Psicológica.

–Eleanor no tiene cabeza para las cuentas y me temo que yo tampoco –dijo Sam, reclinándose en el sillón de su despacho.

Eran las cuatro y media de la tarde. Jan esperaba terminar pronto la entrevista para dedicar una hora a las compras navideñas.

–Podrías considerar la posibilidad de contratar a un asesor.

Miró la foto que tenía Sam sobre el escritorio, en la que aparecían los trillizos Courtney, Connie y Colin. De unos dos años, el trío parecía que iba a salirse de la foto, tanta era su energía. Incluso con una niñera a tiempo completo, Sam y Mark no debían de dar abasto.

Haciendo honor a su mote de «Batalladora Sam», la pediatra lanzó a Jan una mirada firme y decidida.

–Tú eres la mejor experta que conozco.

–Yo no…

La protesta quedó a mitad de frase.

–Ya he localizado algunos grupos de asesoría y apoyo para que podamos analizar las necesidades que ellos no están cubriendo. Eso fue lo que me sugeriste, ¿verdad? Luego pondré a Eleanor a trabajar para que nombre una junta de directores y les convenza de que la comunidad debería apoyarnos.

Jan hizo un nuevo intento por librarse.

–Yo no tengo tiempo. Quizá más adelante…

–Una vez que el centro cierre, lo hará para siempre.

Sam tenía razón. ¿Pero qué diría Zack? Aquel momento, estando tan cerca del final del concurso, era extremadamente inoportuno. En cierto sentido, ella estaría ayudando a su rival.

Esbozó una mueca. ¿En serio estaba pensando en abandonar una causa tan valiosa por miedo a la desaprobación de Zack? Había decidido ser enfermera para ayudar a los demás y había estudiado administración para hacer el mejor uso posible de su capacidad de organización. Eso era lo que Sam le estaba pidiendo, que pusiera su talento al servicio de una buena causa.

–Bueno, veamos lo que podemos hacer antes de que tenga que ir a recoger a mi hija.

–¡Sabía que podría contar contigo! –la doctora Sam transmitía una energía y un entusiasmo que acabaron por contagiar a Jan.

Trabajaron durante más tiempo del esperado, cerca de dos horas. Para cuando terminaron, habían esbozado una declaración de objetivos fundamentales.

–El resto os lo dejo a ti y a Eleanor.

–¡Por supuesto! –la pediatra estiró los hombros–. Has estado fantástica.

–Gracias.

En silencio, Jan se preguntó si los datos y argumentos que habían reunido serían suficientes para conseguir apoyos. En una economía en crisis, el centro se antojaba cada vez más un ejercicio de buenas intenciones. Sin embargo, se negaba a ser negativa.

–Yo sé que tú puedes sacar esto adelante –animó a Eleanor.

–Sobre todo si conseguimos el dinero del premio –contestó ella sonriendo.

–Desde luego –sintiéndose culpable, Jan recogió su maletín y abandonó el despacho.

¿Debería mencionarle a Zack el compromiso que había contraído? Tenía intención de hacerlo, pero no aquella noche. Estaba demasiado cansada.

Tampoco lo hizo la noche siguiente, ni la otra. Cada vez que los dos encontraban algún momento para estar solos, temía romper el buen clima que había entre ellos. Confortarlo, hacerle reír, ganarse una mirada de ternura. Todas esas cosas la hacían feliz. En cuanto a la inminente conclusión del Desafío Esperanza, aquello ya estaba creando suficiente tensión.

Para incrementar el suspense, la administración había dejado de publicitar las clasificaciones de los diferentes competidores. Aquello no impidió que los médicos calcularan sus probabilidades o que la plantilla especulara. Con sus perfeccionadas habilidades como cirujano y su creciente carga de pacientes, la ratio de embarazos de Zack había subido, mientras que se rumoreaba que la reciente decisión del doctor Tartikoff de pasar más tiempo con su familia estaba teniendo el efecto contrario en sus logros. En cuanto al doctor Rayburn, la opinión general, que le llegaba a Jan a través de los inevitables cotilleos de Caroline, era que debería retirarse debido a su cargo como administrador del hospital.

La afición de la secretaria a las murmuraciones constituía una molestia a la vez que, ocasionalmente, una fuente de información.

Pero como Jan no había vuelto a sorprenderla conectándose a Internet durante las horas de trabajo, había evitado reprender a la risueña joven.

–¿Te has enterado de lo último? –le preguntó Caroline el lunes, antes del gran anuncio–. La doctora Forrest estaba a punto de cerrar su centro de atención psicológica… ¡pero ahora ella y una voluntaria, que todavía no sé quién es, han diseñado un plan para salvarlo!

Jan, que acababa de desayunar, sintió que se le revolvía el estómago. Estaba contenta, pero también nerviosa y preocupada, aunque no había hecho nada malo.

–Espero que tengan suerte.

–Seguro que el doctor Sargent no se va a alegrar.

Carolina clavó la mirada en Jan, pendiente de su reacción. La secretaria había estado a la caza de cualquier detalle sobre su nueva situación, haciendo sutiles referencias que Jan siempre había ignorado.

–Tanto él como la doctora Forrest se preocupan por el bien de la comunidad –repuso Jan–. Lo que pasa es que están concentrados en proyectos diferentes.

–Supongo que tú lo sabrás mejor que nadie –al no recibir respuesta, Caroline continuó–: ¿No habías dicho que pensabas mudarte después de Acción de Gracias?

Jan no le había mencionado aquel dato a la secretaria, pero la joven bien podía haberlo escuchado en alguna de sus conversaciones con Melissa o con Karen.

–Todavía no he encontrado nada que me guste.

–Buscas alguno que admita mascotas, ¿verdad? –de repente la secretaria dio un salto en su silla–. ¡Tengo una solución! Hay una casa al final de nuestra calle. Los inquilinos se mudaron hace unos pocos días y tenían un par de perros. Mi madre dice que los dueños todavía no han colgado el anuncio porque la dejaron hecha un desastre.

–Pero si no está disponible…

–Los dueños viven en la casa contigua a la nuestra –la secretaria vivía con sus padres–. Apuesto a que estarían encantados de enseñártela. Quiero decir, así se ahorrarían el coste de la

publicidad, ¿verdad? Y nosotros podríamos responder por ti.

–¿Alguna idea de cuánto podría costar el alquiler?

–No, lo siento.

Si se lo hubiera propuesto cualquier otra persona, Jan le habría dado largas. Pero Zack y ella se habían ceñido siempre a la historia de que, tras la inesperada pérdida de su apartamento,

Zack le había ofrecido que se mudara a su casa provisionalmente por el bien de Kimmie. Habían evitado llegar juntos al trabajo o mostrar cualquier indicio de que tuvieran una relación de pareja.

Inventar excusas para no ver aquella casa sería como alimentar la máquina de fabricar rumores de Caroline. Además, teniendo en cuenta el estado en el que había quedado la casa, a lo mejor los propietarios habían cambiado de idea sobre su política de permitir mascotas. Y el alquiler podría ser demasiado alto.

–No me importaría echarle un vistazo –dijo Jan–. ¿Tienes el número de los dueños?

–Te lo enviaré en un mensaje de texto ahora mismo –

Caroline sacó el teléfono y tecleó el número.

–Gracias –Jan se retiró a su despacho. ¿Qué daño podría hacerle ver aquella casa?

«Podría hacerme mucho daño si Caroline informa de cada movimiento que hago». Se preguntó entonces si no debería trasladar a la secretaria a otra oficina. Su morbosa curiosidad era tan impropia en aquel puesto como molesta.

Bajando la mirada, Jan leyó el mensaje de texto. Acto seguido, y a su pesar, llamó al casero.

Capítulo 17

El jueves, víspera del anuncio del ganador del Desafío Esperanza, Zack se esforzó todo lo que pudo para que la expectación que sentía no afectara a su humor. El descubrimiento de que algunos miembros de la plantilla estaban haciendo apuestas no le ayudó, como tampoco enterarse de que en algunos blogs se estaban discutiendo los pros y contras de su proyecto frente al de Samantha.

La pediatra poseía una especial habilidad para atraer el interés público. Un comentario en su cuenta de facebook sobre el plan de viabilidad económica que estaba elaborando con Eleanor Wycliff se había convertido en tema para el periódico local. ¿Vivirá o morirá el Centro de Atención Psicológica?, rezaba el titular. Un plan de viabilidad. La doctora Sam debería haber pensado en ello tiempo atrás. ¿Por qué había tenido que sacarlo justo en aquel momento?

Por lo general, si se retrasaba al volver del trabajo, era Jan quien se encargaba de recoger a Berry en casa de la niñera. Pero aquel día ella le había dicho que tenía que hacer algunos recados antes de ir a buscar a Kimmie. Eran casi las siete cuando llegaron ambos a casa, cada uno con una niña.

Después de la cena, respiró aliviado cuando las niñas se fueron a dormir y pudo retirarse a la sala de estar para ponerse al día con las revistas médicas.

Cuando Jan se sentó a su lado en el sofá, Zack advirtió que parecía cansada. Ella también debía de haber tenido un día duro. Luego detectó un ligero olor a… ¿perro? No le extrañó que Gorila le hubiera bufado antes.

–¿Tienes un momento? –le preguntó Jan–. Me gustaría enseñarte algo.

–Claro –dejó a un lado su tableta–. ¿Qué pasa?

Jan le acercó su teléfono y empezó a pasar una serie de imágenes de una pequeña casa estilo rancho.

–Hoy me he retrasado porque he ido a ver esta casa en alquiler. El propietario admite mascotas y el precio es razonable. Está solo a un kilómetro y medio de aquí.

–¿Piensas mudarte? –creía que habían acordado dejarse llevar por lo que fuera pasando.

Jan bajó su teléfono.

–Caroline me sugirió la casa porque conoce a los propietarios. No podía negarme a echarle un vistazo.

–Y ahora no se te ocurre ninguna buena razón para rechazarla, ¿verdad? –comentó Zack sarcástico.

–¡Por eso te la estoy enseñando! –ella también se enfadó–. Si Kimmie y yo tenemos que trasladarnos, preferiría estar instalada antes de Navidad, y esta casa reúne todos los requisitos que buscaba. O los reunirá cuando esté bien limpia. Una vez que se publique el anuncio, no creo que dure más que unos pocos días sin inquilino, así que tengo que tomar una decisión rápida.

–¿Cómo de rápida? –gruñó él.

–Para el domingo.

–Paraliza todas las gestiones hasta el fin de semana. ¿Podrás hacerlo? –dijo tras meditarlo un momento.

Jan bajó la mirada a la foto del móvil.

–De acuerdo. ¿Huelo a perro?

–Un poco.

–La casa apestaba a perro –apagó el teléfono.

Picado por la curiosidad, Zack le preguntó:

–¿Cuándo te enteraste de que se alquilaba?

–El lunes –al ver su expresión de sorpresa, añadió–: No quise decirte nada con las niñas delante. Preferí guardar silencio y luego se me olvidó decírtelo.

Zack se dijo que no tenía sentido enfadarse por algo de tan poca importancia.

–Está bien. Pero Jan, no más sorpresas, por favor.

–Te lo prometo –apoyó la cabeza en su hombro–. Por cierto, las niñas no tienen colegio mañana. Es uno de esos días de asuntos propios que tienen los profesores. Kate se ha ofrecido a quedarse con ellas.

–Es muy amable –dijo Zack–. Deberíamos devolverle el favor.

–Buena idea. A Tony y ella les encantaría tener una noche libre, seguro.

Mientras Jan se acurrucaba contra él, a Zack se le ocurrió que, hasta que ella se mudara, tendría que aprenderse bien el calendario escolar de las niñas. Había terminado dependiendo de Jan más de lo que se había imaginado.

Funcionaban bien juntos. La idea de que se mudara no le gustaba nada. Nada en absoluto.

La reunión de la plantilla se fijó para el mediodía del viernes. La prensa y aquellos que no pudieran asistir podrían seguir su desarrollo a través de la página web del hospital.

Aquella mañana, en su despacho, Jan se había puesto a revisar las últimas normas jurídicas que afectaban a su programa, pero su mente había vuelto una y otra vez a la conversación de la noche anterior. Zack parecía descontento ante la idea de su marcha. Después de aquello, habían seguido leyendo juntos en medio de un cómodo silencio. Pero él no le había pedido que se quedara. Quizá había llegado el momento de que tuvieran una conversación a fondo.

«Hace mucho tiempo que deberíamos haberla tenido», se recordó. Le desagradaba sacar temas delicados, pero evitarlos no haría que desaparecieran.

También necesitaba hablar con él de las niñas, que cada día se mostraban más herméticas. Aquella mañana Jan había querido llevarlas a casa de Kate, para preguntarle a la madre de Brady si sabía lo que estaban planeando. Pero al final Zack se había ofrecido a hacer de chófer, para alegría de Berry y de Kimmie. Incapaz de hablar francamente delante de ellas, Jan le había sugerido que se quedara a charlar un rato con Kate, esperando que comprendiera la indirecta.

Salió de su despacho a las doce menos cuarto. Caroline había llamado diciendo que estaba enferma, mientras que Cole, Melissa y Karen habían salido ya para el auditorio. Cuando se abrió la puerta y vio a Zack, se alegró al pensar que no estaba dispuesto a sentarse a su lado en público. Hasta que vio su ceño fruncido.

–¿Qué te pasa?

Zack miró a su alrededor antes de contestar, cortante:

–Creía que habíamos acordado que no habría más sorpresas.

Jan se esforzó por entender lo que quería decir. Por lo que sabía, la mañana había ido bien.

–¿A qué te refieres?

–Cuando dejé a las niñas, Kate me comentó el generoso detalle que habías tenido con la doctora Forrest al ayudarla a salvar el programa –Zack esbozó un gesto de frustración–. Fuiste tú la que le propusiste el plan de viabilidad económica. Y, por lo que he oído, prácticamente lo elaboraste tú sola.

–¡Eso no es cierto! –bueno, no del todo–. Sam me estaba ayudando con el folleto para las donantes y salió el tema del centro. Yo tengo formación en administración de empresas. No podía negarme a ayudarla solo porque a ti no te convenga.

–¿Y no se te ha ocurrido mencionármelo? –su voz estaba teñida de furia.

–Yo solo… –se interrumpió. ¿Por qué se ponía tan a la defensiva?–. Es un proyecto que merece la pena, aunque compita con el tuyo.

–Cada vez que empiezo a relajarme y siento que puedo confiar en ti, termino recibiendo un golpe inesperado.

Jan recordaba demasiado bien aquel tono acusador.

–¡No todo en el mundo gira alrededor de ti! –le espetó.

–Entiendo –con los brazos cruzados, se quedó mirándola con gesto severo.

¿Estaría esperando que le pidiera disculpas?

Pues no iba a hacerlo. Porque no lamentaba haber ayudado a la doctora Sam.

–¿No es hora de que salgamos para la reunión?

–Sí, pero… –Zack sacudió la cabeza–. Nora Franco, que da la casualidad de que es cuñada de Kate, acaba de preguntarme si es cierto que estás apoyando el Centro de Atención Psicológica en vez de mi programa de becas. Has conseguido que me avergüence y me sienta como un imbécil delante de mis colegas.

–¡Eso no es justo!

–No desde tu perspectiva, obviamente. Oh, ¿qué sentido tiene seguir hablando? –dio media vuelta y se marchó.

Jan reprimió las ganas de seguirlo. Darían más motivos a la especulación si les veían discutiendo. Además, necesitaba ordenar sus pensamientos.

Entendía lo mucho que significaba su proyecto para Zack, y también que percibiera como un acto de deslealtad la ayuda que había proporcionado a su competidora. ¿Pero no era así como sería siempre su relación? Con Zack echándole automáticamente la culpa de todo, y ella cuestionando sus propios valores e incluso reprimiéndose por miedo a provocarle.

Con el corazón desgarrado, se dirigió apresuradamente al auditorio.

Mientras tomaba asiento en el auditorio casi lleno, Zack supuso que debería haber pospuesto el enfrentamiento con Jan para cuando tuvieran más tiempo para hablar. Pero ya no tenía remedio. Al parecer, él había sido uno de los últimos en llegar a aquella trascendental reunión.

Sus colegas de la plantilla médico-administrativa ocupaban los asientos en pendiente de la sala forrada de paneles de madera. En el escenario se encontraba el doctor T. flanqueado por Mark Rayburn y Chandra Yashimoto, vicepresidenta de la corporación, con su lisa melena negra y un traje azul lavanda. En el suelo descansaba el elegante maletín que, presumiblemente, contenía el simbólico cheque por valor de cien mil dólares.

Zack cerró los puños. Detestaba pensar que tal suma de dinero pudiera desperdiciarse en un programa que probablemente no iba a sobrevivir, por muchas previsiones optimistas que hubieran diseñado Jan y Samantha. Mientras tanto, él había tenido dos pacientes que no habían podido recibir tratamientos de fertilidad porque no se los cubría el seguro.

El rumor de voces se apagó y Mark se acercó al atril. El administrador exudaba un carisma y una capacidad de liderazgo que Zack no podía menos que admirar y desear emular. Pese a los tres años que llevaba en Safe Harbor, allí seguía sintiéndose como un recién llegado.

–Bienvenido a la gran final de Desafío Esperanza.

El doctor Rayburn pasó a describir la naturaleza de la competición, el premio y el significativo aumento de las ratios de embarazos alcanzadas durante los nueve últimos meses.

Zack suponía que aquel dato, bien conocido por la plantilla, resultaba fundamental para la publicidad en prensa e Internet.

–Y ahora va mi primer anuncio –prosiguió Mark–. Un par de proyectos han contado con fuertes y cerrados apoyos. Creo que es mejor para todo el mundo que yo me mantenga neutral. En consecuencia, me retiro ahora mismo de la competición y cedo la palabra al director de nuestro programa de fertilidad, el doctor Owen Tartikoff.

Zack soltó un discreto suspiro de alivio. La retirada de uno de los principales rivales no garantizaba nada, pero nunca estaba de más.

El director se levantó entonces, estrechó la mano de Mark y se acercó al atril.

–Es un gran placer estar aquí. ¡Qué maravilla tener tanto público! ¿Qué tal está todo el mundo?

–¡Al grano! –exigió una voz masculina entre el público.

El doctor Rod Vintner era uno de los pocos miembros de la plantilla que se atrevía a lanzar alguna pulla ocasional a su superior. Por otro lado, como anestesista que era, no se jugaba nada con el resultado de aquel concurso.

–Está bien –respondió el director de buen humor–. Bien, como todos sabréis, yo he encabezado la clasificación durante la mayor parte del tiempo, pero últimamente la diferencia se ha ido estrechando. Además, mi crítico más feroz, que no es otro que mi esposa, Bailey, ha tenido a bien informarme de que estoy siendo injusto. En primer lugar, mi consulta está limitada a las pacientes de fertilidad, al contrario que la mayoría de las vuestras. En segundo lugar, aunque estuvo bajo mi supervisión, el doctor Zack Sargent realizó algunas de las operaciones que llevaron a embarazos que después se han computado como míos. De modo que, al igual que Mark, me retiro del concurso.

Un murmullo se alzó en la multitud. Zack tragó saliva. ¿Había ganado él, al final? En la fila de delante, Paige y Nora se volvieron para hacerle la señal de la victoria.

–Y como hemos establecido el principio de que algunas concepciones pueden ser atribuidas a más de un médico, eso hace que Zack avance unos cuantos puestos. Y ahora, para no extenderme más… –el doctor T. hizo una pausa dramática–. El ganador del Desafío Esperanza es… ¡el doctor Cole Rattigan!

Unos aplausos aislados saludaron aquel anuncio, junto con algunos murmullos de asombro. Nadie sabía qué proyecto benéfico decidiría favorecer el nuevo director del programa de fertilidad masculino. En cuanto a Zack, tardó todavía algunos segundos en asimilar que, a pesar de todo, había perdido el concurso.

El urólogo parecía ligeramente aturdido mientras se acercaba al atril en medio de algunos tardíos aplausos. Muy probablemente había considerado aquel concurso como un simple juego.

Pero podría decidir apoyar el programa de becas. Eso era lo que realmente importaba.

–¡Caramba! –después de estrechar la mano del doctor T., Cole se dirigió al auditorio–: Es un verdadero honor…

–¡Al grano! –volvió a interrumpir Rod, desde la última fila–. ¿Quién se lleva la pasta?

La frase fue acogida con risas nerviosas.

–Hay varias propuestas que merecen la pena –dijo Cole–. Pero aunque el doctor Rayburn se ha retirado, él iba por delante de mí en la clasificación. Así que voy a favorecer el programa de su esposa.

Zack quedó sumido en un perplejo silencio, al igual que la mayoría de la plantilla. El proyecto de becas había perdido. Aunque Zack estaba decidido a buscar otros medios de financiación, sin una inyección de dinero inicial era más que probable que el camino fuera largo y duro.

–¡Un momento! –en la fila de detrás de Zack, Samantha Forrest se levantó. Alta y enérgica, su voz resonó en toda la sala–. Yo también tengo algo que anunciar.

Zack esperaba que no fuera a presumir de su proyecto una vez había ganado. Y no porque estuviera resentido con ella.

Simplemente, deseaba que ambos proyectos prosperaran.

–Si hubiera sospechado lo emocionante que es trabajar en Safe Harbor, me habría incorporado antes a la plantilla –bromeó Cole–.

¿Le importaría subir aquí?

–No hace falta –respondió Sam–. ¿Me oye todo el mundo?

–¿Qué? –Rod se llevó una mano a la oreja, burlón.

–Todos te oímos bien –le aseguró Mark desde el estrado.

–Está bien –Sam se aclaró la garganta–. Con la enorme ayuda de Jan García y Eleanor Wycliff, elaboré un plan de viabilidad económica para mi proyecto. El objetivo era asentar el centro sobre bases más firmes con una donación y el concurso de una directora profesional. Pero, una vez hice cuentas, tuve que admitir que cien mil dólares serían como una gota en el mar.

–Podrías recaudar más dinero en la comunidad –le recordó la educadora infantil Tina Torres, sentada a su lado.

–Me temo que esa es una suposición demasiado optimista. Eleanor hizo unas cuantas llamadas y, francamente, la respuesta fue decepcionante –Sam soltó un profundo suspiro–. Al mismo tiempo, he llegado a la conclusión de que el programa de becas que ha propuesto Zack para las pacientes de fertilidad no solo sería autosuficiente, sino que tendría capacidad para desarrollarse, mientras que el centro de ayuda no sería viable a largo plazo.

–¿Acabas de llegar a esa conclusión? –preguntó Rod.

–Lo habría anunciado antes, pero Mark me aconsejó que esperara –replicó Sam–. Un poco de dramatismo nunca viene mal. En cualquier caso, dado que cerraremos nuestra actual sede a principios de año, pretendo cerrar el centro este mismo mes. Me gustaría dar las gracias a todos aquellos que nos han ayudado.

Aquella declaración fue saludada por toda una serie de comentarios de apoyo. A Zack se le cerró el estómago. Había ganado, sí, pero él habría preferido que su victoria hubiera sido de otra forma.

Por el rabillo del ojo, vio a Jan rodeada de sus asistentes. Irónicamente, su sugerencia había contribuido a que Samantha pusiera los pies en la tierra.

O quizá no tan irónicamente. Se arrepintió de haber desahogado su frustración con Jan.

Sam volvió a sentarse junto a la directora de publicidad del hospital, Jennifer Sierra Martin. Aunque el centro se había fundado en homenaje al hijo de Jennifer, que había fallecido años atrás, la

mujer parecía haberse tomado bien la noticia. Indudablemente, Sam la habría advertido con antelación.

–Bueno… –Cole se aclaró la garganta, volviendo a concentrar la atención del público.

A Zack le dolían los dientes de tanto apretarlos. Pese a la retirada de Sam, Cole todavía podía escoger el proyecto benéfico que se le antojara. Y había muchos.

Pero el doctor T. había vuelto a levantarse.

–Esto me recuerda… –le encantaba complicar las cosas–. Hay otro proyecto benéfico cuyos defensores me han pedido que comente…

–Tienes que estar de broma –Zack no fue consciente de que había hablado en voz alta hasta que todos los rostros se volvieron hacia él.

Las mejillas le ardían de vergüenza.

–Estoy seguro de que el doctor Sargent no pondrá objeción alguna cuando vea de qué se trata –Owen señaló la última fila de asientos del auditorio, donde su esposa acababa de aparecer. Bailey sonreía de oreja a oreja–. ¿Por qué no se lo enseñas tú?

Perplejo, Zack estiró el cuello cuando se abrieron las puertas. Oyó comentarios del tipo «¡qué guapas!» y «¡mira!» antes de ver la procesión que avanzaba por el pasillo.

¿Qué estaba haciendo allí Kimmie, sosteniendo su osito de peluche en lo alto? ¿Y Berry, haciendo lo mismo con su león e imitando rugidos? A su alrededor se arremolinaba un grupo de niños: Anna, la hija de Tina Torres, Cindy, la mejor amiga de Berry; Fiona Denny, Brady Franco y una niña pequeñita que debía de ser su hermana menor, junto con otros niños a los que Zack no reconoció. Cada uno cargaba con un animal de peluche mientras, detrás de ellos, la mujer de Alec Denny, Patty, tiraba de un carro de plástico lleno de muñecos de peluche. Kate Franco dirigía el grupo, vigilando de cerca a los más pequeños, mientras Bailey cerraba la comitiva con sus gemelos de once meses en un cochecito.

El ánimo de Zack cayó en picado. Aquel era el proyecto de recaudación de fondos con el que las niñas habían estado tan entusiasmadas. Jamás habría imaginado que el albergue de animales aseguraría algún día su futuro a costa de sus pacientes.

Capítulo 18

Jan iba registrando por el rabillo del ojo los cambios de expresión de Zack. Los últimos minutos habían sido duros para él. Y en ese momento, justo cuando el triunfo parecía al alcance de la mano, se enfrentaba a una cruzada de niños.

Aunque entendía lo mucho que el albergue de animales significaba para los niños, Zack nunca había tenido mascotas. Por fuerza tenía que resentirse de que el bienestar de los animales se antepusiera al de las personas. Kimmie había subido al estrado con Brady como portavoz del grupo. Su rostro resplandecía de emoción. Verse rechazada por su recién descubierto padre podría abrir un duradero abismo entre ellos. Afortunadamente, la elección no era suya.

El ganador, el doctor Rattigan, parecía divertido con la situación. Incluso la severa Chandra Yashimoto esbozó una sonrisa.

–¡Salven a las mascotas! –gritó Kimmie alzando a Travieso, su oso de peluche–. El albergue de animales Aloha Lane… – empezó.

–Oahu Lane –la corrigió Brady a su lado.

–El albergue de animales Oahu Lane necesita arreglar las cañerías y las otras cosas…

–Y construir más perreras –Brady alzó su dinosaurio verde por encima de su cabeza–. ¡Salven los animales!

Los demás niños corearon su grito. La multitud estalló en vítores y aplausos.

–Me encuentro en una situación de desventaja –dijo el doctor Rattigan por el micrófono–. Yo no tengo ni hijos ni mascotas. Pero tengo pacientes.

Brady se bajó del estrado, decepcionado. Pero Kimmie se quedó mirando fijamente al médico como si pudiera imponerse a pura fuerza de voluntad.

–Detestaría, sin embargo, convertirme en el hombre más impopular de Safe Harbor –continuó el urólogo–. De manera que voy a entregar esta patata caliente al hombre que se merece este honor mucho más que yo. ¡Zack Sargent, sube aquí, por favor!

Jan contuvo el aliento. ¿Entendía Cole que le estaba haciendo enfrentarse a su propia hija? Por muy sólido que fuera, el vínculo de Kimmie con su padre era todavía demasiado reciente.

Jan advirtió la rigidez de la postura de Zack cuando subió al escenario. Aquello debía de ser duro, verse de pronto convertido en el centro de atención delante de todos sus colegas. Por no hablar de la prensa y la publicidad en Internet.

Después de estrecharle la mano, Cole se retiró apresurado.

Zack lanzó a Kimmie y a Brady una tensa sonrisa antes de volverse hacia el público.

–Yo no sabía que estaban planeando esto –empezó.

Nadie rechistó, ni siquiera Rod Vintner, advirtió Jan. Kimmie apretaba a Travieso contra su pecho.

–Yo nunca tuve mascotas y hasta hace poco tiempo no admití a ninguna en casa –dijo Zack–. Mis hijas y un par de gatos, sin embargo, han conseguido que haga grandes avances.

–Manchita es una gatita pequeñita –matizó Kimmie.

Aunque solo estaba a unos pasos de su padre, se mantenía junto a Brady. Casi como para protegerlo.

–Eso, un gato y una gatita –concedió Zack–. Como resultado de su influencia, visité el albergue de Oahu Lane. Admiro el trabajo que hacen con los animales. Sería una lástima que tuvieran que cerrar.

En el escenario, el doctor T. y el doctor Rayburn le miraban pensativos. Chandra Yashimoto miraba hacia el frente, como ajena a la situación. Una postura inteligente, en opinión de Jan.

–Dado que se me exige que exhiba la sabiduría de Salomón, voy a seguir su ejemplo y a dividir el dinero –dijo Zack–. Pero no por la mitad. Me gustaría asignar veinte mil dólares para reparar los sistemas de calefacción y fontanería del albergue de animales, y ochenta mil dólares como capital de partida para un programa de becas que permita aligerar los gastos de los pacientes de fertilidad.

Jan respiró aliviada, como si se hubiera librado de un gran peso. ¿Cómo podía alguien estar en desacuerdo con algo así? Pero no había tenido en cuenta la terquedad de su hija. Kimmie consiguió hacer oír su voz chillona por encima de los aplausos.

–¡No es justo! La gente puede ganarse su propio dinero, pero los

animales no. Deberías darles todo el dinero.

Brady le dio un codazo. Ella lo ignoró. Jan vio que Bailey y Patty fruncían el ceño. Kate lanzó una mirada de disculpa a Jan. Aparentemente a ninguna de ellas se le había ocurrido que pudieran terminar provocando un enfrentamiento público de graves consecuencias.

En el escenario, padre e hija parecían un boceto de contrastes. Pequeña, morena y rebelde, Kimmie se encaraba con su padre alto, rubio y con desaprobadora mirada. Los ojos de ambos relampagueaban con idéntica intensidad.

Jan conocía lo suficientemente bien a Zack como para interpretar su reacción. Se había mostrado justo y razonable, mientras que Kimmie era demasiado exigente. Además, su hija no debería estar desafiándolo delante de los demás.

«Por favor, no la riñas». Por mucho que Jan deseara correr al estrado y llevarse a Kimmie, sabía que con ello solo conseguiría aumentar la incomodidad de la situación. Así que cerró la boca y esperó.

Justo cuando Zack había empezado a ganarse el respeto de sus colaboradores, su hija de siete años le estaba haciendo quedar como un imbécil. Sus instintos lo urgían a poner fin a aquello inmediatamente.

Por su mente desfilaron los comentarios que le habían dirigido sus colegas o que habían hecho sobre él. El doctor Rayburn le había animado a desarrollar su sentido del humor. Y había oído a Paige, cuando todavía era soltera, decirle a Nora que, aunque podían ser amigos, era demasiado serio para su gusto.

Al fondo del auditorio, Rod Vintner puso los ojos en blanco. Intentando adivinar por qué, Zack recordó que una vez, durante una acalorada discusión, su colega le había recomendado que se relajara un poco. «Mírate a ti mismo como te miran los demás», se dijo.

No era Kimmie la que podía hacer quedar a su padre como un imbécil. Era él el que podía hacerlo si exageraba su reacción. Pensó con ironía que Berry habría aceptado su compromiso con un sentido «¡gracias, papi!». Pero Kimmie no era Berry.

Kimmie era tan terca como él y la manera de lidiar con una

persona terca, y él debería saberlo mejor que nadie, era utilizar la razón, y no la fuerza.

–Tú no puedes hablar por el grupo entero –le dijo–. ¿Por qué no hablas con tus amigos?

Un parpadeo de incertidumbre quebró la resistencia de Kimmie. Como si hubiera estado esperando aquella oportunidad, Brady dijo:

–Es verdad.

–De acuerdo.

Kimmie bajó del estrado seguida de Brady. Los niños se congregaron al pie del escenario, susurrando con tono urgente. Con una sonrisa, Patty sacó un par de peluches del cochecito y juntó sus cabecitas, como si ellos también estuvieran discutiendo.

–Mientras los niños deliberan, quisiera dedicar unos minutos a explicar por qué este programa de becas es importante –Zack había preparado una declaración por si resultaba ganador–. Aquí, en Safe Harbor, no nos preocupan las estadísticas. Nos preocupan los individuos y sus familias.

Mientras los niños continuaban discutiendo en susurros, Zack citó los avances más recientes en cirugía y embriología, así como el inminente lanzamiento del programa de donación de óvulos. Cuando señaló que el precio de un tratamiento podía ascender a varios miles de dólares, muchos de sus colegas asintieron.

Al pie del escenario, la asamblea infantil empezó a disolverse. Con expresión determinada, Kimmie subió para situarse al lado de su padre. «Por favor, que no exija la cantidad entera», rezó Zack para sus adentros, temiendo su propia reacción.

–¿Cuál es vuestra decisión? –le preguntó.

Kimmie se puso de puntillas y él le bajó el micrófono.

–El albergue se queda con veinticinco mil. Veinte para la fontanería y cinco para otras cosas.

–Hecho –respondió Zack, y le tendió solemnemente la mano. Cuando ella se la estrechó, el auditorio estalló en vítores.

Kimmie sonrió.

–Gracias, papi.

Mientras levantaba a su hija y la estrechaba en sus brazos, Zack se sintió como si hubiera ganado un centenar de concursos.

Jan se sintió orgullosa de ambos. Y de Berry, que junto con los demás niños había subido al escenario para sumarse a las felicitaciones.

La euforia solo remitió cuando Chandra Yashimoto se levantó para acercarse al micrófono. Aunque considerablemente más baja que Zack, tenía una imponente presencia. Alzó una tarjeta.

–Doctor Sargent, es para mí un honor entregarle esta copia del cheque ganador en nombre de la corporación del centro médico. Remitiremos veinticinco mil dólares al albergue de Oahu Lane y el resto al programa de becas una vez esté abierta la cuenta bancaria.

–Gracias, señora Yashimoto –contestó Zack, radiante, mientras aceptaba la imagen ampliada del cheque.

–Además… –de su maletín sacó una segunda tarjeta–, el programa de becas de fertilidad nos parece una idea tan buena que vamos a contribuir con cien mil dólares más en concepto de subvención. Esperemos que eso anime al público y a los donantes privados a apoyar este maravilloso proyecto.

Zack asintió agradecido, incapaz de hablar. Jan no podía alegrarse más por él. Por el inesperado voto de confianza que había recibido.

El doctor Rayburn se acercó entonces al micrófono para dar las gracias a la corporación y asegurar a todo el mundo que no tardarían en ofrecer más información en la web del hospital.

–Esperamos empezar a recibir solicitudes de pacientes para el verano que viene –dijo.

Zack había ganado. Todo el mundo había ganado. «Bueno, no todos», se recordó Jan.

Una vez acabado el acto, fue a felicitar a Zack y a las niñas. No dio mayor importancia a las disculpas de las madres responsables de la sorpresa.

–Jamás se me pasó por la cabeza que pudiera tener un efecto negativo… –admitió Kate.

–Sí. Somos unas irresponsables –intervino Patty–. Me alegro de que al final todo haya salido bien.

–Y yo.

Sabiendo a Zack rodeado de compañeros que acudían a felicitarlo, Jan se disculpó y abandonó el auditorio para retirarse a su despacho.

Después de lo que acababa de suceder, le quería más que nunca. Pero no quería vivir de crisis en crisis. Aunque que la ayuda que había prestado a la doctora Forrest no había torpedeado los planes de Zack, ¿qué habría pasado si el Centro de Ayuda Psicológica hubiera sobrevivido o la corporación no hubiera donado aquellos fondos adicionales? Incluso en aquel caso, ella habría hecho lo correcto al ayudar a Sam.

Afortunadamente, no tenía que preocuparse por la relación de Zack con Kimmie. Al margen de que vivieran en la misma casa o no, ambos encontrarían la manera de consolidar su relación.

Al entrar en la oficina, a Jan la sorprendió ver a Caroline sentada ante su escritorio y tecleando concentrada en el ordenador.

–Creía que estabas enferma.

La secretaria la miró con ojos enrojecidos.

–Le prometí al doctor Rattigan que le entregaría unos informes esta semana. No quiero fallarle.

Jack nunca había visto tan baja de ánimo a la joven. Sentándose junto a su mesa, le preguntó:

–¿Qué ocurre?

Caroline mantenía la mirada fija en el teclado.

–Mis padres tuvieron una fuerte discusión anoche y mi padre se ha marchado de casa.

–Lo siento –aunque no quería pecar de curiosa, preguntó–: ¿Cómo se encuentra tu madre?

–Estuvo llorando toda la noche. Yo estoy intentando convencerles de que vayan al psicólogo –Caroline suspiró profundamente–. Si mis amigas me ven así, me sonsacarán toda la historia. Es demasiado personal. Quizá más adelante pueda hablar de ello, pero…

–Pero tener a un montón de gente curioseando en tu vida personal es todavía peor –terminó Jan.

–Ajá –la secretaria chasqueó la lengua, como disgustada consigo misma–. ¿Es así como te sientes tú por culpa de mis… cotilleos? No

te molestes en contestar. Es obvio.

Aunque se trataba de una lección que la joven merecía, Jan no obtuvo placer alguno de ello.

–Lamento que estés pasando por todo esto.

–Puede que te conviertas en mi vecina –dijo Caroline–.

Conocerás a todos los vecinos.

–De mi boca no saldrá una palabra –le prometió Jan.

–Estoy segura de que los gritos se oyeron en toda la calle –Caroline parecía hipersensibilizada con los efectos de los cotilleos–. Puede que te hagan preguntas.

–Seguro que tienen cosas mejores que hacer que meter las narices en los asuntos de tu familia –replicó Jan–. Si no es así, les animaré a que se presenten como voluntarios para trabajar en el albergue de animales. Así aprovecharán bien el tiempo.

Caroline logró esbozar una débil sonrisa.

–Quizá me apunte yo misma. Por cierto, ¿qué ha pasado con el concurso? ¿O eso también es cotillear? –En absoluto. Es información pública.

Jan le relató los acontecimientos de la última hora. Y Caroline continuó tecleando, ya de mejor humor.

No vio a Zack durante el resto del día. Sabía que tenía consultas, y se alegró de estar ocupada con sus propias tareas. Seguro que durante la cena celebrarían su victoria. Pero, aunque detestaba aguarle la fiesta, aquella noche tenía que explicarle por qué Kimmie y ella debían abandonar su casa.

–No lo entiendo.

Durante toda la tarde, Zack había estado de un humor excelente. La victoria había llegado con un regalo inesperado, el respeto y la aprobación creciente de sus colegas había acabado por fin con la sensación de ser un intruso, un extraño. Un par de enfermeras le hicieron la señal de la victoria en el pasillo. La doctora Sam le había asegurado que estaba encantada. En cuanto a Cole Rattigan, le había enviado un correo electrónico de agradecimiento por haberle librado del apuro, añadiendo:

Por cierto, Jack, no volveré a confundir tu nombre.

Después de la cena había acompañado a las niñas a casa de Ilsa Ivy, que había llorado de alegría al recibir la noticia. Zack había elogiado a las dos niñas por igual y se había alegrado de verlas reír y bromear durante el camino de vuelta. Las había dejado en la habitación, viendo un vídeo. Y después Jan le había llevado al salón para soltarle la bomba.

–¿Es porque te hablé mal? –Zack no podía creer que pretendiera marcharse después de todos los avances que habían hecho durante los últimos meses, entre ellos y con las niñas. Necesitaba tener a su familia alrededor–. Ya me he disculpado, pero lo haré de nuevo. Sé que a veces soy injusto. Aun así, estoy aprendiendo a no serlo…

–Ya lo veo –a Jan le temblaba el labio.

–Démonos al menos unos pocos meses más –seguramente, al final cambiaría de idea.

Jan negó con la cabeza. La oscura melena le cayó sobre el rostro como una cascada.

–Debería haberte contado lo de la doctora Sam, pero el caso es que desde que estoy contigo, he empezado a dudar de mí misma. Tengo la sensación de estar censurándome a mí misma, y eso no está bien.

–Yo estoy dispuesto a dudar de mí mismo. Forma parte de mi proceso de aprendizaje –Zack no estaba dispuesto a rendirse sin pelear.

–Y yo estoy dispuesta a reconocer mis errores –repuso Jan–. Pero, Zack, tú eres más contundente, más rígido de lo que crees. Quizá arrastres algunos problemas del pasado… Yo no pienso psicoanalizarte, desde luego. Pero a tu lado me vuelvo insegura, como hace años. Me descubro dispuesta a ceder incluso cuando sé que tengo razón. Mientras siga viviendo aquí, no podré confiar en mí misma.

Zack cambió entonces de táctica.

–Hoy Kimmie me ha llamado «papi». Berry y ella se relacionan cada vez más como hermanas.

–Viviremos solamente a un kilómetro de aquí –Jan se retorcía las manos sobre el regazo. Había escogido un sillón frente a Zack en lugar de sentarse a su lado–. Kimmie puede quedarse a dormir aquí, y Berry puede dormir en mi casa cuando tengas guardias.

Zack pensó que necesitaba un argumento más persuasivo.

Al no encontrar ninguno, estalló.

–¡Esto es una locura!

–¿Una locura, dices? –repitió Jan.

Acusarla de estar comportándose de forma irracional no iba a ayudarle.

–Nosotros formamos una familia. Yo no espero que seas perfecta. Ni quiero que tú lo esperes de mí.

–Por supuesto que no –se levantó–. Yo te quiero. Y siento no poder vivir contigo –miró el reloj y añadió–: Será mejor que vaya a buscar a Kimmie. Ya se lo contaremos mañana a las niñas.

Si le quería, ¿cómo podía marcharse? Lo irónico de la situación resultaba irritante. Zack tuvo que hacer un esfuerzo para dominarse. Con Jan, había aprendido a pensar bien las cosas antes de echarle nada en cara. Por lo menos eso ya era algo.

Jan subió las escaleras sola. Se turnaban por las noches para leerles cuentos, para que cada uno pudiera consolidar su vínculo con ambas niñas. Pero su separación iba a destrozar aquella costumbre junto con otras muchas más.

Nervioso, Zack salió al pasillo. Desde allí podía oír las voces de las niñas mientras se ponían el pijama y se cepillaban los dientes. Y reconoció de pronto la voz de Berry diciendo:

–De acuerdo, mami.

Otra prueba de que Jan pertenecía a aquel lugar. Por el amor de Dios, ¿qué era lo que esperaba de él?

En lugar de arriesgarse a tener una discusión, fue a la cocina, descolgó la chaqueta y agarró las llaves del coche. Un paseo corto le ayudaría a tranquilizarse.

Se dirigió hacia el norte, conduciendo por calles laterales. Las luces navideñas brillaban en las ramas de los árboles. En algunos jardines se podían ver muñecos de Santa Claus y pequeños nacimientos alegrando la oscuridad. Aparte de poner el árbol de Navidad, Zack no solía decorar la casa en esas fiestas. Sin embargo, aquel año había estado pensando que podría ser divertido. Pero, sin Jan, la perspectiva le entristecía.

Pasó por delante de un pequeño polígono industrial. Aunque el

albergue de Oahu Lane no estaba iluminado, los faros de su coche iluminaron el cartel reflectante. Los animales tendrían una feliz Navidad, gracias a los niños. Pese a su inicial consternación, Zack se alegraba de la firmeza con la que habían defendido su causa. Y se alegraba también de haber sido capaz de ceder.

Maldijo para sus adentros. Él no había hecho nada malo. ¿Por qué entonces Jan le estaba castigando? Siguió adelante, dejando atrás los patios y jardines con árboles engalanados. «Jan y yo deberíamos estar comprando ahora mismo los adornos de Navidad. O planificando una cena especial», pensó. Desde la muerte de su madre, Zack se había esforzado por que Berry se divirtiera en aquellas fiestas, pero siempre había tenido la sensación de echar de menos algo. Y ese algo era Jan. ¿Cómo era posible que la hubiera encontrado y estuviera a punto de perderla?

Tenía que convencerla de que se quedara.

Delante de él, vio de pronto un jardín cuya luz permitía advertir la falta de adornos navideños. Bajo la luz de un reflector portátil, un hombre de mediana edad arrastraba una gran bolsa de basura hasta el contenedor de la calle. Le seguía una mujer, que arrugó la nariz mientras lanzaba otra bolsa al contenedor.

Con un sobresalto, Zack reconoció la casa de las fotografías que le había enseñado Jan. La casa que pensaba alquilar, precisamente. Evidentemente los propietarios la estaban vaciando. Al pasar al lado, vio a una figura familiar de pie en la acera, hablando con la mujer. Caroline Carter.

Para disgusto de Zack, la joven miró en ese momento en su dirección y le reconoció. Estupendo. El lunes todo el hospital sabría qué había pasado por delante de la futura casa de Jan en el coche, siguiéndole la pista como un adolescente enamorado.

Caroline le saludó con la mano. Como ignorarla habría sido absurdo, Zack se detuvo, bajó la ventanilla de la puerta de pasajeros y la miró con expresión interrogante.

–¡Hola, doctor Sargent! –le saludó Caroline–. ¿Qué está haciendo por aquí?

–Simplemente, pasaba por aquí y… –sabía que no sonaba muy convincente– he reconocido la casa por la foto de Jan.

La joven debió de advertir su expresión de desconfianza, porque lo siguiente que dijo fue:

–No se preocupe. No pienso contar nada. He aprendido la lección, ¿no se lo ha contado la señora García?

«Si es que es cierto, esto es verdaderamente interesante», pensó Zack.

–Supongo que se le habría olvidado –contestó.

–Puedo enseñarle la casa –se ofreció ella–. Déjeme preguntar a los propietarios.

Zack sentía curiosidad por ver el lugar en el que Jan pretendía vivir.

–Claro –apagó el motor–. Eso sería estupendo.

A lo mejor se le ocurría alguna idea durante la visita. Podría servirle de inspiración.

Capítulo 19

Contarle a Zack su decisión no le había proporcionado a Jan el alivio esperado. Por supuesto, sabía que sería una conversación difícil. Aun así, se lo había tomado bien. Si se hubiera opuesto y hubiera contraatacado con acusaciones, ello no habría hecho más que reforzar su resolución.

Una vez que terminó de acostar a las niñas, descubrió que se había marchado. Resultaba fácil entender por qué. La situación era incómoda para ambos. Jan se arrepentía de haberle soltado la noticia en una noche que debería haber sido de celebración, pero se había sentido obligada a comunicarle su decisión.

Aquella casa estaba demasiado llena de recuerdos: el Día de Acción de Gracias, los juegos con las niñas, el sexo con Zack… Si al menos no sintiera aquella angustia de fondo. Se sentía como si fuera una visitante en el que debería haber sido su hogar.

Fue al salón. Como siempre, el contraste de los cojines multicolores con el sofá rojo y las sillas de rayas de cebra le arrancó una sonrisa. Se detuvo ante una fotografía de Rima.

Le impresionaba la bondad que despedía. Pero por mucho que admirara a la madre de Berry, Jan no podía evitar las especulaciones. Si Rima no hubiera aparecido, ¿se habrían reconciliado Zack y ella? ¿Habrían madurado, esforzándose por construir una relación feliz. ¿O se habrían amargado la vida mutuamente?

Cuando oyó abrirse la puerta del garaje, Jan cruzó el comedor de camino a la cocina. ¿De qué humor estaría Zack? Conocía la facilidad con la que la furia podía alimentarse a sí misma con escenarios y discusiones imaginadas.

La puerta se abrió y entró Zack. Un brillo de sorpresa asomó a sus ojos verdes.

–¿Me estabas esperando?

–Estaba a punto de marcharme cuando he oído la puerta del garaje.

Zack se quitó la chaqueta.

–Hay algo que me gustaría enseñarte

–¡Claro! –pese a su tono ligero, se preparó para otro nuevo intento de hacerle cambiar de idea.

En la mesa, Zack sacó el teléfono y se sentó. Con interés, tomó asiento a su lado.

–Es curioso, acabo de encontrarme con Caroline –le dijo mientras manipulaba el aparato–. Espero que no nos esté mintiendo con eso de que los cotilleos se han acabado.

–Parece que va en serio –la conversación sorprendió a Jan–.

¿Dónde te la has encontrado?

Zack le enseñó una imagen del móvil en la que aparecía la casa que pensaba alquilar Jan. Caroline estaba al pie de un contenedor, con el edificio iluminado por reflectores.

–Bonita vista, ¿verdad?

–Preciosa –Jan esperó. Evidentemente, tenía que haber más.

–He pasado al lado por casualidad y la he visto hablando con los propietarios. Me ha invitado a pasar a ver la casa por dentro. Bonito lugar.

–No es nada del otro mundo.

Y menos con la basura y las mantas con olor a perro que habían dejado los anteriores inquilinos. ¿Acaso tenía intención de utilizar eso como argumento en contra de que se fuera a vivir allí?

–Me gustaría saber tu opinión sobre estos adornos.

Le enseñó otra foto de una casa similar. Pero aquella tenía guirnaldas de bombillas rojas y verdes colgando de los árboles y faroles con forma de bastones de caramelo iluminando el sendero de entrada.

–Muy bonito –ansiaba saber a dónde quería llegar.

–¿Y qué te parece esta? –la siguiente imagen mostraba una casa de dos plantas envuelta en luces blancas.

–Demasiado recargada. Absurda –al igual que aquellas fotografías, añadió para sus adentros.

–Creo que las niñas preferirían esta –en un gran patio se alzaba un taller de Santa Claus, completado con peluches gigantes.

–Zack, ¿qué significa todo esto?

Bajó el teléfono.

–He pensado que los cuatro podríamos decorar las casas como un proyecto familiar –hablaba con cierto recelo, pendiente de su reacción–. Si elegimos los adornos entre los cuatro y los colocamos juntos, ayudaremos a Kimmie y a Berry a sentirse como si todavía estuviéramos unidos, viviendo juntos. Eso podría servir para facilitar la transición.

¿Había entendido bien?

–Suena como si hubieras aceptado por fin que voy a trasladarme.

–Y además te estoy ofreciendo mi ayuda.

¿Se le había escapado algo? Jan seguía sin fiarse.

–¿Por qué?

Zack entrelazó los dedos sobre la mesa.

–Cuando Caroline me ha estado enseñando la casa, ha hecho un comentario que ha conseguido conmoverme.

–¿Caroline? –la joven no parecía la clase de persona capaz de deslumbrar a alguien con su perspicacia.

–Me ha dicho: «Había oído a la señora García regañarme por cotillear, pero hasta hoy mismo nunca me lo había tomado realmente en serio».

Jan se alegró de que el mensaje hubiera sido bien recibido, –Supongo que eso es porque esta es la primera vez en que ella podría llegar a ser la víctima.

–Eso me ha hecho pensar sobre tus razones para marcharte. No te he tomado en serio –la miró a los ojos–. No podrás ser tú misma mientras yo insista en controlarte.

–No recuerdo haber usado la palabra «control».

–Es una interpretación mía –ladeó la cabeza–. ¿Estoy equivocado?

–No –aunque Jan no había contemplado sus actos bajo esa luz, su análisis parecía acertado.

–Años atrás, cuando vivía con mis padres, mi padre quiso controlar mi vida. Y cuanto más mayor me hacía, más me fastidiaba. Incluso después de cumplir los dieciocho, siempre me estaba juzgando y corrigiendo como un director de escuela, como si yo me hubiera convertido para siempre en un niño de su colegio.

Tuve que vivir con ellos cuando estudiaba en la universidad para poder ahorrar dinero, y estuve a punto de enloquecer. Cuando por fin me marché, experimenté una maravillosa sensación de libertad.

–¡Es verdad! –comentó Jan–. Has dado en el clavo.

Zack le tocó la mano. Aquel tierno contacto la llenó de euforia.

–Es importante que seas feliz. Ojalá pudieras serlo conmigo. Te quiero, Jan. Me gustaría formar parte de tu futuro, pero, si eso significa que tengo que compartir la paternidad contigo desde lejos, me resignaré.

–Me estás dejando marchar –la sensación de tristeza batallaba con un estallido de liberación similar al que él había descrito.

–Tengo que hacerlo –tragó saliva, y ella vio que se estaba esforzando por contener las lágrimas–. Precisamente por lo mucho que te quiero.

A su alrededor, la habitación resplandeció con inusitada claridad. Jan reparó en la madera dorada de los armarios como si los viera por primera vez. La pequeña araña de cristal que colgaba del techo parecía tallada por hadas.

–¿Acaba de cambiar la luz?

–¿Es una pregunta con trampa?

Jan se echó a reír.

–Ha desaparecido.

–¿El qué? –Jan parecía tan confuso como ella misma hacía solo unos segundos.

–El peso. La sensación de gravidez. Ha desaparecido –se maravilló de la súbita sensación de ligereza que había empezado a experimentar–. ¡Oh, Zack! ¡Era eso!

–¿Estamos hablando de los adornos de Navidad? –tanteó él.

–Estamos hablando de nosotros. De ser compañeros. De trabajar en equipo, como iguales. Eso es lo que no podía encontrar contigo. Ni siquiera yo misma lo había comprendido bien.

Suponía que Zack siempre había sido una persona dominante. Cuando era más joven, lo había considerado como algo natural, pero después de años de lucha e independencia, había superado su viejo papel pasivo.

Así que estaba encantada de aprender el nuevo, si lo estaba él.

–¿Quieres que lo intentemos juntos? –preguntó Zack.

–Me encantaría. Ahora puedo ser yo misma contigo. Me quieres como para aceptar mi decisión de marcharme.

Zack le acarició la mejilla.

–¿Significa eso que te quedarás? ¿Puedo esperarlo?

Jan asintió, emocionada.

–Solo necesito que me comprendas, que veas las cosas desde mi punto de vista. Llamaré a los dueños y les diré que no voy a quedarme con la casa.

Zack le dirigió una sonrisa resplandeciente de amor.

–Espero que Caroline no se lleve una decepción.

–¿Quién habría imaginado que se convertiría en nuestra hada madrina? Mañana diremos a las niñas que nos quedamos. Aunque no sé muy bien cómo se lo voy a explicar.

–Yo sí.

–¿Qué quieres decir?

Para su asombro, Zack se levantó y clavó una rodilla en tierra.

–Si tú estás dispuesta, podemos decirles que nos vamos a casar. Señorita García, ¿querrá hacerme el honor de convertirse en mi esposa? –con un ligero tono de incertidumbre, añadió–: A no ser que sea demasiado pronto. Si sientes que te estoy presionando…

–¡Oh, Zack! –no sentía eso. En absoluto–. Sí. Desde el instante en que volví a verte, el primer día de colegio, supe que todavía seguía queriéndote.

–Y yo volví a enamorarme de ti –le aseguró él.

Un segundo después, Jan estaba en sus brazos, abrazándolo y dejándose abrazar. No podía sentirse mejor.

–¡Y yo que pensaba que ganar el concurso era lo mejor que podía ocurrirme hoy! –dijo Zack mientras se trasladaban al salón y se sentaban en el sofá–. Menos mal que he entrado en razón. –Si organizamos una ceremonia modesta, podríamos casarnos el fin de semana después de Navidad y celebrar el banquete aquí, en casa –reflexionó Jan en voz alta–. Si no te importa.

–Cuanto antes, mejor –murmuró él.

–El otro día vi un vestido maravilloso en una tienda y eché de menos una excusa para comprármelo. Es verde, no blanco. ¿Te parece bien? –se trataba de un elegante vestido largo, con una chaqueta corta. Exactamente del color de los ojos de Zack, y de los de Kimmie.

–Muy bien –musitó–. Pero yo creía que tú siempre habías soñado con una boda grande y formal.

Sí, pero eso lo había soñado una Jan diferente.

–Lo importante es compartir un día tan especial con nuestros seres queridos.

–Y que Berry se sienta tan partícipe como Kimmie –añadió Zack.

–Absolutamente –Jan se acurrucó contra él–. ¿Qué te parecería que hiciera de dama de honor y que Kimmie llevara un esmoquin como tu padri… como lo que sea?

Sintió vibrar su pecho por la risa.

–Si a ellas les gusta la idea, estupendo. Y probablemente les gustará.

–Estarán preciosas –dijo Jan, y añadió, bromista–: Y no te olvides de contratar un fotógrafo.

–Hace una hora te ibas a ir de aquí y ahora estamos planificando nuestra boda.

–He esperado durante ocho años a que llegara este momento –dijo Jan–. Ya es más que suficiente.

Poniéndole un dedo bajo la barbilla, Zack le alzó el rostro y la besó. Durante varios minutos, ella no pensó en nada más que en él.

Cuando se interrumpieron para tomar aire, él le sugirió:

–Subamos a la habitación.

–Las niñas…

–A lo mejor están dormidas.

Subieron de la mano y se asomaron a la habitación de las niñas. Kimmie dormía plácidamente boca arriba, mientras que Berry yacía de costado en la camita de dosel estilo princesa. Cada una tenía un felino acurrucado a su lado. Entre las camas, sobre una mesilla, estaba el libro de cuentos que Jan les había leído un rato antes.

El cuento terminaba con: «…y vivieron felices y comieron

perdices». Pero mientras se escabullía con Zack hacia la habitación, Jan pensó que el cuento de hadas de verdad apenas estaba empezando.

Una vez en su habitación, Zack sacó un estuche de terciopelo de un cajón del escritorio.

–¿Todavía te siguen gustando tanto como antes?

Para su asombro, lo abrió para revelar un elegante juego de anillos: el de compromiso que ella le había devuelto y la alianza que había tenido intención de regalarle el día de su boda.

–¿Los has guardado?

–Supongo que eran como una parte de mi persona a la que nunca renuncié.

Jan se puso el anillo de compromiso.

–Es precioso, ¡y todavía me vale! No me lo puedo creer.

–Pues empieza a creértelo –Zack la atrajo hacia sí–. Me alegro de que haya vuelto con la persona a la que pertenece.

Y ella también se alegraba. Aquello era el comienzo de una maravillosa aventura.

Érase una segunda vez…

Fin